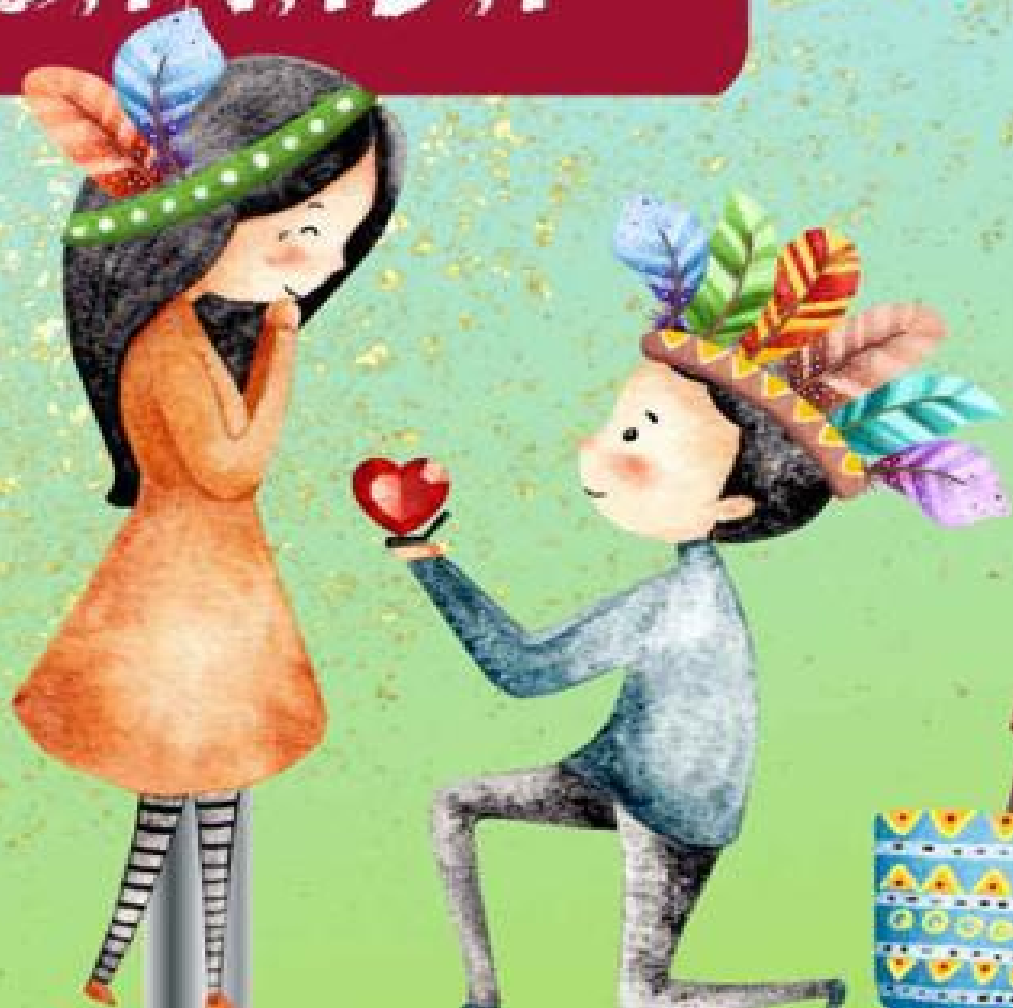


Ena FITZBEL

BODA EN

CANADÁ



EF

Boda en Canadá

Ena Fitzbel

Copyright ©Ena Fitzbel, 2024

Todos los derechos reservados.

Esta novela es una obra de pura ficción. Por consiguiente, cualquier parecido o similitud con personajes, organizaciones o acontecimientos existentes o pasados es pura coincidencia.

Título original: *Mariage au Canada* (Francia).

Recomendación:

La autora les recomienda empezar por [*Pánico en Canadá*](#), útil para la comprensión de este tomo.



Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27

28

29

Epílogo

Cuatro años después

Para terminar con los estereotipos sobre los indios de América del Norte

Christopher Gervais

Asamblea de las Primeras Naciones de Quebec-Labrador (AFNQL): está compuesta por los Jefes de las 43 comunidades de las Primeras Naciones ubicadas en Quebec y Labrador, y representa un total de 10 naciones amerindias. Se reúne cuatro veces al año y tiene su sede en Wendake. Está afiliada a la APN (Asamblea de las Primeras Naciones), que se encarga de defender los intereses de los aproximadamente 900,000 amerindios de Canadá.

Lunes 21 de agosto

—¡Estoy muy satisfecho! —exclama Marc Gros-René, el Jefe de familia a cargo de la seguridad pública de la reserva—. ¡Hemos trabajado muy bien!

¡Habla por ti! —gruño para mis adentros—. Otra vez me has hecho perder el tiempo.

Con su cabello entrecano peinado hacia atrás y su estructura corporal de jugador de béisbol, Marc Gros-René es muy fotogénico. Personalmente, preferiría colgar su retrato en mi baño en lugar de tener que soportar su presencia. Pasados los cincuenta, hace que las mujeres se deshagan cuando les lanza miradas intensas. Esas mismas miradas con las que aplasta a sus oponentes para reducirlos a la nada. A mí ni me van ni me vienen.

Como todos los días, tengo derecho a su pequeña visita de cortesía. ¿Cortesía? ¡Vaya farsa! En realidad, husmea por todos los rincones de la comisaría, interroga a mis agentes de guardia, escudriña mis expedientes. Y cuando finalmente decide irse, es para correr a dar un informe detallado a mi padre, el Gran Jefe de la reserva. ¡No los soporto! Ni a mi padre ni a él.

—Me voy ahora —añade levantándose.

¡Ya era hora! A continuación, Henri lo imita.

—¿Ya te vas? —ironiza mi adjunto y amigo.

En cuanto a mí, no me muevo de mi silla. Con los dedos tensos sobre el ratón, la mirada fija en mi pantalla de ordenador, sigo hojeando un informe sobre el alcohol al volante en Mendake. Marc Gros-René pidió consultarlo y, como es habitual, no pudo evitar retocarlo. Nos ha enviado un montón de comentarios y sugerencias de todo tipo. No tengo más remedio que tenerlos en cuenta si quiero poder presentar dicho informe al Consejo de la Nación sin recibir críticas de mi padre y de los ocho Jefes de familia.

—No puedo quedarme más tiempo con vosotros —responde Marc Gros-René—. Tengo que ayudar a Richard a preparar su discurso para la próxima reunión de la APNQL.

¡Claro, ahora resulta que se cree el Mesías! ¡Todo porque es el vice-Gran Jefe de Mendake! Pero el tal Richard, mi padre, por si prefieres llamarlo así, no necesita a nadie para escribir sus discursos.

—Por cierto, aprovecho para recordaros que esa famosa reunión tendrá lugar el jueves —añade—. Cuento con vosotros para recibir bien a los servicios de seguridad de nuestros invitados.

¡Como si fuera a olvidarlo! Desde el final del pow-wow, no hace más que repetir lo mismo. Que la seguridad de los participantes en la reunión de la APNQL es nuestra responsabilidad. Se espera que el miércoles por la noche lleguen cuarenta y dos Grandes Jefes de las comunidades autóctonas de Quebec y Labrador a Mendake. Con mi padre, serán cuarenta y tres venerables a los que tendremos que proteger. La tarea no será fácil, ya que tendremos que cuidar las susceptibilidades de cada uno. De hecho, algunos Grandes Jefes solo confían en sus propios guardaespaldas.

—¡Pero está previsto! —replico con acidez, sin apartar la vista de mi pantalla.

Mientras Marc Gros-René se dirige lentamente hacia la puerta de mi despacho, Henri me da un toque en el hombro.

—Deja de enfurruñarte, Christopher —me susurra al oído—. Levántate, lo acompañamos.

Sonríe de oreja a oreja. La blancura de sus dientes contrasta con su tez oscura y su cabello negro recogido en un moño. Le vale un gran éxito entre las mujeres. Igualmente, sus ojos de terciopelo bordeados de largas pestañas atraen cualquier mirada femenina. No niego que tiene un aspecto impresionante con su uniforme. ¡Pero eso no evita que se parezca a un burro!

—Después de tanto tiempo, conoce el camino... —comienzo en tono brusco, antes de ser interrumpido por los ladridos de un perro.

¡Son los de Lucky! Henri sale con la dueña de ese chucho desde hace tres semanas. Como nunca le niega nada, acepta quedarse con su bichón cada vez que ella se ausenta. Y dado que el amor también me ha ablandado el cerebro, dejo que esta bola de pelos nauseabunda deambule por nuestras instalaciones. Solo exijo que permanezca encerrada en una celda de desintoxicación durante la visita matutina de Marc Gros-René. Porque si este pequeño caniche blanco parece inofensivo como un juguete de peluche, sería un error subestimar su capacidad para causar daño. Orina por todas partes, ladra sin cesar y siempre está listo para mordisquear las pantorrillas de cualquiera. Las de Marc Gros-René le gustan especialmente, así que empiezo a encontrar

simpático a este perro.

—¡Sacad a ese animal de aquí! —grita Marc Gros-René, que al abrir la puerta de mi despacho ha dejado entrar a Lucky.

Inmediatamente, Henri se precipita hacia ellos e intenta sin éxito atrapar al bichón. Aunque sea pequeño como tres manzanas, se comporta como una auténtica fiera. Mientras ladra furiosamente, rodea a Marc Gros-René y se empeña en morderlo.

—¿Pero quién ha soltado a Lucky? —se queja Henri.

¡Yo me pregunto! ¡El culpable merece un aumento!

—Lo siento, jefe. Se escapó cuando le llevaron su comida —se disculpa Frédéric, el joven becario a cargo del recibimiento matutino.

Mientras se une a mi amigo para intentar neutralizar a la "fiera", me deleito con el espectáculo. Es muy entretenido ver a Henri y a nuestro nuevo recluta correr detrás de un perro tan pequeño. Al final, logran atraparlo cuando clava sus colmillos en el bajo del pantalón de un enfurecido Marc Gros-René. Viendo que este último me fulmina con la mirada, reprimo una carcajada y me pongo una expresión seria.

—¿No ha terminado este circo? —gruño por la forma, una vez que el bichón está bajo control.

—Lo siento, jefe. No volverá a ocurrir —se disculpa Frédéric, antes de huir con un Lucky muy enérgico.

—Tus asuntos amorosos están empezando a costarme caro —se enfurece Marc Gros-René, quien levanta un dedo amenazante hacia Henri—. Te advierto que la próxima vez que ese animal se me acerque, lo convertiré en puré. Un perro no tiene lugar en una comisaría. ¿Por qué no se queda en su casa?

—Se aburre solo —murmura Henri.

—¡Pero a mí qué me importa! Es la segunda vez que este maldito chucho me estropea los pantalones.

¡Espero que no sea la última!

—Calmémonos. No es el fin del mundo —intervengo con tono burlón—. Creo que la novia de Henri estará encantada de remendar tus pantalones.

—Isabelle... Se llama Isabelle —gruñe Henri de nuevo—. ¡Y no! Resulta que no sabe coser. Es abogada en derecho fiscal. No costurera.

—Una cosa no quita la otra.

—¡Decidme, vosotros dos! —explota Marc Gros-René—. Cuando terminéis de burlaros de mí, me explicaréis qué pasa con el asunto del tótem. Todavía estamos esperando los resultados de vuestra investigación.

Su pregunta es típicamente de las que te dejan sin palabras. Esta vez, no tengo ganas de reírme. Extraoficialmente, la investigación está cerrada. Sabemos quién es el culpable. Es un tal Roland Priest que, para oponerse a la implantación de un casino en nuestra reserva, ha pintado con pintura roja indeleble nuestro tótem ritual, las tiendas del pow-wow y una decena de cámaras de vigilancia. Por generosidad, acepté no presentar cargos contra él. A cambio de mi indulgencia, prometió no volver a hacerlo.

—Entonces, ¿qué pasa con esa investigación? —insiste Marc Gros-René, visiblemente preocupado por nuestro silencio—. ¿En qué punto estáis?

Al no tener respuesta, echo un vistazo a Henri, solicitando su apoyo. ¡Finge admirar sus zapatos, el traidor!

—Estamos trabajando en ello —respondo, sin más repertorio.

Con eso, doy por terminada esta "emocionante" conversación y me dirijo hacia la salida. Henri y Marc Gros-René me siguen. Cruzamos la comisaría. Los ladridos del bichón aún se escuchan. Gracias a ese fondo sonoro, me libero de los gruñidos de Marc Gros-René.

Detrás del mostrador de recepción, Frédéric levanta la vista de su pantalla para saludarnos. Aparte de sus horarios flexibles, no tengo nada de qué quejarme. Es un buen chico al que contrataré cuando termine la escuela de policía. ¡Es sobre todo el hijo del Jefe de familia responsable de los servicios educativos de Mendake y el sobrino de la directora de la escuela primaria Yarha! Sabiendo que esta última es la novia de mi padre, se entiende mejor por qué no me conviene regañar a Frédéric.

—Hasta mañana —digo al llegar al umbral de la comisaría.

—Excepcionalmente, mañana no vendré a veros —responde Marc Gros-René.

—¿En serio? —pregunta Henri con tono irónico—. ¡Qué lástima!

¡Cállate! —gruño en mi interior.

—Recibiremos a los directivos de Loto-Quebec. Debemos ultimar los detalles de nuestro proyecto de implantación de un casino en Mendake antes de presentarlo en la reunión del jueves. Es posible que nos lleve todo el día.

Marc Gros-René no ha terminado su frase cuando dirijo una mirada a Henri. La expresión normalmente alegre de mi amigo se ha ensombrecido. Con ceño fruncido, se gira hacia mí para

lanzarme una mirada preocupada. Estoy seguro de que está pensando lo mismo que yo. ¡Es urgente hacer una visita a Roland Priest! ¡Para recordarle sus compromisos!

—¿De verdad vais a construir ese casino? —pregunta Henri.

—¿Hay alguna otra opción? —responde Marc Gros-René con arrogancia—. Somos una de las pocas provincias canadienses que no tienen un casino autóctono. ¡Es una vergüenza! Necesitamos uno urgentemente. Richard y yo pensamos que Mendake es la reserva mejor situada, geográficamente hablando, para albergarlo.

—¿Las otras comunidades están de acuerdo?

—Lo estarán cuando les expliquemos el jueves que los ingresos se compartirán entre todas las comunidades de Quebec y Labrador.

Es la primera vez que estoy de acuerdo con Marc Gros-René. Nuestra reserva no puede conformarse con las subvenciones del gobierno federal. Necesitamos fondos propios para mejorar nuestras escuelas, nuestros servicios de salud.

—Quizás haya otras formas de conseguir dinero —argumenta Henri—. Como invertir en bolsa o comprar acciones de un parque eólico.

—Este no es el lugar ni el momento para discutir eso. Pregúntale mejor a tu novia que mantenga a su perro en casa y dile que me debe dos pantalones —rechaza Marc Gros-René antes de volver hacia mí y darme una palmadita en el hombro—. Por cierto, felicidades, Christopher, por tu matrimonio.

—Todos estamos esperando con impaciencia —interviene Henri, quien no parece en absoluto conmovido por el desaire que acaba de recibir—. Será un matrimonio realmente hermoso.

¿Un hermoso matrimonio? ¡Una fiesta monstruosa, sí! Casi todo Mendake está invitado el sábado para celebrar mi unión con Estelle Duval, esa mujer de carácter fuerte y corazón noble de la que me enamoré. Si dependiera de mí, nos casaríamos en secreto. ¡Pero no! Mi padre metió su cuchara y insistió en hacer las cosas a lo grande.

¿De quién es la culpa? ¡Mía! ¿Necesitaba mostrar públicamente mi amor por Estelle pidiéndole matrimonio en medio del pow-wow de nuestra reserva? Fue hace diez días, ante cerca de mil personas que vinieron a presenciar el pow-wow de nuestra reserva. Estelle apreció mucho mi actuación. Se mudó a mi casa esa misma noche. Pero menos de cinco días después, volvió a vivir con Nicole, supuestamente para preservar el misterio y despertar envidias. ¡Qué pesado es!

2

Estelle Duval

***Fuego sagrado:** encendido antes del comienzo del pow-wow, se mantiene activo en un círculo sagrado durante toda la duración de las festividades. Nos acercamos con medicinas (tabaco, hierbas aromáticas, cedro, salvia o una combinación de estos elementos) y nos paramos cerca del fuego para rezar al dios de nuestra elección. Una vez terminada la oración, depositamos nuestra medicina en el fuego sagrado, y el humo creado transporta nuestra oración hacia el Gran Creador.*

Me encanta mi nueva vida. No quiero saber nada de la antigua. Adiós a mi puesto de coreógrafa en *Contre Temps Danse*, la compañía de danza contemporánea donde trabajaba desde hace casi un año. Adiós al apartamento de tres habitaciones que ocupaba en la Ciudad Alta de Quebec. Adiós al Pepinillo, ese tipo asqueroso con quien estaba comprometida y que me dejó, engañándome, en orden o desorden. Me dio placer rechazarlo cuando hace quince días intentó reconciliarse conmigo.

En menos de una semana, estaré casada con un hombre maravilloso, un poco gruñón pero bueno. Todos los malos momentos de mi vida anterior serán olvidados. Christopher y yo nos mudaremos juntos a Mendake. Aquí estaré en mi hogar.

¡Es maravilloso sentirse parte de una verdadera familia! La mía, entiéndase mi padre y mi madre, llegaron a Quebec hace seis días. No han venido a verme. Me aseguraron que asistirían a mi boda el sábado. Antes, quieren visitar el país.

¿Por qué ni siquiera me sorprende? No nos hemos visto desde hace un año. Aparentemente, mi ausencia no les causó ningún sentimiento de falta. Por el contrario, basta que desaparezca durante unas horas para que mis nuevos amigos se pongan en alerta. El último incidente fue ayer por la mañana. Salí a caminar antes del desayuno. Como tardé más de lo previsto, Nicole se preocupó. A mi regreso, toda la casa estaba en la puerta, lista para buscarme.

¡Eso es espíritu familiar! Todos se preocupan por todos. Por esta razón, sigo trabajando en el Mandella. Martha, la dueña del bar, aún no ha dado a luz. Como su embarazo se está alargando, su médico decidió inducir el parto el jueves. Después de esa fecha, el bar cerrará por unos días. Mientras tanto, todos la estamos ayudando. Empezando por sus gemelos. Anthony me ayuda a servir en el salón, mientras que su hermano Gregory trabaja en la cocina junto a su madre. Julie, la joven camarera perezosa, pospuso sus vacaciones. Aunque su eficacia deja mucho que desear,

su buena voluntad es loable. Y Sophie, la ayudante de cocina de edad más que avanzada, ha vuelto a trabajar. Sus reumatismos aún la hacen sufrir, pero la abuela de Nicole le ha preparado un remedio a base de hierbas que la alivia.

—Os advierto que no serviré la mesa de atrás —protesta Anthony, mientras se acerca al mostrador detrás del cual estamos Nicole y yo.

Mientras coloca ruidosamente su bandeja vacía en el zinc, nos señala con la barbilla el objeto de su molestia. Echo un vistazo en la dirección indicada. Denis Vacheron y sus dos secuaces me saludan con la mano. Rápidamente aparto la mirada. ¿Saben qué? ¡Estos tipos no forman parte de mi nueva familia! Me cuesta soportarlos. Son burlones, poco caritativos. Y sobre todo, Christopher no los soporta. Lo cual es razón suficiente para evitarlos, ¿no?

—¿Qué te pasa, Anthony? —le pregunta Nicole con su voz áspera como una lima.

Inclinando la cabeza hacia un lado, lo mira con preocupación. No conozco a nadie más atento que ella. En nuestra primera reunión, la encontré parecida a un espantapájaros. Debo haber estado bastante molesta. Es cierto que sus ropas le quedan grandes. Su cabello castaño no es muy abundante. Pero ahora que se ha convertido en mi amiga, puedo apreciar su belleza diáfana. Ahora me recuerda a una cierva con sus enormes ojos negros, su cuello grácil y su delicadeza de corazón.

—El hijo de los Vacheron y sus amigos están completamente locos —le responde Anthony, indignado al máximo—. Me llamaron "señorita". ¡Es ridículo!

En efecto, están chiflados... o ciegos. Hay que ser ciego para confundir a Anthony o a su hermano con una chica joven. Con sus rostros llenos de granos, sus movimientos torpes y sus gorras caladas en la cabeza, los gemelos parecen la idea que tengo de un chico de 16 años. Sin embargo, estaría equivocada si cayera en los estereotipos, lo cual, admito, es mi debilidad. Anthony y Gregory han ganado en agilidad desde que les enseñé a bailar para el ballet de jóvenes en el pow-wow. Al dedicarse al bar en lugar de jugar en sus teléfonos inteligentes, se han vuelto menos rechonchos.

—Me encargaré de su pedido —digo, decidida a enfrentarme a esa pandilla de Vacheron y sus compañeros.

También aprovecharé para sazonar generosamente sus platos. ¡Quizás les tire cerveza encima! Es infantil, pero me desahogará. Estoy nerviosa desde que Christopher y yo no vivimos bajo el mismo techo. Lo extraño. Todavía me pregunto si hice bien en volver a vivir con Nicole.

Según mi amiga, los futuros esposos no deben verse antes de la boda. Como resultado, Christopher y yo ya no dormimos juntos. Las pocas veces que nos cruzamos, estamos rodeados

de un séquito de personas. No me molestaría besarle en público, pero si lo intentara, seguramente lo irritaría mucho. Christopher se preocupa mucho por su imagen. Su respetabilidad como jefe de policía no admite desviaciones, manchas ni olvidos de lo que debe a sus ciudadanos. Sin embargo, no tendría objeciones en hacerme una visita nocturna, colándose por la ventana de la sala de pintura de Nicole. ¡Sin testigos, bueno y limpio!

Pero aquí está el problema para mí. Me niego a traicionar la confianza de Nicole y sus mayores. Se han implicado mucho en la preparación de mi boda. Hélène, la madre de Nicole, incluso está cosiendo un vestido precioso para mí. Será muy colorido. Estará adornado con plumas, flores y wampums. Pero pasemos al siguiente tema. De todos modos, la ventana del taller de pintura de Nicole está cerrada por las noches.

—Me ocuparé de esos tipos —gruño, decidida a enfrentar a esos Vacheron y a sus secuaces.

Fingo que voy a la cocina a buscar sus platos, pero Nicole me retiene del brazo.

—No vayas, Estelle. No sirve de nada enojarse con ellos. No valen la pena.

—¡Pero vamos! Alguien tiene que ponerlos en su lugar —me rebelo.

—Déjalo y olvídalos. Yo me encargo de ellos.

Con eso, Nicole recoge el pedido y la bandeja antes de salir por la puerta que comunica con la cocina. Me pregunto cómo puede deshacerse de todo sentimiento de animosidad hacia esos malandrines. La persiguieron mucho durante su infancia. Su grandeza de espíritu me asombra. En su lugar, habría protestado hace mucho tiempo.

—Estoy harto de hacer de sirviente —sigue quejándose Anthony—. Prefería tus clases de baile. Me divertía mucho más.

—Gracias. Siempre puedes inscribirte en mis clases una vez que haya abierto mi escuela de danza —le explico, halagada por su comentario—. Lo que, por supuesto, no te impide ayudar a tu madre. Ella nos necesita a todos. Hasta que no dé a luz...

—Pero podría ser peor después —protesta Anthony—. Con el bebé, no podrá volver a trabajar pronto.

—Sí, es posible.

—¡Qué rollo! —gruñe.

—¡Anthony! —interviene Martha, que acaba de asomar la cabeza por la puerta de la cocina—. Cuida tu lenguaje, por favor.

Sin esperar la respuesta de su hijo, desaparece rápidamente.

—¡Ahí lo tienes! Lo que te decía. Me tendrá encima todo el día...

Anthony y Gregory a menudo se quejan. Cuando interactúan y su madre no está cerca, su circo puede durar horas. Como soy una joven educada, siempre finjo compadecerme de sus pequeñas desgracias con asentimientos o carraspeos. Pero la irrupción de un elemento perturbador en mi campo de visión desvía mi atención. ¡Maldita sea! El Pepinillo acaba de entrar por la puerta del bar.

—¡El tipo de los anuncios de perfume! —murmura Anthony, frunciendo el ceño.

Corrección: el Pepinillo envuelto en una espesa nube de vetiver y cítricos ahora entra en la sala. ¿Qué hace aquí? En mi opinión, pronto lo sabremos. El Pepinillo es un verdadero parlanchín.

Mientras clava sus ojos azules como el océano en mí, se acerca con paso arrogante. ¡No tiene vergüenza de presentarse aquí de nuevo! Y que no se atreva a intentar su número de encanto jugando con ese mechón rubio que le cae en la frente. Estoy inmunizada contra la belleza de este tipo. Aunque haya sido mi prometido durante todo un año, después de dejarme como un pañuelo viejo y engañarme con una bailarina de mi antigua compañía de danza, definitivamente salió de mi corazón. ¡Me importa poco que él y dicha bailarina hayan terminado! Christopher es mi único amor.

—Hola, Estelle —me saluda el Pepinillo, mientras me lanza una sonrisa ultra blanca.

—Bueno, pues, me voy yo —murmura Anthony, con la nariz metida en su manga, antes de darse a la fuga.

—Hola y adiós, Steve —le replico.

Tengo comezón en las manos. Mis puños tienen ganas de expresarse furiosamente, así que me agarro al mostrador que me protege de mi ira. Si el Pepinillo sigue mirándome con esa sonrisa idiota, ¡les prometo que antes del mediodía habrá un tipo en esta sala al que le habré machacado la nariz!

—¿Qué pasa, no te alegras de verme? —finge lamentarse—. ¡Y que me apresuré a venir a tu boda!

Y encima, ¡me toma por tonta!

—Vuelve por donde viniste, no estás invitado —lo reprendo de inmediato.

—Me disculpo por contradecirte, mi querida Estelle, pero estás equivocada. Nicole me invitó. Es una buena chica, ella. Nos hemos convertido en muy buenos amigos. Se ha forjado una amistad sincera, y espero que duradera, entre nosotros mientras tú me ponías los cuernos con tu

oso malhumorado.

¡Pausa! ¡Congelación de imagen! Acabo de recibir tres ataques en uno, necesito unos segundos para digerirlos. ¿Lo escuché bien? ¿Nicole y el Pepinillo, amigos? No me gusta. ¡Para nada! ¿Qué está tramando este tipo? Mi amiga es tan ingenua que es una presa fácil para un embustero como él. Y además, tiene un descaro total al acusarme de haberlo engañado. En cuanto a sus insultos hacia Christopher, prefiero ignorarlos. Mi futuro esposo puede parecer un poco hosco a primera vista, pero en el fondo, es un amor.

—¿Qué estás tramando? —gruño, agitando un dedo amenazante.

Tan rápido como un rayo, el Pepinillo agarra mi mano y trata de llevarla a su boca. Me debato, doy una patada completamente inútil al mostrador y logro liberarme. Por el camino, recibo un fuerte olor a su perfume, lo que me revuelve el estómago.

—Deja de hacer teatro y dime qué buscas —me enojo.

—Solo quiero reconciliarme contigo... Fumar la pipa de la paz, si prefieres. Es la expresión consagrada por la gente de aquí, ¿no?

—Idiota —murmuro, antes de volver a hablar en voz alta—. ¿Quieres el apartamento? Te lo cedo.

—No lo necesito en absoluto, mi querida Estelle. Resulta que Nicole amablemente se ofreció a hospedarme. Hasta que encuentre un nuevo hogar. ¿No es maravilloso?

—¿Ella te va a hospedar? —articulo con dificultad.

¡Por Dios, me quedo con las patas colgando! Siento como si me hubieran apuñalado entre los omóplatos.

¡Traición! —gritan todas las fibras de mi cuerpo—. *Que traigan el espantapájaros de inmediato, ¡voy a hacer salchichas con él!*

—No te preocupes, Estelle. Mi casa es lo suficientemente grande —me dice Nicole, que acaba de salir de la cocina.

Me giro bruscamente hacia ella. Usando su bandeja llena de platos como un escudo, me sonrío tímidamente. Sus enormes ojos me ruegan que me calme. Realmente, me equivoqué al compararla con un espantapájaros. Hoy resplandece con una belleza angelical. Está bien. Me contendré y le pediré explicaciones.

—¿Por qué? —pregunto lacónicamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Steve está abrumado por el dolor. No se ha recuperado completamente de tu ruptura.

Comprenderás, Estelle, que no podemos abandonarlo. Sería dejar de prestar ayuda a una persona en peligro. Y además, pronto vivirás con Christopher, así que...

Aturdida por lo que acabo de escuchar, miro alternativamente a Nicole y al Pepinillo. Ella parece muy seria. Él le lanza miradas admirativas a mi amiga.

—De lo contrario, puede vivir en mi casa —nos dice Julie, que aparece a mi izquierda como por arte de magia.

¡Ah, no! Ella tampoco va a empezar.

—No será necesario —responde Nicole secamente.

—Hay un problema —exclama Gregory, que aparece de la cocina como un torbellino.

Con los ojos desorbitados por el pánico, nos mira a todos.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, convencida de que se ha vuelto a pelear con su madre y que tendré que recomponer la situación.

—Mamá... Está muy mal. Dice que está dando a luz —dice de un tirón.

¡Vaya! Eso era lo que nos faltaba.

3

Christopher

El castor: emblema nacional de los Hurones-Wendats, el castor ocupa un lugar destacado en el escudo de armas de Wendake. Representa uno de los ocho clanes de la comunidad. Ningún animal tiene una influencia tan grande en su entorno como él. Se ha adaptado a numerosos hábitats y vive en familia toda su vida. Trabajador incansable, es un símbolo de resistencia, inteligencia y orgullo.

Justo después de la partida de Marc Gros-René, Henri y yo nos dirigimos hacia mi 4x4 y subimos a bordo. En esta mañana temprana, aún no hace calor. Así que no enciendo el aire acondicionado y abro completamente las ventanas. Sin embargo, el sol ya está alto en un cielo sin nubes. El verano indio se acerca rápidamente.

En menos de un mes, los bosques de nuestra hermosa provincia estallarán en una explosión de colores. Marrones cobrizos para los hayas y los abedules, púrpura para el zumaque y el enredadera virgen, una mezcla de naranja, vermellón y burdeos para los arces y los robles. Como muchos de mis administrados, iré al área de Tourilli. En lo que queda de nuestros territorios ancestrales de caza y pesca, perpetuaré la tradición que dicta que nosotros, los indios, aprovechemos los últimos días buenos para hacer provisiones para el invierno. Un invierno largo y duro que congelará los suelos y los cubrirá con un grueso manto de nieve. ¡Qué poeta soy! Debería escribir novelas, de verdad.

—¿Qué estás esperando para arrancar? —me grita Henri en el oído.

—¡OK! Vamos.

Mientras murmuro entre dientes, giro la llave de contacto y pongo rumbo a Jean, el mecánico de Mendake. He llegado a un acuerdo con él. Tiene a Roland Priest, su primo hermano, bajo control. A cambio, no lo incriminaré.

—¿Por qué no vamos directamente a ver a Priest en su trabajo? —me pregunta Henri mientras tomamos una calle bordeada de pequeñas casas de color gris claro.

—Porque podríamos meterlo en un aprieto con sus empleadores en el RCA.

—¿Desde cuándo tratas a la gente con guantes de seda?

—Me estás cansando con tus preguntas —suspiro mientras piso el acelerador para acortar el

tiempo de viaje—. Jean quiere defender a su primo. Es su abogado, si prefieres. Es mejor consultarlo antes de hacer algo contra su cliente. ¿Entiendes?

—Hasta ahora, sí. Pero no entiendo por qué no te invitas esta noche a casa de Nicole. Estoy seguro de que Estelle te recibiría bien.

Picado en lo más profundo, freno bruscamente.

—Espera un momento —exclamo con indignación mientras estaciono en el arcén—. ¿Qué tienen que ver Nicole y Estelle en nuestra conversación, por favor?

—Puesto que lo pides tan amablemente, te diré lo que pienso. Es simple, me preocupo por ti. Me alegro de que te cases. Estelle y tú hacen una buena pareja. Eres mucho menos "oso de las cavernas" desde que sales con ella...

—¿Pero? —lo interrumpo, cansado de escucharlo adulándome—. Porque seguro que hay un "pero", ¿verdad?

—Si sigues dejando que te impongan cualquier cosa, acabarás marchitándote, pobre amigo.

—¡Ah, ah! ¿Y si te ocuparas de tus propios asuntos en lugar de darme lecciones? —le contesto con acritud—. Por cierto, deja de arrastrarte ante Isabelle y de traernos a su bichón...

—¡Lucky! —me interrumpe bruscamente.

—Sí, eso, Lucky. Déjalo en casa de ella.

—Yo veo una diferencia importante entre nosotros dos. Yo soy protagonista de mi vida, mientras que tú simplemente la sufres.

—¡Me encanta Estelle! —exclamo—. Más que a nada.

—No lo dudo. Entonces, ¿por qué ya no compartes su cama?

Con las manos crispadas en el volante, miro fijamente a Henri con ganas de mandarlo a paseo. Si supiera cuánto me molestan sus palabras. Sin embargo, tienen razón. Me estoy haciendo daño al vivir lejos de Estelle. Sin duda, mi amigo tiene razón. No puedo pasar otra noche más sin ella. Es muy malo para mi salud.

—Buenos días, caballeros —me saluda una voz femenina que viene de mi ventana abierta.

Me vuelvo hacia ella y veo a una de mis administradas. Una sexagenaria enérgica, narradora en sus ratos libres y encargada de las visitas guiadas al sitio tradicional hurón de la reserva.

—Buenos días, Émilie —respondo con una sonrisa forzada.

—Buenos días, Émilie —agrega Henri, lleno de entusiasmo.

—Mis felicitaciones por tu matrimonio, Christopher.

—Gracias —gruño.

—No lo parece, pero está loco de alegría —le explica mi amigo, inclinándose hacia mí para hablarle.

—¡Yo también! —se entusiasma Émilie—. No todos los días el hijo del Gran Jefe se casa.

—Sí, solo pasa una vez en la vida —replica Henri mientras me da un codazo en el brazo.

—Le he escrito un poema. Lo leeré el sábado, después de la ceremonia de la boda.

—Tengo ganas de escucharlo.

¡Yo no! —me lamento interiormente.

—Es muy amable por tu parte, Émilie. Gracias. Tenemos que irnos.

Con esas palabras pronunciadas con mandíbulas apretadas, vuelvo a arrancar. Unos momentos después, nos detenemos frente a la casa de Jean. Su taller es el único en Mendake. Por eso siempre he sido permisivo con él. Muchos vehículos esperando reparación obstruyen la acera y se desbordan hacia la carretera. Lo cual, de por sí, constituye una infracción. Nunca lo he sancionado.

Apasionado por las carreras de automóviles, Jean no se pierde ninguna de las competiciones en circuito organizadas en Canadá y en el norte de Estados Unidos. Ya ha ganado varios premios. Con sus coches de rally, a menudo provoca molestias sonoras en las calles de Mendake. Dada la ayuda que presta a nuestra comunidad, nunca se me ocurriría multarlo.

Cuando entramos en su taller, nos encontramos con su aprendiz. Que no es otro que el hijo mayor de Norbert, mi primo lejano empleado en la recolección de basura. Con auriculares en las orejas, el joven trabaja debajo de una camioneta levantada en un elevador.

—Jean está en su oficina —nos dice, mientras entramos en su campo de visión.

Efectivamente, en el estrecho y sucio cubículo que sirve de oficina, encontramos a su jefe vestido como siempre con un mono de mecánico manchado de grasa. Alphonse, el gasolinero, y François, el novio de la abuela de Nicole, lo acompañan. Nuestra irrupción en la habitación interrumpe su animada conversación.

—¿Siempre tan ocupado, Castor Cobarde? —le pregunta Henri una vez terminados los saludos.

Poco inclinado a charlas inútiles, Jean nos fulmina con la mirada como respuesta. Nunca ha apreciado su apodo. Con su cara redonda, su calva, sus cachetes y su silueta robusta, se parece

más a un bulldog listo para atacar que a un castor. Pero el ruido que produce al crujir sus articulaciones a cada rato es muy similar al que genera un castor asustado golpeando la superficie del agua con su cola para advertir a sus congéneres de un peligro. Una cosa lleva a la otra.

—Estamos discutiendo un tema importante para nuestra comunidad —anuncia Alphonse calmadamente.

Con sus cabellos blancos atados en una coleta y su piel bronceada, surcada de arrugas, el empleado de la gasolinera de enfrente tiene una apariencia de hombre íntegro que inspira confianza. La expresión placentera y la larga cabellera blanca de François son igualmente acogedoras.

—¿Os gustaría uniros a nosotros? —agrega este último.

Los dos hombres son representantes del Círculo de los Sabios. Por su experiencia, conocimientos y dedicación a nuestra comunidad, inspiran respeto. Estaría tentado de aceptar la oferta de François, pero la mirada negra que Jean nos dedica es suficiente para disuadirme.

—Sé por qué estáis aquí —gruñe el mecánico—. Solo tengo una cosa que deciros, dejad en paz a mi primo. De todos modos, no podréis evitar que la gente se rebele contra las maquinaciones de los políticos.

—Habla del proyecto de implantación del casino en Mendake —interviene Alphonse.

—Muchos de nosotros lo desaprueban —añade François.

—Gracias, pero había entendido perfectamente la alusión —respondo cortésmente—. Sin embargo, quisiera asegurarme de que cierta persona se mantenga tranquila esta semana.

—No hace falta andarse con rodeos, Christopher. Saben de mi primo —responde bruscamente Jean, señalando a los dos Sabios con un gesto amplio de la mano.

—Efectivamente, estamos al tanto de Roland. Puedes hablar libremente —declara Alphonse, magnánimo.

—Lo que se diga aquí no saldrá de estas paredes —confirma François.

—Esto nos simplificará mucho el trabajo. No tendremos que pedir os que salgáis de esta habitación —bromea Henri, sin perder su seriedad.

—Vamos al grano —intervengo—. Los dirigentes de Loto-Quebec nos visitan mañana para finalizar el proyecto del casino. Dos días después, mi padre lo presentará en la reunión de la APNQL.

—Eso ya lo sabemos —me interrumpe bruscamente Jean, mientras cruje los dedos.

—Queremos asegurarnos de que Priest se quede bien resguardado en su casa las próximas noches.

—Sobre todo esperemos que no se vuelva a obsesionar con la pintura —sigue burlándose Henri.

—¿Pero por quién le tomáis? —se enfurece Jean, levantándose de un salto de su silla entre una sinfonía de crujidos articulares—. Mi primo os ha hecho una promesa. La cumplirá. No se moverá de su casa ni esta noche ni las siguientes.

—Tranquilízate, Jean. Te creemos —le dice François en tono calmado.

—Me he comprometido por él —masculla Jean, que se vuelve a sentar—. No me gusta que pongáis en duda mi palabra.

—¡Bueno! Ya que la situación está aclarada, podemos irnos tranquilos —decide Henri.

Estoy a punto de despedirme de todos ellos, pero Alphonse tose, lo que me detiene en seco. Siempre hace eso cuando quiere llamar la atención sobre él.

—Diles, Jean —lo anima.

—¿Decirles qué? —pregunta Henri.

Ante nuestras miradas preocupadas, Jean estalla en risas.

—Mi primo se mantendrá tranquilo, pero no podréis evitar las manifestaciones de descontento.

—¿Manifestaciones? —exclamo, sorprendido.

—François y yo hemos intentado razonar con ellos —lamenta Alphonse sacudiendo la cabeza—. No quieren escuchar.

—¿Quiénes? —pregunto.

—La lista es larga.

—¡Además, son numerosos! —gruñe Henri.

—Sí —ríe Jean—. Y estamos decididos a manifestarnos mañana frente al centro administrativo de Mendake.

—Y el jueves durante la reunión de la APNQL —suspira François con aire fatalista.

—¿No tenéis intención de destrozarlo todo, verdad? —digo, señalando con un dedo de advertencia a Jean—. Te advierto que no dudaré en arrestaros a todos.

—¡No somos unos salvajes! —protesta Jean con vehemencia—. Será pacífico, pero les diremos lo que pensamos de su casino. No lo queremos.

—Estamos en un buen lío —gruñe Henri.

¡Y sobre todo, problemas en perspectiva! Esta semana podría ser la peor de todas.

4

Estelle

***Ley sobre los Indios:** adoptada en 1876, otorga al gobierno canadiense toda la autoridad para legislar sobre los indios y sus tierras. Define quién es indio y le otorga ciertos derechos.*

Las mujeres indias que se casan con un no indio, así como sus hijos, son privadas de este estatus. Para cada comunidad, la ley establece Jefes y consejos elegidos por tres años con poder limitado. Los bienes ubicados en una reserva india no pueden ser gravados. Un no indio solo puede establecerse en una reserva si tiene una licencia.

—Llévame de inmediato a la clínica —gime Martha, saliendo de la cocina sosteniéndose el vientre.

Sophie, su ayudante de cocina, la sigue de cerca. Su frágil constitución y sus hombros encorvados, sin embargo, no le impiden sostener a su jefa bajo los brazos.

—El trabajo ya está bastante avanzado —añade la anciana de cabellos blancos y piel arrugada—. El parto no tardará.

—¡Haced algo! —se lamenta Gregory—.

La cara desolada del joven da pena ver. La expresión atónita de Julie no es mucho más alentadora. Hay que decir que los gemidos de Martha son muy angustiantes. Parece estar sufriendo mucho. No me gustaría estar en su lugar.

—Déjame mi coche en casa —lamenta Nicole, cuyos enormes ojos barren la sala.

Sin saber cómo reaccionar, permanezco inmóvil. La intervención del Pepinillo vence mi inercia.

¿Todavía está aquí, él?

—Puedo llevaros a la clínica —fanfarronea mientras ondea su llavero.

Me vuelvo hacia él y encuentro su mirada chispeante de malicia. Su rostro jovial me da ganas de golpear.

—¡De ninguna manera! —murmuro entre dientes.

—¿Quién es él? —pregunta Sophie.

—El tipo de los anuncios de perfume —responde Anthony, que se ha unido a nosotros—.

¿Estás bien, mamá?

Como única respuesta, Martha emite un gruñido siniestro que me hiela la sangre.

—No ves que está sufriendo —replica Gregory—. ¿Por qué, pero por qué aún no tengo mi licencia de conducir?

Al momento siguiente, se forma un grupo considerable a nuestro alrededor. Los pocos clientes del bar se han sumado. Incluso Denis Vacheron y sus secuaces se han acercado. Mientras Martha se retuerce de dolor, se inicia una discusión sobre quién es el más apto para llevarla de conductor. Incitada por la insistencia del Pepinillo de querer ser elegido, lucho con firmeza para imponerme. Finalmente, logro ganar. Se decide que yo llevaré a la parturiente a la clínica y que Anthony me guiará. Por su parte, los demás seguirán atendiendo el negocio mientras Gregory contacta a su padre.

Apoyándose pesadamente en mi brazo y en el de Anthony, Martha nos sigue fuera del bar.

—Apuráos —nos susurra, con la mandíbula apretada—. Ya no puedo más.

—Hacemos lo que podemos —refunfuña su hijo.

Nuestro trío cruza la plaza del Tótem desierta y bañada por el sol. A pesar del calor que emana del asfalto, Martha tiembla en todo su cuerpo. Con las uñas clavadas en mi carne, le cuesta avanzar.

—Aguenta —le digo intentando sonar tranquilizadora—. Mi coche está muy cerca de aquí.

En realidad, no estoy menos nerviosa que ella. A duras penas, logramos llegar a la calle donde está aparcada mi Toyota Corolla. No hemos caminado diez metros cuando veo a lo lejos el 4x4 de Christopher. Avanza lentamente por la calle. Supongo que busca un lugar para aparcar. Empiezo a temblar al imaginar lo que sigue. Con toda probabilidad, mi futuro esposo irá a almorzar al Mandella y se encontrará con el Pepinillo.

¡Ay! La confrontación entre los dos hombres tiene todas las posibilidades de terminar en pelea. Se detestan. Inevitablemente, mi ex prometido proclamará la noticia de que esta noche dormirá bajo el mismo techo que yo. Mis dientes castañetean ante este pensamiento. Mi estómago se tensa cuando el 4x4 se detiene a nuestra altura. Un frío sudor corre por mi espalda mientras la ventanilla delantera derecha se baja. Solo el rostro preocupado de Henri aparece. Sus ojos oscuros nos miran con inquietud. Una arruga le cruza la frente.

—¿Qué os pasa? —nos pregunta.

—Yo... —comienza Martha antes de ser interrumpida por una violenta contracción.

—Mamá está de parto —dice Anthony de un tirón.

—La llevamos a la clínica —añado por encima de los gemidos sonoros de la parturiente que se ha aferrado a mi brazo.

No he terminado mi frase cuando el ronroneo del motor se detiene para ser inmediatamente reemplazado por la voz grave y aterciopelada de mi futuro esposo.

—Eso no va a suceder.

Con eso, Christopher sale de su 4x4. El tiempo se alarga de repente, estirándose al extremo. Los sonidos se amortiguan. Todo se vuelve borroso a mi alrededor. Todo, excepto Christopher. Solo puedo verlo a él, vestido con su uniforme de policía. Rodea su vehículo de servicio. La torpeza admirativa en la que estoy sumida ralentiza su avance. La lentitud de sus movimientos no resta nada a su carisma. Irradia una fuerza que impone respeto.

Arrancándome de la contemplación de su cuerpo atlético, me concentro en su rostro anguloso enmarcado por cabello negro y fino. La vista de su boca sensual revive el recuerdo de nuestros besos. ¿Desde cuándo no nos hemos besado? Desde hace demasiado tiempo...

La visera de su gorra proyecta una sombra sobre su frente sin ocultar sus ojos color esmeralda. Fue su mirada magnética lo que me cautivó primero. Pronto, nos casaremos y seremos uno. Pasaremos el resto de nuestras vidas juntos. Esta perspectiva me encanta. Un pequeño risa extática se me escapa.

—¿Y eso te hace reír, Estelle? —me lanza con un tono seco, lo que me trae de vuelta a la tierra de golpe—. Realmente no hay motivo para eso.

La caída es brusca. No esperaba ser derribada en pleno vuelo. Y menos aún por el hombre que me propuso matrimonio frente a miles de personas.

—Pero no me estoy riendo —improviso—. En lugar de hacernos perder el tiempo, ¿por qué no nos llevas a la clínica?

—Eso es lo que estoy a punto de hacer. Excepto que solo Martha subirá a mi 4x4. El niño y tú volveréis al bar.

—No soy un niño —murmura Anthony entre dientes.

Movida por un sentimiento de rebelión exacerbado por la urgencia de la situación, me planto firme.

—Lo siento, Christopher, pero no voy a abandonar a Martha —lo desafío—. Si eso no te conviene, prescindiremos de ti y usaremos mi coche.

—Decidíos rápido —gruñe Martha cuyas uñas todavía me laceran la piel—. Estoy a punto de morir.

—Estelle tiene razón —interviene Henri—. Martha necesitará una presencia femenina por si acaso...

—Por si acaso da a luz en el camino —interrumpo.

—O en la acera —se queja la interesada.

—Yo también voy —protesta Anthony—. Es mi madre.

Con un encogimiento de hombros, Christopher capitula y vuelve a tomar asiento detrás del volante. ¡Qué irritante puede ser cuando se pone sus aires y me trata como si fuéramos completos extraños!

—¿A dónde vamos? —pregunta Henri, una vez que Martha, su hijo y yo nos hemos acomodado en el asiento trasero.

—A la clínica del Arce Rojo —responde Anthony—. Es allí donde mamá se registró.

Inmediatamente, Christopher gira la llave de contacto y arranca. El viaje solo está marcado por sus frenazos furiosos, sus aceleraciones bruscas y los gemidos de Martha, lo que me lleva a albergar cierto rencor hacia mi malhumorado prometido.

—Por cierto, quiero recordarles a aquellos que aún no lo saben que me voy a casar con el conductor de este 4x4 —siseo.

—Ya lo sabemos —gruñe Martha.

—Y yo me pregunto por qué no he recibido una invitación —se queja Anthony.

—Tu nombre, así como el de tu hermano, están en la invitación enviada a tus padres —le explico.

—¡Ah! Mejor, porque no me perdería eso por nada del mundo.

—¿Y tú, Christopher? ¿Recibiste tu invitación? —pregunta Henri con un tono travieso—. Es para el sábado, ¿verdad?

El gruñón que tengo por prometido murmura palabras ininteligibles. Cruzo su mirada en el espejo retrovisor. Parece estar a punto de explotar. ¿Cuál es su problema?

—Por cierto, debes estar muy contenta, Martha. Tus hijos podrán obtener el estatus de indio —exclama Henri de repente.

—Aún no está hecho... lamentablemente.

Mientras Christopher y yo permanecemos en silencio, ocupados vigilando el camino, se inicia una discusión profunda sobre este tema. Martha participa muy poco, ya que las contracciones son ahora muy frecuentes. Henri y Anthony la alimentan. Curiosa por saber un poco más sobre la historia de los amerindios de este país, presto mucha atención.

Así aprendo que, en virtud de la Ley sobre los Indios de 1876, existe un estatus de indio que otorga derecho a ciertos beneficios y servicios ofrecidos por Canadá. Solo aquellos cuyo padre es indio son elegibles para este estatus. Es imposible para una mujer india que se casa con un no indio transmitir su estatus a su descendencia. Peor aún, deja de ser reconocida como india.

Dado que Martha está casada con un no autóctono, ella y sus gemelos están en esta situación. Un proyecto de ley destinado a restablecer la igualdad de género fue adoptado el pasado diciembre. Pero, debido a la falta de acuerdo entre el gobierno central y los Grandes Jefes, aún no ha entrado en vigor. De hecho, por miedo a ver su registro de inscritos explotar sin obtener suficiente apoyo, algunas comunidades se oponen a este proyecto de ley. Quieren la garantía de que Ottawa aumentará su ayuda financiera en consecuencia.

Al mismo tiempo que las uñas de Martha se clavan en mi carne, un grito más fuerte que los anteriores brota de su garganta y silencia a todo el grupo.

—Aguanta, Martha. Casi hemos llegado —le dice Christopher.

Efectivamente, unos minutos más tarde, nos detiene frente a la entrada de urgencias de una clínica. Un enfermero toma a Martha, la sienta en una silla de ruedas y la lleva al interior. Anthony y Henri los siguen muy de cerca. Como todo sucedió a la velocidad del rayo, no tuve tiempo de reaccionar. Por lo tanto, me quedé parada en el 4x4 observando la escena. Ya habían desaparecido de mi vista cuando puse una mano en la manija. Pero un clic suena e informa que Christopher acaba de bloquear las puertas. Arranca justo después.

—¿Christopher?

5

Christopher

Servicio de Policía de Reservas Indias: desde 1991 (año de creación del programa de servicios de policía de las Primeras Naciones en Canadá), los servicios de policía de las reservas amerindias de Canadá están directamente gestionados por las comunidades indígenas. Disponen de equipos de tecnología sofisticada y brindan un servicio de proximidad destinado a resolver disputas, cuidar de los jóvenes y mantener un diálogo con las familias.

Solo Estelle y yo estamos en el coche. ¡Por fin solos! Llevaba tiempo esperando esto. Martha y su hijo no aparecerán por aquí pronto. Pero Henri puede volver de un momento a otro. Tengo que actuar rápido. Así que, me apresuro a cerrar las puertas con llave, enciendo el motor y me alejo de la entrada de urgencias.

—¿Christopher? —me pregunta Estelle con una voz preocupada.

—Necesitamos hablar. Abróchate el cinturón, por favor.

Sí, una aclaración se hace necesaria. Porque al ritmo que van las cosas, pronto me encontraré con la soga al cuello, llevado como un buen perrito y obligado a andar derecho. Mientras tomo el camino de regreso, echo un vistazo al retrovisor interior. Estelle se ha abrochado el cinturón de seguridad. Perfecto.

—¿Por qué no hablar frente a la clínica? Y primero, ¿a dónde me llevas? —me cuestiona.

—Preferiría que estuviéramos en Mendake para eso.

Es incluso indispensable. Fuera de la reserva, no tengo ningún poder. Si por mala suerte estaciono mi 4x4 en un lugar prohibido y una patrulla de policía me encuentra, podría tener algunas dificultades para justificarme.

—Creo que es muy bueno que hablemos, pero ¿tienes que ser tan desagradable? —replica Estelle con calma.

—No soy desagradable.

—Créeme, lo eres. Si no estás feliz de casarte conmigo, aún estamos a tiempo de dar marcha atrás.

—¡Ja, ja! ¿Después de haber anunciado nuestro matrimonio a toda la reserva? —me río, antes de darme cuenta de lo hirientes que son mis palabras.

He perdido una oportunidad de quedarme callado. Entonces, un silencio sepulcral cae sobre nosotros. Tendré que remar para reparar mi error. Otra parte de diversión en perspectiva. Me apresuro a llegar a un aparcamiento de un almacén abandonado, ubicado en los confines de la reserva. La última vez que intenté llevar a Estelle allí, unos jóvenes en motocicleta lo ocupaban, disputando una carrera. A esta temprana hora de la tarde, no deberían estar.

Efectivamente, el aparcamiento está desierto. Me estaciono a la sombra del almacén. Un escalofrío de aprensión recorre mis miembros mientras me uno a Estelle en la parte trasera del vehículo. No me recibe bien. Con las cejas fruncidas y los brazos cruzados sobre su pecho, se recuesta contra la puerta opuesta. Era de esperar.

—Llévame inmediatamente al Mandella. No tengo nada que decirte —ataca con un tono ácido.

Si su mirada pudiera lanzar llamas, ya estaría carbonizado. Paradójicamente, hay un frío glacial entre nosotros.

—No te enojés, Estelle. Realmente quiero casarme contigo.

—¿Ah sí? Entonces, ¿por qué me regañas a cada momento? Eres tan cortante.

—Quiero que vuelvas a vivir conmigo —declaró de golpe—. Este matrimonio me está volviendo loco. Por su culpa ya no nos vemos.

—¿Quieres cancelar nuestro matrimonio? No te cortes por mí.

¡Ahí va! Nuestra discusión se degenera. Una palabra más, y me hundiré hasta el fondo. Un lenguaje más táctil me parece más adecuado para la situación. Me desplazo hacia ella y, sin quitarle los ojos de encima, coloco una mano sobre su brazo. Ella se estremece, pero no me rechaza.

—Tu piel es tan suave —murmuro—. Es más aterciopelada que la leche.

Visiblemente halagada por mis palabras, ella descruza los brazos y emite un pequeño suspiro adorable que me anima a continuar mi operación de encanto. Con gestos tiernos, subo hasta su hombro y me detengo en él. A medida que la acaricio, se relaja. Me animo y me acerco más a ella.

—Hueles tan bien.

—¿Ah? —exhala ella mientras parpadea.

—¿Es rosa?

—No, vainilla —me responde, la boca torcida en un rictus—. Creía habértelo dicho ya.

¡Fallido! En el futuro, sería más prudente quedarme callado. Puedo leer la decepción en su rostro. ¿Qué sé yo de fragancias? No es como si trabajara en una perfumería. Deseando hacerle olvidar mi metedura de pata, continúo mis caricias en su hombro. Eso, al menos, le gusta. Mi otra mano se desliza por su cabello. Ella inclina la cabeza hacia un lado para acompañar mis idas y venidas sobre sus largas mechas.

Poco a poco, su rostro en forma de corazón se aclara. Mi experiencia con las mujeres es bastante limitada, pero me parece que se ha calmado. Finalmente encuentro a la Estelle que amo. Aquella cuya dulzura y fuerza de carácter me han seducido. Me relajo a mi vez y me pierdo en la contemplación de su cabello castaño, sus grandes ojos avellana, su boca redonda como una cereza...

Ganado por la embriaguez, peino su cabello, lo aliso, lo llevo a mi nariz para deleitarme con su olor embriagador. Mientras mis dedos se enredan en él, sensaciones que pertenecen al pasado me invaden. Recuerdo el placer que sentía al hurgar en sus rizos mientras me unía a ella. Impulsos poéticos me llevan a improvisar algunas rimas.

—Me gustan tus cabellos muy... sedosos. Son tan hermosos que casi se podría creer que son... falsos —le susurro al oído.

—¿Falsos?

Inmediatamente después, siento a Estelle tensarse. ¡Vaya! Se me ha escapado la lengua. Quizás me relajé demasiado. Sería hora de pasar a la siguiente velocidad y dejar de decir tonterías.

—Sí... No... —baluceo antes de recomponerme—. De hecho, sé que son reales, no te preocupes.

Rehusando decir más, me inclino hacia ella y la beso. Sus labios están ardientes. Al contacto, me enciendo. Mis manos se aferran a su cabello, profundizo mi beso. Estelle responde con pasión, abrazándome con fuerza. No sé si mi uniforme de policía saldrá indemne de esto.

Pero de repente, el timbre de mi teléfono suena.

—¡Oh no! No ahora —protesta Estelle en voz baja—. No contestes, Christopher.

—Lo siento, Estelle, tengo que responder. Estoy de servicio —replico, sin hacer ademán de moverme.

Mirándonos a los ojos, permanecemos inmóviles escuchando mi celular sonar. Tres, cuatro veces...

—Tienes que contestar —suspira Estelle mientras el timbre continúa.

—Sí, debo hacerlo.

Lleno de remordimientos, me apresuro a contestar.

—¿Qué estás haciendo? —chilla mi adjunto al otro lado de la línea—. Vuelve ya. Estoy esperando como un idiota en la acera y tu...

—Tranquilo. Ya voy —le regaño antes de colgarle.

Este breve intercambio me devuelve instantáneamente a la realidad. No es momento para el romanticismo. Nadie lo sabe mejor que yo. Sin embargo, a pesar de la urgencia del momento, siento la necesidad de expresar lo que siento por Estelle, mi futura esposa.

—Te amo —le digo antes de volver a abrazarla.

Con la cabeza apoyada bajo mi mentón, ella me abraza a su vez. Su cabello me hace cosquillas de manera agradable.

—Yo también te amo.

—Deseo sinceramente casarme contigo —continúo, depositando un beso en la cima de su cabeza—. No debes dudar más.

—¡Oh, Christopher, mi cariño! —murmura ella, tras exhalar un gran suspiro—. Pero no podré volver a vivir contigo antes del sábado. Aunque no vea la utilidad, prometí a Nicole y a su familia que me quedaré a dormir con ellos hasta nuestra boda.

—Déjame al menos visitarte esta noche. Te extraño terriblemente. No puedo vivir sin ti.

Mi declaración de amor produce un extraño efecto en Estelle, que da un salto y se aleja rápidamente. Sus ojos avellana con reflejos de ámbar se levantan para cruzarse con los míos. ¿Por qué parece tan asustada?

—Ah, pero no. Eso no va a ser posible.

—Por favor, Estelle —la suplico—. Si eso te tranquiliza, solo vendré a cenar y me iré justo después de la comida.

—Nicole no estará de acuerdo. Y además, no debes ver mi vestido de boda...

El timbre de mi teléfono celular suena de nuevo y pone fin a nuestra conversación. Con un gesto de frustración, lo recojo y contesto.

—¡No insistas! —gruño, pensando que hablo con Henri—. Ya te he dicho que voy.

—¿Así es como hablas a tu padre? —me responde secamente—. Ya que te veo en plena forma, apresúrate a reunirme conmigo en mi oficina. Te espero.

Mi padre, el Gran Jefe de Mendake, en toda su gloria. Tengo la impresión de que no me dejará en paz toda la semana.

6

Estelle

Skadawati: el canibalismo inspira un gran terror entre los pueblos amerindios. Según ellos, esta práctica bárbara busca apropiarse del alma de la víctima.

Skadawati es un personaje mítico de una leyenda popular wendat.

Capaz de cortar piedra con su hacha, asusta a gigantes y monstruos de piedra caníbales que aterrorizan a los humanos. Se considera el protector de la nación wendat. Se le representa con una cabeza en forma de máscara sonriente.

Una vez colgado el teléfono, Christopher nos lleva de vuelta a la clínica. No me atrevo a hablarle tanto parece tenso. De todas formas, el viaje es tan corto que apenas tengo tiempo de recuperarme. Estoy flotando en una nube desde que compartimos ese momento íntimo. Mi prometido me ha asegurado sobre la naturaleza de sus sentimientos. Eso es todo lo que necesitaba para alegrar mi día.

Después de recoger a un Henri malhumorado en la entrada de urgencias, Christopher me lleva de vuelta al Mandella. En el camino de regreso, me entero de que Martha ha sido instalada en una sala de partos mientras Anthony se ocupaba de los trámites de admisión. También comprendo por qué Christopher está tan molesto. Richard, su padre, ha pedido verlo. No se puede decir que entre los dos hombres haya mucho amor. Hasta la fecha, el conflicto que los opone no se ha resuelto. Se resolvería fácilmente si Richard aceptara revelar a su hijo el secreto de sus orígenes. Mientras Christopher piense que su madre lo abandonó cuando era un bebé, seguirá resentido mortalmente con su padre, a quien considera responsable.

En realidad, la historia de Christopher es compleja y simple a la vez. Dejado tras su nacimiento detrás del altar de la iglesia de Mendake, fue recogido por Richard y su esposa. Deseando ocultar su infertilidad a sus seres queridos, hicieron pasar a Christopher como su propio hijo. Desafortunadamente, la pareja se separó menos de seis meses después. La que todos creían la madre biológica de Christopher volvió a vivir en Vancouver.

Muy pocas personas conocen el origen de Christopher. Él mismo lo ignora. Todos creen que es el hijo legítimo del Gran Jefe. Hay lenguas maliciosas que dicen que sus llantos estridentes ahuyentaron a su madre. Las más venenosas incluso afirman que se lanzó al río Akiawenrahk, que fluye detrás de la iglesia.

Aprendí la verdad de boca del propio Richard, mientras me llevaba a un picnic en el área de Tourilli. Como le prometí guardar el secreto, no puedo revelar nada a mi futuro esposo. Sin embargo, espero que algún día cercano, Richard decida hablar con su hijo. Quizás entonces se reconcilien.

Christopher me deja en la calle adyacente a la plaza del Tótem. Como era de esperar, su despedida es mucho menos cálida que la de su adjunto, pero la mirada con la que me envuelve desmiente esta impresión de frialdad.

De vuelta en el Mandella, hago todo lo posible por ser útil, atendiendo el servicio en la sala junto a una Julie apática, ayudando a Sophie y Gregory en la cocina. Nicole ya no está en su puesto. La escasa clientela podría explicar su ausencia. He dicho "podría". Pero dado que su ausencia coincide con la del Pepinillo, temo que haya ido a instalar a mi ex en su casa.

Espero sinceramente que no se enamore de él. El Pepinillo no es un hombre de buena compañía. Todo contacto prolongado con este tipo provoca indigestión. Si ha puesto sus ojos en mi amiga, Nicole no será feliz con él. También cruzo los dedos para que Christopher no se invite a cenar. Cuidado con las chispas si descubre que el Pepinillo se ha instalado en casa de Nicole.

Mi prometido no pone un pie en el bar toda la tarde, lo que me da esperanzas de que no se unirá a mí esta noche. Solo un exceso de trabajo puede explicar por qué ha roto sus hábitos. Tal vez su padre sea la razón. Normalmente, Christopher se sienta cerca de la barra alrededor de las cinco de la tarde. Henri lo acompaña. Entonces piden una cerveza de maíz. A todo el mundo aquí le encanta. Dado que es elaborada por la familia de Alphonse, con agua del río Akiawenrahk, es parte del patrimonio cultural y gastronómico de la reserva.

Al final del día, termino mi trabajo en el Mandella y regreso a la casa de Nicole. Al cruzar la puerta, soy recibida por Tigrou, el gran gato atigrado de mi amiga. Se frota contra mis piernas, pidiendo su tributo de caricias. Mientras me inclino para rascarle detrás de las orejas, presto atención. Voces y risas agudas llegan a mis oídos. Definitivamente, no es la preparación de mi boda lo que explica este bullicio alegre.

Estoy segura de que el Pepinillo está entreteniéndolos a todos. Me lo imagino desplegando sus encantos entre las mujeres de la casa. Esta idea me resulta insoportable. Estaría tentada de refugiarme en mi habitación, cerca de la entrada, pero la curiosidad supera a la prudencia. Así que avanzo por el largo pasillo alrededor del cual se distribuyen una docena de habitaciones. Cerca del comedor, ralentizo el paso. Oculta en la oscuridad del pasillo, puedo observar sin ser vista. Primera constatación: el Pepinillo no está allí. Nicole tampoco, por cierto. ¡Extraño!

También me sorprende la escena que se desarrolla ante mis ojos. La decoración no ha

cambiado. De estilo trampero, la habitación está revestida de madera bruta de suelo a techo. Los máscaras rojas y negras que adornan las paredes no se han movido. Siguen siendo igual de feos y aterradores. El de Skadawati se lleva la palma. Nicole una vez me explicó que su abuela Annie, una chamán respetada de la reserva, los usaba durante sus sesiones de trance para curar a sus enfermos.

En lugar de encontrar un cuarteto de hombres jugando a las cartas, descubro a Annie, su hija Hélène y dos de sus amigas ocupadas pintando grandes pancartas. Mientras pintan sábanas extendidas sobre la larga mesa, bromeando a más no poder, su alegría contrasta fuertemente con las caras largas de Alphonse, François y Raymond, el novio de Hélène, a quienes veo en una esquina de la habitación. Sentados en sillones, con una cerveza en la mano, hablan poco. Parece que no aprecian los talentos artísticos de estas damas.

Estoy a punto de entrar en la sala para intentar aprender un poco más sobre este alboroto, pero la voz ronca que me llama desde el fondo del pasillo me disuade.

—¡Estelle! Ven a ver rápido.

Me giro hacia la entrada de la casa y distingo la silueta frágil de Nicole. Está parada frente a la puerta de su taller de pintura. Me acerco a ella en pocos pasos.

—¿Qué está pasando allí? —le pregunto en voz baja, señalando el comedor detrás de mí.

—Se está preparando una revuelta. Por ese casino que el Consejo de la Nación quiere implantar en Mendake.

Cuando abro los ojos como platos, ella me da un codazo cómplice y sonríe.

—El Gran Jefe y nuestros ocho Jefes de familia decidieron que necesitamos un casino para satisfacer nuestras necesidades —me explica en tono confidencial—. Mi madre y mi abuela se han unido al bando de los que están en contra. Yo no me meto. Pero ¡vamos al grano! ¿Podrías darme tu opinión?

—¿Mi opinión? —repito, un poco desconcertada.

—Acabo de empezar un nuevo cuadro y me gustaría que me dijeras qué piensas.

—No hay problema. Muéstrame tu pequeña obra maestra.

Mi elogio es sincero. Nicole es una artista talentosa. Su pintura está llena de emoción. Sus frescos que representan escenas de la vida cotidiana rebosan de colores y luz. Me había prometido que haría mi retrato. Quizás quiera mostrármelo.

Mientras entro en su abarrotado estudio de trabajo lleno de lienzos, caballetes y material de

pintura, recibo un golpe que me deja sin aliento. Apoyado en una media columna, con la barbilla en la palma de la mano y la mirada perdida en la lejanía, el Pepinillo se ha congelado en una pose meditativa. Parece casi inteligente.

—Adelante, Estelle —me dice sin moverse un ápice—. Ven a admirar el resultado. Es una pura maravilla.

En realidad, su sonrisa beatífica le da un aire de completo idiota.

—¡Oh! Pero aún no lo he terminado —protesta débilmente Nicole, roja hasta las orejas.

—¿Una maravilla? ¿Qué maravilla? —reniego mientras escaneo la habitación con la mirada.

Entonces me encuentro con el retrato al carbón del Pepinillo. De calidad fotográfica, es fiel al modelo. ¡Un verdadero príncipe azul de los cuentos de hadas! ¿Por qué no tiene una verruga en la nariz? Una verruga grande y fea que advertiría a cualquiera de la malicia del personaje.

—¿Te gusta? —se preocupa Nicole, que escudriña ansiosamente mi cara descompuesta.

Soy consciente de mi falta de cortesía. Lo siento, pero mi cara de funeral es independiente de mi voluntad.

—Más o menos —murmuro.

—Aún no lo he terminado. Tengo que pasarlo a la pintura al óleo.

¡Yo sueño con pasarlo por un lanzallamas!

—Puedes dejar de posar, Steve —agrega Nicole—. Continuaremos mañana.

De inmediato, el Pepinillo abandona su pose y se estira perezosamente. Mi amiga lo devora con la mirada. Realmente necesito hablar con ella en privado para advertirle de los peligros que corre.

—Bueno, pues voy a darme una ducha rápida antes de la cena —charla el Pepinillo—. ¿Me acompañas, Estelle? Nuestras habitaciones están una al lado de la otra.

¡En tus sueños! —gruño para mis adentros.

—Estelle está a punto de casarse —interviene Nicole, visiblemente molesta.

—Quería decir "hasta mi habitación", por supuesto. Y no "en mi ducha" —se ríe tontamente mi ex—. ¿Vamos, Estelle?

—No, me quedo con Nicole.

—Yo te acompaño, Steve —insiste mi amiga, su voz ronca superando la mía.

—¿Qué hace él aquí? —truená Christopher, desde el umbral del taller de pintura—. ¿Qué es todo este lío?

La llegada de mi prometido provoca diversas reacciones entre nosotros. Ya no me atrevo a moverme. Nicole abre la boca de par en par sin que salga ningún sonido. En cuanto al Pepinillo, se convierte en un parlanchín.

Christopher

Alimentación tradicional de los Hurones-Wendat: el maíz era la base de la alimentación wendat. Eran las mujeres quienes lo cultivaban junto a los frijoles y la calabaza, a los que se llamaba las "tres hermanas".

En primavera, recolectaban la savia de arce. En verano, realizaban la recolección de frutos silvestres (fresas silvestres, arándanos, frambuesas, moras, grosellas). Los hombres traían caza capturada con flechas y lanzas.

Tras su asentamiento cerca de Quebec en 1649, los Hurones-Wendat adoptaron cereales occidentales como el trigo y el centeno.

—¿Qué hace aquí, él? —gruño—. ¿Qué es todo este lío?

Este Steve, con aires de guaperas, no tiene nada que hacer aquí. Estelle es mi prometida, no se la dejaré. Con los puños apretados, me contengo de lanzarme sobre el intruso. Sin embargo, no es por falta de ganas de agarrarlo por el cuello y arrastrarlo fuera. Este tipo de reacciones primarias no son dignas de un jefe de policía. Durante el día, he logrado mantener la compostura. Con Marc Gros-René esta mañana, pero también con mi padre, mientras me daba sus órdenes para mañana. Órdenes absurdas que estaré obligado a seguir.

Como si no tuviera nada mejor que hacer que emitir multas por violaciones a la seguridad pública. Conozco mi trabajo. Mi instinto ya me ha advertido que la semana será complicada. Entre la visita de Loto-Quebec y la reunión de la APNQL, todos los ingredientes están reunidos para que el viento de la protesta sople sobre Mendake. Pero emitir multas a diestra y siniestra no calmará el descontento de mis administrados. Peor aún, mi popularidad sufrirá, mientras que la de mi padre permanecerá intacta.

—Bueno, creo que es evidente, señor policía —replica el ex de Estelle mientras revolea los ojos como un pez muerto—. Estamos haciendo arte entre personas civilizadas.

Al descubrir el cuadro que señala, casi me atraganto con mi saliva. ¿Qué es esa atrocidad? Hay traición en el aire, se los digo yo. No soy un loco de las armas, pero me vería bien vaciando mi cargador sobre el retrato del gaspo. ¿Para que mi futura esposa y mi amiga de la infancia sean testigos? ¡Antes muerto! En lugar de ceder a mis impulsos destructivos, me pongo la máscara de la indiferencia.

—Parece que no aprecias —continúa el ex de Estelle con una amabilidad insinuante y fingida—. No, no, no lo niegues. Lo siento. Qué quieres, la naturaleza es injusta, no todos recibimos el don artístico. Para entender un cuadro, es preferible estar dotado de una gran sensibilidad. Algunas profesiones carecen de ella. He notado que llevar gorra frena el desarrollo del cráneo y adormece el intelecto.

Y encima, me insulta. No sé qué me detiene de rehacerle el rostro. Ah, sí, de hecho, lo sé perfectamente. La mirada preocupada que Estelle clava en mí me disuade de iniciar cualquier represalia.

—¿Nicole? —exclamo, aprovechando un momento de respiro del gaspo.

—Es hermoso, ¿verdad? —me responde mi amiga, que me observa con ojos grandes llenos de aprensión.

Parece completamente alucinada. Mejor no presionarla y dirigirse a alguien un poco más sensato.

—¿Estelle? —pregunto con el tono más amable posible.

—¿Qué quieres que te diga? —masculla mi prometida encogiéndose de hombros—. No es mi culpa si Steve está aquí.

—Mis disculpas, Estelle, pero me parece que si tu...

Me detengo de repente, buscando mis palabras. ¿Guaperas arrogante? "Ex" sería perfecto, pero me cuesta pronunciarlo.

—Te escucho —me anima Estelle.

—Continúa, señor policía —interviene el guapo, irritante—. Una pelea de enamorados siempre es mejor que una ruptura. Estelle y yo nos llevábamos de maravilla. Nunca una sola discusión, solo puntos en común. Y miren dónde nos ha llevado.

—Me parece que si este tipo está aquí, es por tu culpa —escupo mientras fulmino al intruso con la mirada.

—El tipo en cuestión tiene un nombre. Me llamo Steve.

—Es un nombre muy bonito —añade Nicole.

—¿Verdad?

—Steve vino a Mendake por invitación de Nicole —replica Estelle, fingiendo no notar el ridículo juego de los otros dos—. No soy responsable de su presencia aquí.

—Permíteme dudarlo —me opongo.

—¡Oh, y basta! Arregláoslas sin mí —replica con un suspiro de exasperación—. Me niego a involucrarme en esto.

Con eso, se dirige directamente hacia la salida donde estoy parado. ¡Ah, no! No se saldrá con la suya tan fácilmente. Me debe una explicación. Me pongo en su camino y detengo su marcha.

—Te he hecho una pregunta, Estelle —insisto.

—Y yo te he respondido. No me interesan sus historias de cuadros.

—No te hablo del retrato, sino de él.

El "él" en cuestión resopla ruidosamente, haciéndose eco de mis palabras.

—No te enojés, Christopher —interviene Nicole, ofreciéndome una pequeña sonrisa incómoda—. Estelle tiene razón. No tiene culpa. Soy yo quien invitó a Steve a quedarse aquí hasta que encuentre un apartamento.

—¿Quedarse aquí? —repito.

¡Bajo el mismo techo que Estelle! —maldigo para mis adentros.

—Nicole es una gran dama. Con un corazón de oro —declama pomposamente el guapo—. Gente como ella escasea hoy en día.

Mientras que los oportunistas como tú abundan —lamento.

—¡Cállate, Steve! —exclama Estelle antes de girarse hacia mí—. Sé exactamente lo que estás pensando, Christopher, pero...

—No puedes quedarte aquí —la corto tajantemente—. Vuelve a mi casa ahora mismo.

—¿No confías en mí?

—Ese no es el problema.

—Calma, señor policía —interviene el guapo, acercándose a nosotros para entrometerse en nuestra conversación—. Estelle quiere salir de esta habitación. Déjala pasar, es una cuestión de respeto.

—Ocúpate de tus asuntos, Steve —le espeta Estelle.

—En cualquier caso, lo que yo digo, es que ambos están cometiendo un grave error —se ríe el guapo—. Lo siento, Estelle, pero ya no me interesas. Pero entonces, en absoluto.

Con estas palabras, pronunciadas con convicción, lanza una mirada indecente hacia Nicole,

que se sonroja hasta las orejas. Así que, él codicia a mi amiga de la infancia. La situación se agrava. No toleraré que le haga daño. Ella ha sufrido mucho en el pasado. Entre su leucemia y los horribles matones que la acosaban en la escuela, ha soportado demasiadas adversidades. Siempre la he defendido contra aquellos que intentaban dañarla. No es hoy cuando me echaré atrás.

—Te advierto, Steve, si te atreves a tocar un solo cabello de Nicole, te haré puré —trono, apuntando con un dedo amenazante en dirección al guapo.

—¡Eh, tranquilo! —me responde este último, retrocediendo varios pasos—. Yo no soy un salvaje.

—Te agradezco sinceramente, Christopher, por preocuparte por mí, pero sé perfectamente cómo cuidarme —me dice Nicole—. Por cierto, ¿cenas con nosotros esta noche? Mi abuela ha preparado tu plato favorito.

—¿Sopa sagamité? —pregunto, salivando.

Me encanta esa sopa a base de frijoles rojos, maíz y salvia fresca.

—Sí —afirma ella—. Y también tarta merengada de espino amarillo.

—Mmm! Eso suena delicioso, todo eso —exclama el guapo.

—Acepto tu invitación —decreto, lanzando una nueva mirada oscura al intruso.

Así me aseguraré de evitar cualquier exceso. Quizás incluso logre convencer a Estelle de volver a instalarse en mi casa.

8

Estelle

Casinos indígenas: alrededor de 400 casinos están establecidos en reservas indígenas de Estados Unidos, en contraste con solo una veintena en Canadá. Esta diferencia se debe a que la apertura de un casino en una reserva indígena canadiense está sujeta a la aprobación de las provincias. Aunque un casino constituye una fuente de ingresos económicos para las poblaciones indígenas, es considerado una amenaza por los establecimientos de juegos cercanos, debido a su exención de impuestos.

Lo que más aprecio de Nicole son esas grandes reuniones que congregan a todos sus seres queridos. Mi árbol genealógico es un tronco desprovisto de ramas y terminaciones. Solo aparecen mi padre y mi madre. ¡Como si hubieran nacido de repollos!

De niña, estaba convencida de que formábamos una familia perfecta. Mis padres no discutían. Nunca una palabra más alta que la otra. Siempre conciliadores. ¡Unas joyas! De adolescente, disfrutaba de total libertad. Mis padres me dejaban vivir a mi aire. Antes de llegar a Mendake, pensaba que me habían concedido privilegios raros, como el de poder pasar la noche fuera o comer sola en mi habitación sin recibir reprimendas. Les agradecía cada día. Ahora me doy cuenta de que me faltaba algo.

Nicole tiene mucha suerte de haber nacido aquí. Cada noche, tres generaciones de mujeres, así como sus invitados, comparten su cena en un espíritu de franca convivencia. La comida rara vez es silenciosa, prevalece el buen humor. Además de hacer honor a los platos servidos, los comensales hablan alto, gesticulan mucho sin llegar a discutir.

Hoy, el ambiente es un poco diferente. No realmente desagradable, pero sí tenso. Me parece que se libra una batalla campal en esta mesa. Observo su desarrollo como si asistiera a una obra de teatro. Porque, obviamente, evito cuidadosamente tomar parte en el debate.

¡Levanta el telón!

El escenario: el comedor todo de madera. El sol aún no se ha puesto, por lo que las lámparas no están encendidas. Por lo tanto, está bastante oscuro. Un caldero de sopa, pan bannock sin levadura, platos con mazorcas de maíz, papas salteadas y salchichas de bison pasan de mano en mano. Un delicioso aroma flota en el aire y casi cubre el horrible mezcla de vetiver y cítricos con la que el Pepinillo se roció al salir de la ducha.

Los personajes: por un lado, Annie, Hélène y las dos amigas que las ayudaban a hacer pancartas. Se oponen a la instalación de un casino en Mendake. Por el otro, François, Raymond, Alphonse y Daniel, el hermano menor de Nicole. Intentan disuadirlos de participar en la marcha de protesta de mañana. Ambas partes se enfrentan con argumentos convincentes, pero ninguna cede.

Steve se ha adjudicado el papel de árbitro. Nadie se ofende por ello. Alphonse asiente con la cabeza a cada una de sus intervenciones. Annie suspira mucho, pero nunca lo regaña. Incluso el reacio Daniel lo ha adoptado. Se ríe de todas sus bromas. Estoy asombrada de lo rápido que el Pepinillo se ha integrado. Nicole lo mira con sus enormes ojos de ciervo y a veces juega a ser su loro repitiendo lo que dice. Mientras se duchaba y Christopher había ido a saludar al resto de la casa, intenté advertirla contra las maquinaciones de mi ex, pero ella me pidió amablemente que me ocupara de mi boda.

En cuanto a Christopher, sentado frente a mí en un extremo de la mesa, está erguido como un palo en su silla. Con la cabeza alta, la mirada fija en su plato, mastica concienzudamente sus alimentos sin mostrar emociones. Sin embargo, estoy convencida de que está furioso. El esfuerzo que hace para cortar sus salchichas dice mucho sobre lo que está cocinando en su cabeza. La discusión en curso lo exaspera. Apuesto a que la presencia del Pepinillo lo molesta enormemente. Quizás sueña con estrangularme.

No tengo la culpa de que Steve siga aquí —tengo ganas de gritar.

Pero tengo la impresión de que no me creería.

—¿Y si hicierais un referéndum? —sugiere de repente mi ex—. Eso resolvería el problema.

Un silencio helado cae sobre la mesa, como un cubo de agua vertido sobre la cabeza de los comensales. Incluso Christopher detiene todo movimiento.

—Sí, un referéndum —repite Nicole en voz baja.

A medida que el silencio se prolonga, el Pepinillo se toma la molestia de darnos una lección de semántica.

—Una votación de aprobación o rechazo, si lo preferís. Lo que permitiría decidir.

—¡Por qué no! —interviene una de las amigas de la familia.

—Las pancartas están listas —masculla Hélène—. No voy a dar marcha atrás.

—De ninguna manera cancelaremos nuestra participación en la manifestación de mañana —secunda Annie, igual de gruñona.

—Creo que es una buena idea —asiente François, desafiando la ira de su novia.

—¿Qué piensas, Christopher? —pregunta Alphonse—. ¿Tu padre aceptaría?

Todos los ojos se vuelven hacia mi prometido, quien deja caer ruidosamente sus cubiertos sobre la mesa. Con el ceño fruncido y una expresión de disgusto, pasa su mirada revolver sobre la asamblea antes de fijarla en su interlocutor.

—Soy policía. No puedo decirte qué pasa por la cabeza de un político —responde secamente—. Pregúntale mejor a Marc Gros-René. Él te informará. Conoce a mi padre mejor que yo.

—Pero debes tener tu opinión sobre el asunto. Le visitaste esta tarde —insiste François.

—Una visita estéril que bien podría haberme ahorrado.

—Déjalo en paz —le dice Annie a su novio—. Sería mejor reunir al Círculo de Sabios y discutirlo con ellos.

Mientras la conversación gira en torno a las virtudes de un referéndum, Christopher se encierra en un obstinado silencio. Las patadas que le doy bajo la mesa no logran sacarlo de él, al igual que mis llamados discretos. Al final, me pregunto si no debería regresar a vivir con él. La presencia de todas estas personas causa demasiadas interferencias entre nosotros. La soledad: eso es lo que necesitamos para pacificar nuestra relación. El grito de alegría que suelta Nicole me saca de mis reflexiones sombrías e infructuosas.

—¡Son niñas! Céline y Alice.

—¿Martha ha dado a luz? ¡Eso es genial! —exclama el Pepinillo, como si ya fuera parte de la familia.

—Anthony me ha enviado fotos —responde mi amiga.

—¡Déjame ver! —dice su madre, arrancándole el móvil de las manos—. Tienen mucho pelo, estas pequeñas.

—¿Gemelas? ¡Pobre Martha! Va a sufrir —suspira Annie.

—La ayudaremos —declara Nicole—. ¿Verdad, Estelle?

—Sí, sí... Por supuesto —balbuceo, cogida por sorpresa.

—Para empezar, abriremos el Mandella mañana como si nada.

—Yo os ayudaré —anuncia el Pepinillo.

Mientras la conversación se desvía hacia todas las tareas que nos esperan mañana, Christopher levanta los ojos hacia mí y me habla en voz baja:

—Prepárate temprano mañana. Vendré a buscarte para llevarte al bar.

Parece tan decidido que abandono la idea de protestar. Además, provocar una disputa en público equivaldría a darle munición al Pepinillo. Eso sería el colmo.

9

Estelle

Estatus de las mujeres huron-wendat: antes de 1649, los pueblos iroqueses de Quebec (incluyendo las naciones iroquesas y huron-wendat) habían adoptado la filiación matrilineal: el niño pertenecía al clan de su madre y no al de su padre.

El tío materno educaba al niño. Existía una gran libertad sexual. De hecho, las mujeres tenían varios maridos, se desplazaban de una casa larga a otra sin ser víctimas de violencia ni insultos. Eran libres de cambiar de pareja según su deseo.

Es interesante destacar que los hurones se alegraban más por el nacimiento de una niña que de un niño.

Martes 22 de agosto

La velada de ayer terminó en una nota feliz, con el nacimiento de las gemelas de Martha. ¡Céline y Alice! La mamá y sus hijas gozan de buena salud, lo cual es en sí mismo una excelente noticia. No me habría gustado que una complicación se sumara a todas las que han envenenado mi día.

Cuando pienso que el Pepinillo pasó la noche en la habitación contigua a la mía, me da náuseas. ¡Ánimo! Solo cuatro días más y el calvario terminará. El sábado me casaré con Christopher. Nos mudaremos juntos y tendremos muchos hijos. ¡Como en los cuentos de hadas!

Mientras espero que mi sueño se materialice, tendré que superar los obstáculos que salpican mi camino. Porque una especie de maldición me golpea de lleno. Aquel que todas las mujeres consideran el príncipe azul ha decidido arruinar mi vida. No me sorprendería que busque sabotear mi boda.

Por el contrario, el comportamiento de Christopher ha sido ejemplar. Después de la cena, se fue a casa sin insistir para que lo acompañara. Admito que su falta de insistencia me decepciona. Sin embargo, era exactamente lo que deseaba. Que confiara en mí. Después de su partida, tuve que someterme a una sesión de prueba de mi vestido de novia. El Pepinillo se las arregló para asistir y dar todo tipo de consejos. Tuvo mucha suerte de que los alfileres clavados en la tela me impidieran moverme. Le habría golpeado la nariz con gusto...

Son las seis de la mañana. Ahora que ha amanecido, también puedo levantarme y dejar de rumiar mis recuerdos. Christopher prometió que vendría a buscarme para llevarme al Mandella. No creo que se presente antes de dos horas. Eso me deja amplio tiempo para airearme. Me pongo

ropa deportiva y salgo sin cruzarme con nadie. Un cielo azul inmaculado derrama una luz suave y cálida sobre el barrio aún dormido. Otro día soleado en perspectiva.

Me dirijo al parque del Acantilado, que colinda con la casa de Nicole. Desde mi llegada a Mendake, he adquirido el hábito de caminar hacia la cascada Kabir Kouba, enclavada en el corazón de un hermoso bosque. Esta caminata matutina me hace mucho bien. De vuelta en casa de Nicole, me ducho y me visto. ¿Y si despertara a mi amiga antes de desayunar? Siempre le cuesta mucho levantarse.

Llamo varias veces a su puerta. Sin respuesta. Fiel a su reputación, aún duerme. Por eso decido entrar sin haber sido invitada. Alguien tiene que sacrificarse para arrancarla del sueño... y soportar su ira. Nunca está de buen humor por la mañana.

Empujo la puerta. Un torbellino de pelo se escabulle entre mis piernas, gruñendo antes de desaparecer en la oscuridad del pasillo. Es la primera vez que veo a Tigrou tan agitado. Normalmente, se apropia de esta habitación y no quiere moverse de allí.

Me pregunto qué lo habrá hecho huir tan rápido. La escena ante mis ojos responde a mis preguntas. ¡Pausa! ¡Congelación de imagen! La habitación de Nicole, bañada por la luz rosa del amanecer, sirve de marco. Hay montones de atrapasueños colgados en las paredes blancas. Cerca de la ventana adornada con cortinas de encaje, hay una gran cama. En medio de ella, se puede ver al Pepinillo. Desnudo, aunque una sábana subida hasta su ombligo lo cubre parcialmente.

No, estoy soñando. No puede ser él. Pero sí lo es. Tumbado de espaldas, una mano bajo su cabeza y un mechón rubio rebelde sobre su frente, me mira fijamente. Sus pupilas azules destellan con malicia diabólica.

—¿Pero... pero qué... Qué haces aquí? —balbuceo.

—Si buscas a Nicole, está duchándose. Entra, la esperaremos juntos.

Con la cara surcada por una amplia sonrisa, da golpecitos en el colchón para animarme a unirme a él. Me quedo clavada en el umbral de la habitación, incapaz de avanzar o retroceder.

—Vamos, ven. No tengas miedo, no te voy a comer —insiste, malinterpretando mi asombro.

—Pero... Esta no es tu habitación —protesto.

—Lo sé. ¿Qué quieres? Nunca he sabido decir que no a una mujer bonita. Nicole me invitó a pasar la noche con ella. No podía rechazarlo. Es tan amable. Me habría sentido mal por herirla.

—Mejor que no te burles de ella —le espeto.

—Soy un buen tipo. ¿Por qué lo haría?

—Porque es tu costumbre.

Con el ceño fruncido, finge sorpresa.

—De cualquier manera, te tengo bajo vigilancia —añado, apuntando un dedo amenazador hacia él.

—¡Si vieras tu cara! Pareces una guardia de tráfico regulando la circulación en un cruce —se ríe estúpidamente—. Parece que tu policía te ha influenciado. Debería fotografiarte para mostrártelo. Acabo de comprarme una cámara estupenda. Desde que me dejaste, me he aficionado a la fotografía. Soy bastante bueno. Quién sabe, tal vez deje la danza para dedicarme a mi nuevo hobby. ¿Quieres verlo?

Su pregunta, cargada de insinuaciones, me hace saltar y despierta mis instintos rebeldes.

—Lo que sea, es no —declaro, apretando los dientes—. Y deja de desviar la conversación, por favor. Te ruego que dejes en paz a Nicole y que le ahorres cualquier contacto contigo.

—Ella me gusta. Me sentiría mal privándola de mi físico de ensueño. Ya lo conoces, pero puedo mostrártelo de nuevo.

—¿Perdón? —me ahogo.

—Realmente, tu cara no tiene precio. Hablo de mi cuerpo bien formado.

Con eso, aparta la sábana y se presenta ante mí en su traje de nacimiento. Exasperada por su pequeño juego, estoy a punto de darme la vuelta y cerrar la puerta con un golpe. Pero, al notar la ropa que ha dejado tirada en el suelo, avanzo unos pasos hacia la habitación, la recojo y preparo mi brazo. Estoy a punto de lanzársela cuando la voz de Christopher resuena detrás de mí.

—Espero no molestar demasiado, ¿verdad?

¡Vaya! Otra bolsa de enredos por desenmarañar.

10

Christopher

Atrapasueño: objeto artesanal indígena compuesto por un aro y una red de hilos en forma de tela de araña. Según la creencia popular, impide que los malos sueños invadan el sueño de su poseedor.

—No es lo que piensas, Christopher —me dice Estelle, que se ha girado hacia mí.

—Solo creo lo que veo.

Y lo que veo es una escena de pura lascivia. Mi prometida agarrando la ropa de su ex, desnudo como el día en que nació. El ex se ha levantado de prisa y ha subido su sábana sobre él. Pero aun así, tuve tiempo de ver el "arma del crimen": su sexo en posición de firme.

—Y lo que veo no me tranquiliza —añado, mientras dirijo una mirada de desaprobación hacia Estelle.

—Personalmente, te entiendo perfectamente —declara el guapo—. Si encontrara a mi prometida en compañía de un hombre desnudo con cuerpo de atleta, me haría preguntas serias.

—¡Cállate! —le grita Estelle con furia—. Nadie te pidió tu opinión. Y vístete, por favor.

Uniendo el gesto a la palabra, le lanza su ropa a la cara. Su pequeña distracción no saciará mi sed de verdad. Quiero saber exactamente qué pasó entre ellos esa noche.

—No, Estelle, déjalo hablar. Me gustaría que él me explicara por qué se supone que debo preocuparme —decreto, furioso, antes de dirigirme a su ex—. Te escucho, Steve.

—¡Oh, no! —lamenta Estelle—. No vas a creer en su versión de los hechos. Él miente como...

—¡Silencio!

Diciendo esto, saco de mi bolsillo un palo adornado con dos plumas blancas y un rosario de perlas azules.

—¿Qué es eso? —se sorprende el guapo.

—Un bastón de hablar —le responde Estelle—. Solo el que lo sostiene puede hablar.

Este objeto ritual me ha ayudado a resolver muchos conflictos en mi trabajo. Espero que me

permita aclarar las cosas. Sin embargo, me encuentro con un pequeño problema, porque para usar el bastón de hablar adecuadamente, debemos acercarnos más entre nosotros. Y me niego a dejar a Estelle al lado de su ex.

—Vamos a cambiar las reglas esta vez —les explico con confianza—. Mantendré el bastón en mi poder, y yo os daré la palabra cuando sea el momento.

—¿Se puede hacer eso? —se burla el guapo.

—Pero cállate ya —le reprocha nuevamente Estelle.

—He leído muchos libros sobre las costumbres indígenas —continúa él, como si nada—. No es porque su tradición sea principalmente oral que hay que pisotearla.

—¿Y qué dicen tus libros sobre lo que los indígenas piensan de los mentirosos? Sepa que no tienen ningún respeto por las lenguas bífidas.

—Lo que significa que espero la verdad de vosotros —decreto, blandiendo mi bastón de hablar—. A ti, Steve. Te escucho. ¿Qué pasó en esta habitación esta noche?

—No hay nada que decir. La atracción que existe entre dos personas no se explica con palabras, ¿verdad, Estelle?

Herido por las fanfarronadas del guapo, tomo a Estelle del brazo y la acerco a mí.

—¿Habéis dormido juntos? —le pregunto con aprensión.

—¡Claro que no! —suspira ella—. Piensa un poco con la cabeza, Christopher. Si eso hubiera sido así, no estaría toda vestida en la habitación de Nicole y no pasaría mi tiempo gritándole a Steve. ¿No crees?

Sus palabras tienen sentido. Mientras me mira intensamente, tomo su barbilla y acerco mi rostro al suyo. Bajo la densa franja de sus pestañas, sus ojos avellana salpicados de oro emiten chispas de ira. Parece sincera.

—Creo que podrías haber querido volver con tu ex —me atrevo a decir, consciente de que estoy exagerando.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? Te amo, Christopher. Me duele enormemente que puedas dudar de mí.

—Traidor una vez, traidor siempre —declama el guapo, antes de empezar a enumerar los defectos de Estelle.

No lo escucho. Aunque Estelle tenga algún defecto grave, siempre será la mujer de mi vida. La que amo locamente. Tapándome mentalmente los oídos, la abrazo y la beso hasta quedarme

sin aliento. Esta es mi manera de expresarle mi amor. Quiero aturdirle, dejar mi huella en ella. Adiós al otro idiota. O mejor, que se quede. Quiero que asista a nuestro beso lleno de pasión. Así entenderá que ya no tiene lugar en el corazón de Estelle.

—¡Ah, el amor! —suspira Nicole, que ha entrado en la habitación.

Al separarme de Estelle, veo a mi amiga envuelta en un albornoz de baño, con una toalla enrollada alrededor de la cabeza. El guapo, ahora completamente vestido, se precipita a su encuentro para abrazarla y elogiarla. Ahora, todo está claro como el agua: Estelle no me ha traicionado.

En cambio, me temo que Nicole haya caído bajo los encantos del guapo. Ese no es mi problema. Durante esta nueva noche de insomnio, lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que mi amiga sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Creo que os vamos a dejar solos —anuncio, con una amplia sonrisa en los labios—. ¿Vienes, Estelle? Vamos.

Llevo a mi prometida hacia la salida. Con un poco de suerte, no nos cruzaremos con nadie en el pasillo. Correremos a encerrarnos en su habitación, y haremos el amor como sedientos.

Al llegar al largo pasillo desierto, siento brotar en mí la dulce euforia de la victoria. Una rápida mirada a Estelle me permite ver la expresión radiante que ilumina su rostro.

—Apresurémonos —susurra ella—. Vamos a mi habitación.

Y pensar que ayer todavía, ella me negaba el acceso, argumentando que no podía traicionar la confianza de sus anfitriones. Apuremos el paso, y será un hecho. Desafortunadamente, parece que la suerte no está de nuestro lado. No hemos recorrido la mitad del camino cuando la voz ronca de Nicole nos llama, deteniéndonos en seco.

—¿No venís a desayunar?

—El comedor está al otro lado —añade el guapo.

—¡Oh, no! —suspira Estelle en voz baja.

—No os vais a saltar el desayuno, ¿verdad? —susurra su ex, más burlón que nunca—. Es la comida más importante del día.

¡Un día que se anuncia complicado!

Christopher

Los canales de comunicación: entre los indígenas americanos, la tradición oral siempre ha servido como medio de transmisión de la cultura. Tal vez por esta razón, las radios ocupan un lugar privilegiado en el panorama cultural y mediático de los nativos.

Casi todas las reservas tienen una radio comunitaria, mientras que los periódicos y canales de televisión son menos frecuentes. Sin embargo, cada vez más reservas crean sitios web destinados a promover la cultura, la economía, el turismo y a informar a la población indígena.

"Queridas ciudadanas, queridos ciudadanos! Aquí Bastien Loney de radio Mendake en el 100.3 FM. Interrumpo su programa musical favorito para informarles de una noticia de primera importancia. Si aún no han salido en este cálido y hermoso día de agosto, quédense en casa..."

—Buena idea —murmura Henri, que no deja de secarse la frente perlada de sudor con el reverso de la manga—. Gracias por el consejo, pero ya es demasiado tarde. Estamos metidos hasta el cuello, mi querido Bastien.

Y no se equivoca. Aunque el aire acondicionado está a tope en mi 4x4, también estoy sudando a mares. El sol que golpea los cristales me quema la piel. Como dice tan acertadamente mi adjunto, no estamos cerca de salir del embrollo en el que nos hemos metido. Porque aquí estamos, atrapados en la manifestación más grande que Mendake haya conocido.

Una multitud compacta frena nuestro avance y nos obliga a ir a paso de tortuga. Estoy obligado a usar el claxon mientras Henri grita por nuestro megáfono para abriarnos camino. Es un infierno. No sé si lograremos llegar a la plaza Oscar Lawatanen, donde mi padre y los ocho Jefes de familia recibirán a los líderes de Loto-Quebec.

En las pancartas que la gente agita, se pueden leer todo tipo de eslóganes, como "¿Un casino en Mendake? Los papooses pierden", "Casino, trampa para tontos" o "A la basura, las tragamonedas". El estruendo de los manifestantes llena el habitáculo, que sin embargo está bien aislado. La radio apenas logra ahogarlo. Nunca hubiera imaginado que la población de Mendake se movilizaría de forma tan masiva, y mucho menos que bloquearía las principales vías tan temprano. Pensé que lo había previsto todo, pero subestimé la magnitud del movimiento.

Hasta ese momento fatídico en que quedamos atrapados por la multitud, todo iba sobre ruedas. Después de dejar a Nicole, Estelle y su ex en el Mandella, me apresuré a unirme a la

estación de policía. A pesar de la temprana hora, mi equipo completo me esperaba listo para la acción. También estaban presentes los tres responsables de la empresa privada de seguridad que a menudo contrato para reforzar mis filas. Con los cincuenta agentes que había enviado a Mendake para la ocasión, creí que podríamos enfrentarnos eficazmente al viento de protesta que hoy soplaría sobre la reserva. ¿Me habré equivocado?

No tardé en transmitir mis instrucciones. En el minuto siguiente, mis hombres cumplieron. Todos tomaron la posición que les había asignado. Es agradable ser obedecido. Últimamente, la gente a mi alrededor tiende a hacer lo que le da la gana.

Entre una Nicole reacia a mis consejos, una Estelle que se niega a vivir conmigo antes de nuestra boda y un guaperas experto en provocación, vivo momentos difíciles. ¡Ah! También está Lucky, una verdadera fuente de molestias. Henri tuvo la brillante idea de llevarlo en la parte trasera de mi 4x4. De vez en cuando, echo un vistazo a mi espejo retrovisor para vigilar al bichón. Parece bastante inquieto. Por ahora, se desquita con su nuevo juguete de plástico. Pero, ¿qué pasará cuando sienta la necesidad de orinar?

"Estoy en directo desde la plaza Oscar Lawatanen, nombrada así para homenajear a quien fue nuestro Gran Jefe de 1948 a 1954. ¡En fin! Puedo asegurarles que el movimiento de protesta contra la instalación de un casino en Mendake es fenomenal. Nunca he visto nada igual en toda mi carrera..." —continúa Bastien Loney, que no es otro que un sobrino de Martha.

—¡No me digas! —gruño, mientras la multitud nos rodea—. No nos habíamos dado cuenta.

—Espera un poco, les voy a enseñar a respetar —se enfada Henri, que baja su ventana para gritar a través del megáfono—. Dejen pasar a la policía de Mendake. Dispérsense o les multaremos.

—¡Políticos fascistas, policía cómplice! —nos gritan en respuesta.

Nuevas consignas igual de poco amables surgen. Me siento como un conejo en medio de una asamblea de cazadores. Impresión que se confirma cuando una gran sandía aterriza en el capó de mi 4x4.

—¡Caray! ¡Van a destrozar mi coche! —grito, casi histérico—. ¡Sube tu ventana, Henri. Rápido!

Otros proyectiles de distintos tamaños y naturalezas rebotan en mi carrocería, lo que me enfurece. Dada nuestra velocidad de caracol, no escaparemos pronto a este diluvio de granizo. Tan furioso como yo, Lucky empieza a ladrar furiosamente. Henri tiene todas las dificultades del mundo para calmarlo.

—No tengas miedo, Lucky, no corremos ningún riesgo.

—¡Habla por ti! —me quejo—. Mi coche está siendo destrozado.

En un acceso de ira, toco el claxon como un loco y acelero el motor. Así logro apartar a la multitud y ganar velocidad. A continuación, Lucky vuelve a mordisquear su juguete. Aleluya, ¡nos dejará en paz! El silencio vuelve al habitáculo. La voz de Bastien Loney en 100,3 FM retoma inmediatamente el hilo.

"Los directivos de Loto-Quebec finalmente han llegado. Su minivan flamante se ha detenido frente al atrio de la sede del Consejo de la Nación. El Gran Manitu que a menudo habla a mi oído me dice que ese coche no se mantendrá limpio por mucho tiempo. Nuestros visitantes son tres. No, de hecho, son cinco y están vestidos con elegancia. Bajo los abucheos de los manifestantes, son recibidos por nuestro Gran Jefe Richard Gervais y nuestro vice-Gran Jefe Marc Gros-René..."

—Apaga esa radio ahora mismo, Henri —le ordeno, exasperado.

Porque la mención de ciertos nombres me da urticaria.

—¡Un momento, Christopher! Presiento que esto puede ponerse interesante.

"A diferencia de sus predecesores, para esta visita protocolaria, Richard Gervais no se ha puesto una túnica colorida, su tocado de plumas de águila ni sus cinturones wampum portadores de mensajes. Al igual que Marc Gros-René, viste un traje marrón muy elegante. Recordemos que nuestro Gran Jefe siempre ha mostrado el mayor respeto por nuestras tradiciones, pero que — cito — desea vivir acorde a su tiempo. Todo un honor para él..." —comenta Bastien Loney, muy animado.

—¿Eso es lo que encuentras interesante? —fulmino—. Voy a apagar esa radio.

—¡No, espera! —replica Henri de inmediato, deteniendo mi mano.

"A pesar de las exhortaciones a la calma de nuestro Gran Jefe, la multitud enloquecida sigue expresando su descontento. Por ahora, las barreras y las fuerzas de policía presentes en gran número logran contenerla. ¿Pero hasta cuándo? Se lo pregunto..."

—Hasta que su maldita reunión termine —murmura Henri.

Mientras el edificio del Consejo está a la vista, tomo un desvío por una calle lateral y logro escapar del cortejo de manifestantes. En ese mismo momento, Lucky suelta su juguete y comienza a gemir lastimeramente. No me equivoqué: la vejiga del bichón está a punto de explotar. Este maldito perro necesita orinar. Afortunadamente, estoy a punto de aparcar.

"Ahora que nuestro Gran Jefe lleva a los representantes de Loto-Quebec al interior del edificio. La reunión podrá comenzar, y quizás la multitud finalmente se dispersará..." —continúa Bastien Loney con un entusiasmo periodístico.

—¡Esperemos que sí! —gruño.

"Pero, ¿qué veo? Queridos oyentes, ¡nunca lo adivinarían!"

—No somos adivinos, así que habla —lanza Henri, irritado por la pausa que hace Bastien Loney.

Desde mi lugar, no dejo de mirar mi retrovisor interior. Los gemidos de Lucky han aumentado en intensidad. ¡Espero que su vejiga aguante! Sobre todo porque estamos casi llegados.

"En lugar de seguir a nuestro Gran Jefe, Marc Gros-René levanta el puño contra un grupo de manifestantes a su izquierda. Todo porque le lanzaron frutas un poco demasiado maduras. Frutas, pero también verduras, que deberían haber estado en los puestos del mercado de la plaza del Tótem. Recordemos, para aquellos que lo hayan olvidado, que hoy es martes, día de mercado. Lamentablemente, no habrá mercado hoy. ¡Qué desperdicio, amigos! Pero volvamos a Marc Gros-René que baja corriendo las escaleras del atrio y enfrenta a los culpables. Y... ¡Oh, no!"

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? —pregunta Henri, ya que el periodista se detiene bruscamente.

Un tumulto de gritos estalla en mi radio y me hace temer lo peor. Mi imaginación se dispara hacia escenarios cada vez más desastrosos: ¿y si alguien resultó gravemente herido? Sería terrible.

—Pero di ya, hombre —protesta mi adjunto, igual de ansioso que yo por volver a escuchar a Bastien Loney.

Lucky, cuya resistencia parece haber alcanzado su límite, también se hace oír. ¡Rápido! El tiempo apremia. Me apresuro a detener mi 4x4 detrás del edificio del Consejo de la Nación, lejos del tumulto de la multitud.

"¡Dios mío! ¡Es horrible! Marc Gros-René ha recibido tomates podridos en su traje completamente nuevo..." —retoma Bastien Loney, después de un tiempo interminable.

—¡Uf! Si eso es todo, no es para tanto —suspiro, aliviado y contento.

—Incluso diría que aquellos que cometieron esta hazaña merecerían una medalla —añade Henri, sonriendo.

—¡Guau! ¡Guau! —ladra Lucky.

—¡Exactamente! —lo afirmo—. Y sácame de una vez a este perro de aquí.

Podría haberme enfadado un poco. La carrocería abollada de mi coche, junto con la generosa contribución del bichón que se alivió en mi rueda, lo justificarían ampliamente. Pero primero está el deber, ¿verdad? Llevando a un Lucky completamente feliz con su correa, Henri y yo rodeamos el edificio y nos unimos a nuestras tropas en las barreras. Estoy a punto de ordenar el lanzamiento de gases lacrimógenos para dispersar a los manifestantes cuando una ráfaga de tomates cae sobre nosotros.

—¡A cubierto! —nos advierte uno de mis hombres.

Demasiado tarde. He sido alcanzado. Un dolor agudo explota en mi cabeza y me hace ver mil estrellas. ¡Maldita sea este día y mis administrados!

12

Estelle

***Fiesta de los Muertos:** los pueblos indígenas creen que existe una vida después de la muerte. La muerte es solo una etapa que lleva al mundo de los espíritus, en constante relación con el mundo de los vivos.*

Entre los Hurones-Wendat, la Fiesta de los Muertos ilustra bien esta creencia. Antes de su evangelización por los jesuitas en 1638, se reunían cada ocho o diez años para celebrarla. Exhumaban los cuerpos de los difuntos, limpiaban sus huesos y los enterraban definitivamente en una fosa común forrada con pieles de castor.

Este ritual estaba destinado a liberar el alma de los difuntos que podían entonces unirse al mundo de los espíritus.

Voy a estrangularlo. Otra hora más en compañía del Pepinillo y lo convierto en paté. Bajo el pretexto de ayudarnos en el Mandella, no se despegó de nosotros en todo el día. Nicole estaba en las nubes, por supuesto. Parece estar bastante colada por él. Julie, que suele estar apática, mostró un vigor desconocido en contacto con mi ex. Le pronostico buenos dolores musculares para mañana.

En cuanto a los gemelos, estaban más divididos. Sin embargo, el Pepinillo les prodigó halagos intentando ganárselos. El más sutil de todos fue sobre su actuación como bailarines. Por suerte, no se dejaron engañar. Incluso se molestaron cuando Nicole nos mostró el video del ballet que compuse para el pow-wow. Mientras criticaba mi coreografía, mi ex se deshacía en elogios sobre la habilidad de mis jóvenes alumnos. Quienes expresaron enérgicas protestas para defender a su profesora. O sea, a mí. ¡Bravos pequeños!

Así que, en un ambiente tenso transcurrió el día. Debido a la manifestación anti-casino y a la cancelación del mercado, la mayoría de nuestros habituales no se presentaron en el Mandella. Apostaría a que Christopher no vendrá a tomar su cerveza hoy. Cuando nos separamos esta mañana, aunque estaba molesto por la presencia de Steve, ya no me guardaba rencor. Nos reconciliamos. No tengo por qué preocuparme por su ausencia de respuesta a mis mensajes. Entendí que el movimiento de protesta ocupaba todo su tiempo.

Ahora son las 17:10, y me aburro tremendamente. El bar está absolutamente vacío. Ni un cliente a la vista. Christopher y Henri no aparecerán, eso ya me parece evidente. ¿Qué hacer? ¿Barrer el suelo? Ya lo he fregado hace menos de una hora. ¿Limpiar los platos? Los gemelos se

encargaron de ello. ¿Lavar las ventanas? No me sorprendería que Julie se haya dislocado el hombro de tanto frotar.

¿Por qué sigo aquí? Sentada en la cocina, frente a un Gregory absorto en su móvil, sorbo mi enésima infusión de arándanos. Debería imitar a Sophie y Julie. A las tres, nuestra ayudante de cocina decidió irse a casa. Media hora más tarde, su joven colega hizo lo mismo. Después de su partida, sugerí a mis compañeros que cerráramos el bar. Con ojos llenos de esperanza, los gemelos estuvieron de acuerdo. Lamentablemente, Nicole insistió en mantenerlo abierto. Según ella, no podíamos perder esta única oportunidad de entrenar a Steve. Cuando le señalé que mi ex no era camarero sino bailarín, replicó que una cosa no excluye a la otra. Y el Pepinillo agregó que se sentía bastante bien aquí. ¡Eso promete!

—¿Vienes, Gregory? Vamos a ver a mamá y a nuestras hermanitas en la clínica —interrumpe Anthony, irrumpiendo como una avalancha en la cocina y deteniendo el vagabundeo de mis pensamientos.

—¿Quién nos llevará? ¿Papá? —pregunta Gregory.

—No, todavía tiene mucho trabajo en la aserradero. Steve se ofrece a llevarnos. Fue a buscar su coche. Cámbiate, pronto volverá. ¿Nos acompañas, Estelle?

Supongo que la respuesta obvia es sí. La idea de viajar en el vehículo del Pepinillo no me entusiasma, pero dado que los gemelos, y probablemente Nicole, estarán presentes, quedará diluido en la multitud. Además, sueño con ver a los dos pequeños que Martha ha traído al mundo.

—¡Sí, claro! —exclamo con un entusiasmo sincero.

—¡Genial! —se alegra Anthony.

Justo cuando los gemelos salen disparados de la cocina, Nicole entra. Por la forma en que me mira, intuyo que se avecina una tormenta. Y con razón. Las pocas veces que hemos hablado últimamente, ha sido para enfrentarnos. Desde la llegada del Pepinillo, nuestra amistad ha recibido un duro golpe.

Sentada frente a mi taza vacía, con la espalda recta y la barbilla levantada, espero a que Nicole inicie las hostilidades. No intimidada en lo más mínimo por mi silencio enfurruñado, ella se sienta frente a mí. ¿Me acusará de ingratitud? Sería merecido. Después de todo, me comporté mal al criticar la cálida bienvenida que reservó para el Pepinillo. Su generosidad es admirable. Sería egoísta de mi parte rechazar que ella brinde hospitalidad a otros además de mí. Por otro lado, he intentado protegerla de mi odioso ex prometido. ¿Ella sabe realmente lo que se arriesga al enamorarse de él? Su corazón está en gran peligro.

—¿Cómo te sientes, Estelle? —me pregunta con amabilidad, sus enormes ojos fijos en mí.

—Bien —respondo, sorprendida de no recibir reproches.

—Sé lo que estás pensando. Que estoy equivocada por salir con Steve.

—No... Quizás —tartamudeo, incómoda por su franqueza.

—A menos, por supuesto, que sea algo completamente diferente y todavía estés enamorada de él.

—¡Pero no, claro que no! —exclamo indignada—. ¡Radicalmente, definitivamente, no! Si alguna vez lo estuve, eso ya terminó. Amo a Christopher. Nada me hace más feliz que casarme con él.

—Christopher es un buen hombre. Merece una mujer que lo ame y lo proteja.

—Insisto en que lo amo —afirmo, ofendida de que pueda dudar de mí—. Nada ni nadie me apartará de él.

Ella suspira aliviada y los rasgos de su rostro se relajan. ¿Habrá enterrado el hacha de guerra?

—Me tranquiliza verte así —dice, mientras me ofrece una sonrisa bondadosa—. Estoy orgullosa de ser tu amiga. Eres una buena persona.

Poco acostumbrada a las efusiones de sentimientos, trago saliva con dificultad y balbuceo un "Tú también" apenas audible. Ella lo recibe con un asentimiento de cabeza. ¡Ahora somos amigas de nuevo! Con las palmas apoyadas en la mesa, se prepara para levantarse. La retengo por el brazo e insisto en que se quede sentada para hacerle una pregunta que me inquieta.

—¿Pero tú, estás enamorada de Steve?

Ella suelta una risita que me hace fruncir el ceño. ¿Qué tienen de gracioso mis comentarios?

—Todos se preocupan demasiado por mí. No te preocupes, Estelle, no soy de azúcar. Ya he pasado por muchas pruebas. Enfrentaré otras y las superaré.

—Entonces, sí lo amas —insisto—. Ten cuidado con ese hombre. La fidelidad y él no van de la mano.

—Lo sé, Estelle. Igualmente, no pretendo que vaya a cambiar por mí. Pero mira, desde que casi muero, tomo la vida como viene. Cada día adicional en esta tierra es un regalo. De todos modos, me niego a privarme del amor solo porque es efímero.

¿Qué decir, qué responder? Los argumentos de mi amiga no me convencen, pero tendré que aceptarlos.

—No pongas esa cara de funeral, Estelle —añade—. Parece que estás en la Fiesta de los Muertos.

Recuperándome al instante, le doy una palmadita en la mano y adopto una expresión sonriente.

—¿De dónde sacas todo eso, Nicole? Estoy feliz como un lirón con la idea de conocer a las gemelas de Martha —improviso mientras me levanto de la silla—. ¿Vamos?

13

Estelle

Ceremonia del recién nacido: cada comunidad indígena tiene sus propios ritos para celebrar el nacimiento de un niño.

Entre los hurones-wendat, se reúnen los padres y amigos, y se presenta al bebé. Los invitados escriben un deseo en un trozo de papel que luego colocan en el hueco donde se plantará un árbol para la ocasión.

También se cantan canciones y se baila. Esta fiesta perpetúa el vínculo que une al hombre con la naturaleza.

—¡Estas pequeñas son adorables! ¡A-DO-RA-BLES! —exclama el Pepinillo, extasiándose como un tonto feliz ante las gemelas de Martha—. Da ganas de tener hijos, ¿verdad, señoras?

Ponerse en modo silencio: expresión que significa callarse, ser discreto y tratar de no llamar la atención sobre uno mismo. Esa es la actitud que he adoptado desde que salí del bar. Una vez cerradas las puertas del Mandella, Nicole, Anthony, Gregory y yo nos unimos a la Ford Escort roja de mi ex. Al verla, me descompuse. Atrapada por un repentino acceso de locura, estuve a punto de rayar su carrocería. Por suerte, logré controlarme.

Subí al asiento trasero muy sensatamente. El perfume del Pepinillo había invadido el habitáculo y envenenaba el aire. Con la nariz pellizcada y el ceño fruncido, los hijos de Martha tomaron asiento a mi lado. Nicole se sentó en el frente. Unos segundos después, Steve arrancó haciendo rugir el motor para entretener al público. ¡Qué infantil!

Durante el trayecto que nos llevó a la clínica, pegué la cara contra la ventana y me sumergí en la contemplación del paisaje. Los mismos árboles, las mismas casas que ayer desfilaban ante mis ojos. Sería incapaz de revelarles el contenido de las conversaciones que tenían lugar a mi alrededor. Con mis auriculares puestos, escuché música en mi teléfono móvil. Así logré mantener la calma.

Pero ahora que todos estamos reunidos en la habitación de Martha, de nuevo me invaden ganas de asesinar. El Pepinillo podría pagar el pato.

—Entonces, señoras, ¿qué pensáis? —insiste.

—Yo paso —gruñe nuestra anfitriona desde su cama hospitalaria, apoyada contra dos almohadas.

—No hablaba de ti, Martha —susurra el Pepinillo con una sonrisa forzada—. Entiendo que ya tienes suficiente con tus cuatro hijos.

—Ya no somos niños —masculla Anthony, sentado junto a su madre.

—Pero viendo las maravillas que has traído al mundo, uno podría sentirse tentado a intentarlo también. ¿Verdad, chicas? —continúa mi ex.

—Es cierto que Céline y Alice son lindas —murmura Nicole, que no se ha movido desde que sostiene a uno de los bebés en sus brazos.

Asintiendo mientras observo al recién nacido que Gregory acuna en sus brazos, coincido. A excepción de esa cresta de cabellos negros erizados en la cima de su cabeza, las gemelas son adorables en sus mamelucos amarillos y naranjas. El hecho de que estén dormidas las hace especialmente encantadoras. De cualquier manera, el día que me dedique a repoblar el planeta, será con Christopher. ¡Al menos eso espero!

—¿Y a nosotros no nos preguntan? —se indigna Anthony.

—Todavía sois muy jóvenes para albergar tales proyectos —los reprende el Pepinillo con aires de superioridad—. ¡Paciencia!

—Steve tiene razón —interviene Martha—. Primero debéis pensar en tener éxito en vuestros estudios.

—¡Ahí vamos de nuevo! —se queja Gregory.

—¿Y cómo va todo en el Mandella? —pregunta su madre de repente.

¡Ay! Tema espinoso. Como dirige su mirada hacia mí, finjo admirar mis pies. Hemos pasado el día instruyendo a mi ex y girando los pulgares. Me niego a ser quien se lo confiese. ¡Que busque a otro mensajero! Afortunadamente, Nicole se aclara la garganta, lo que indica su intención de hablar.

—Va muy bien —termina susurrando, para no molestar el sueño de las gemelas—. Sin embargo, hoy no tuvimos muchos clientes. Debido a las manifestaciones contra la instalación del casino, el mercado no tuvo lugar.

—Sí, estoy al tanto —concede Martha—. Creo que sería más prudente cerrar el bar hasta el próximo lunes. Con la reunión de los Grandes Jefes, la boda de Estelle y la ceremonia de los recién nacidos, la semana promete ser agitada.

—¿La ceremonia de los recién nacidos? —repite estúpidamente el Pepinillo.

—¡Sí! La fiesta que organizaremos para el nacimiento de Céline y Alice —le responde

Anthony con una mueca despectiva—. Todos aquí saben lo que es.

—¿Y en qué consiste exactamente?

—La familia del o de los bebés invita a sus seres queridos a venir a plantar un árbol en el jardín... —le responde Nicole en voz baja.

La niña que sostiene contra ella emite una serie de hipos, obligándola a callarse. De inmediato, todas las miradas se dirigen hacia el origen del ruido. Sin decir una palabra, Martha extiende los brazos hacia mi amiga, que no duda en devolverle a su bebé. Con movimientos expertos, ella endereza a su niña y la apoya contra su hombro. ¡Qué destreza! Estoy impresionada. Sería incapaz de imitarla. Además, las gemelas me dan un poco de miedo. Antes de salir de la clínica, tendré que preguntarle a una enfermera si todos los niños nacen con una cresta iroquesa en la cabeza.

—Creo que voy a poner a Alice de nuevo en su cuna —susurra Gregory, por temor a despertar a su hermana.

—¿Y entonces? ¿Esta ceremonia del recién nacido? —retoma el Pepinillo, después de un breve silencio pasado escuchando la respiración de las niñas.

—Cada invitado escribe un deseo en un papel y lo deposita en el hoyo donde se plantará el árbol —replica Nicole en voz baja—. Luego comemos, cantamos y bailamos en honor a los bebés.

—Ahora que lo pienso, sería bueno organizar eso para el viernes —declara Martha—. Salgo de la clínica el jueves por la tarde, no podré encargarme de ello. Pero ya que el bar estará cerrado, tendréis todo el tiempo necesario para haceros cargo.

Dicho esto, examina alternativamente a sus hijos que, con la boca entreabierta, la miran atónitos.

—Anthony, Gregory. Os estoy hablando.

—¡Pero mamá! —se quejan los gemelos en coro con una voz llorona.

—No hay mamá que valga... —los regaña su madre, antes de ser interrumpida por el Pepinillo.

—Yo organizaré esa fiesta.

¡Qué descaro tiene el animal! Me quedo de piedra. Este hombre es la personificación de la impudencia. Hasta ayer, era un extraño en Mendake. Y ahora, se pavonea como el salvador. ¿No hay nadie que le corte el paso?

—Pero él no sabe nada. Ni siquiera es de aquí.

Bien dicho, Anthony. Me has quitado las palabras de la boca —celebro interiormente.

—Yo lo ayudaré —interviene Nicole, saliendo en defensa de mi ex.

—Es muy amable de vuestra parte —suspira Martha, visiblemente aliviada—. Pero insisto en que Gregory y Anthony participen en la organización de la ceremonia.

—¡Qué bien! —exclama el Pepinillo—. Acabo de tener una idea que requerirá su presencia.

—¿De quién habla? —bromea Gregory dirigiéndose a su hermano—. Espero que no de nosotros.

—¡Gregory! Por favor, cállate —le reprende su madre—. Te escuchamos, Steve, puedes continuar.

—Bueno, ¡eso es! Planeo crear un ballet para la ocasión. Algo parecido a lo que Estelle presentó en vuestro pow-wow.

Y entonces, ¡silencio! Solo se escuchan las rápidas respiraciones de los bebés. Con los ojos abiertos como platos, los gemelos miran a mi ex con una expresión desconcertada. Martha y Nicole sonríen beatíficamente. Detrás de sus miradas amables, hay como una expresión de admiración. Me da náuseas.

¡Eh! ¡Pero soy yo la coreógrafa de Mendake! Yo, que he inculcado el gusto por la danza a mis alumnos. Si alguien debe componer un ballet para la ceremonia de los recién nacidos, solo puedo ser yo.

—Esa no es una opción —protesto, profundamente irritada.

—¿Y podemos saber por qué, por favor? —me desafía el Pepinillo.

—Pero hay un centenar de razones. Para empezar, no eres coreógrafo.

—Un centenar de excusas, Estelle, pero antes de conocerte, yo también enseñaba danza...

—A mujeres jóvenes sobreexcitadas —le corto—. Y definitivamente no a adolescentes reacios.

—¿Cuándo entenderán que somos adultos? No adolescentes —masculla Anthony.

—Además, no tienes bailarines —continúo, impasible ante el ceño fruncido de Nicole—. Mis alumnos no te conocen: no seguirán tus directivas. Tienes menos de tres días para ganártelos. Nunca lo lograrás.

—¿Tres días? ¡Es más que suficiente! —se jacta el Pepinillo—. De todos modos, no será

difícil montar un ballet que supere al tuyo. Permíteme decirte que tu coreografía no tenía nada de extraordinario.

—¿Nada de extraordinario? —me enfado, con las manos en las caderas.

—Es feo decir eso —interviene Gregory.

—Y además, es una tontería —agrega su hermano.

—Estelle lo hizo perfecto —añade Martha—. Su ballet fue magnífico.

Como no recibo ninguna señal de Nicole, me giro hacia ella. Entendería completamente si no quisiera oponerse a su amante, pero aun así, exagera. ¡Oh milagro! ¡Ella niega con la cabeza en señal de desaprobación! Finalmente, era hora de que se involucrara. Su apoyo me calienta el corazón.

—Trabajé mucho en esa coreografía —declaro, volviendo al ataque—. Te desafío a que hagas algo mejor.

—¿Desafío de ballet? —me lanza el Pepinillo con una sonrisa exasperante en los labios.

—¿Perdón?

—Me has oído bien, Estelle. Yo también te propongo un desafío.

—¿Y en qué consiste tu desafío?

—Pues, ¡es simple! Cada uno de nosotros elegirá a cuatro de tus alumnos. Tendremos esta noche, mañana y pasado mañana para enseñar una coreografía a los equipos que habremos formado. En la fiesta del viernes, se enfrentarán en un duelo con la misma música. Los invitados decidirán cuál es la mejor.

—¡Es ridículo! —protesto.

—A mí me parece una idea muy buena, Estelle —me dice Nicole tímidamente—. Deberías aceptar.

—Así tendremos el placer de ver a nuestros jóvenes bailar de nuevo —añade Martha.

—Para que todos lo sepan, estaré en el equipo de Estelle —anuncia Anthony.

—Yo te sigo, hermano.

¿Soy la única que encuentra esta propuesta absurda? ¡Dios mío! Me caso el sábado. ¿Lo habrán olvidado todos? No es como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Entonces, Estelle, ¿vas a echarte atrás... como siempre? —me provoca el Pepinillo.

—¡De eso nada! Acepto el desafío.

Y voy a ganar a este pobre tonto por goleada.

Christopher

Los caballos entre los pueblos indígenas: hoy en día, los indios de América están muy lejos de los clichés trillados. Tienen ordenadores, teléfonos móviles, comen hamburguesas, visten jeans, circulan en coche y son sedentarios. Pero hubo un tiempo en el que los caballos se integraban perfectamente en su modo de vida nómada.

Reintroducido en el continente americano por los colonos de Europa, después de haber desaparecido durante la prehistoria, el caballo fue adoptado de inmediato por las poblaciones autóctonas, especialmente para la caza y la guerra.

Un ojo morado, un terrible dolor de cabeza y trece manifestantes en el calabozo: ¡ese es el triste balance del día! Henri ha tenido más suerte que yo. Los tomates que recibió solo mancharon la parte baja de su pantalón.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —me pregunta, mientras desglosamos el día en mi oficina—. No podemos dejarlos pasar la noche en nuestras celdas de desintoxicación. No están diseñadas para tantos ocupantes.

—¿Qué sugieres? ¿Que los libere con mis más sinceras disculpas por la falta de comodidad? —gruño.

Una escalope de ternera colocada sobre mi ojo derecho magullado, inclino la cabeza hacia atrás para evitar que mi nariz vuelva a sangrar.

—Podríamos imponerles una multa salada e inscribir sus nombres en el archivo de nuestros ciudadanos a vigilar de cerca —me propone mi adjunto y amigo, con una indulgencia que roza la irresponsabilidad.

—Buena idea. Aun así, no pienso liberarlos.

Ignoro cuál de ellos me ha hecho esto, pero pienso hacerles pagar colectivamente la cuenta. Una noche a pan y agua en nuestras instalaciones les enseñará de qué estoy hecho.

—Exageras —me regaña Henri—. No rompieron nada. Solo lanzaron frutas y verduras un poco demasiado maduras...

—¡Podridas!

—Bueno, si quieres. Los equipos de limpieza están recogiendo todo. Mañana no quedará ni

rastró. La ciudad estará como nueva.

—¡Y esto es un moretón que todavía estará aquí mañana! —me irritó, bajando la cabeza para fulminarlo con una mirada de ciclope.

Deseando respaldar mis palabras, retiré la escalope de mi rostro y le mostré el objeto de mi descontento.

—¡Uy! Te han dado bien —se alarma Henri.

—¿Ves? En cuanto a la carrocería de mi 4x4, no está en mejor estado.

—Jean te lo desabollará. En cuanto a tu ojo, deberías aplicarle hielo. Esa loncha de carne no te ayudará a sanar.

—Es todo lo que encontré en el refrigerador. Los cubitos de hielo habían desaparecido —suspiré con un tono cansado, antes de darme cuenta de que mi adjunto aún no ha tenido tiempo de cambiarse su uniforme manchado—. Por favor, quítate ese pantalón lleno de manchas. Da mala imagen.

—¿Por qué? Todos nuestros colegas se han ido a casa. Con excepción de nuestros trece prisioneros, solo quedamos nosotros dos en la estación. Y como te has vuelto tuerto y tu visión está seriamente alterada, solo tienes que hacer como si no hubieras visto nada.

—Mientras estemos de servicio, debemos seguir mostrándonos profesionales —replico secamente—. El orden y la disciplina son primordiales sobre cualquier otra consideración.

—Escucha, Christopher: te aprecio, lo sabes. Tus pequeñas manías nunca me han molestado. Pero ya es suficiente. He estado despierto desde las 5 de la mañana. La manifestación me ha mantenido alerta todo el día. Son casi las 21 horas, así que sería bueno no excederse. Cuando me quite este maldito uniforme, será para meterme en mi cama y no salir de ella hasta mañana al mediodía.

¿Y si él tuviera razón? Aunque me resisto a admitirlo, los eventos de hoy han sacudido mis convicciones más profundas. Desde mi más tierna infancia, he aplicado la mayor rigurosidad en todo lo que emprendo. Mi perfeccionismo no conoce límites. ¿Y para qué resultado, les pregunto? El hecho es que no he logrado liderar a mis tropas de manera efectiva. El fracaso de mis métodos de trabajo me demuestra que he trabajado en vano.

—Tienes razón, Henri. ¿Para qué complicarnos con el reglamento? —lamento amargamente—. He sido patético.

—Exageras de nuevo, Christopher. Simplemente fuimos superados por el número de manifestantes.

—Mi padre estará contento.

Me ha dejado tantos mensajes incendiarios hoy que mi bandeja de entrada está saturada. Según él, soy el diablo encarnado. Por mi culpa, su reunión con los líderes de Loto-Quebec se arruinó. ¿Cómo podría haber previsto que los habitantes de Mendake se rebelarían en masa? Mi padre solo tiene que culparse a sí mismo. Si hubiera consultado a la población mediante un referéndum, nunca la situación habría degenerado de tal manera.

—Marc Gros-René tampoco estará más feliz —se ríe mi adjunto—. Quedó pintado de pies a cabeza.

Si pudiera, me retorcería de risa. Pero el menor movimiento de los labios, el más insignificante parpadeo tira de mi cara y aumenta mi dolor de cabeza.

Golpes en mi puerta interrumpen nuestra conversación. Menos de un segundo después, Jean, vestido con su eterno mono de trabajo grasiento, entra en mi oficina sin haber sido invitado. Con la cara enrojecida, los puños apretados, se planta delante de nosotros. Sus ojos lanzan rayos de ira.

—¿Quién te ha permitido entrar? —rujo, negándome a ser intimidado por su comportamiento agresivo.

—Las puertas cerradas nunca me han detenido —replica él con aire desafiante, mientras cruje sus articulaciones.

—Mecánico, organizador de manifestaciones, abogado de los pobres y ahora cerrajero —se burla Henri—. Realmente tienes muchas habilidades.

—¡Exactamente! Estoy aquí en mi capacidad de abogado... en este caos —responde Jean, señalando con un gesto brusco los montones de archivos apilados aquí y allá.

—Mantén la educación, ¿quieres? —le reprendo—. Te estás dirigiendo a oficiales de policía en servicio.

—Con ese filete en la cabeza y vuestros uniformes asquerosos, ¡qué credibilidad! —se burla él.

—Ve al grano. ¿Qué quieres?

—Exijo que liberen a mis camaradas. De inmediato.

—De ninguna manera —corto yo, inflexible—. Son culpables de alterar el orden público.

—Ni más ni menos que el buen millar de manifestantes que desfilaron hoy. No estoy de acuerdo en que se les atribuyan faltas cometidas por casi la totalidad de la reserva.

—Lanzaron tomates a Christopher —interviene Henri—. Mira en qué estado está su ojo.

—Ah, ¡así que ese es el problema! —se burla Jean—. Hace tiempo que el delito de lesa majestad no es sancionado por los tribunales. Suéltalos.

—Tus protegidos permanecerán en la celda de desintoxicación todo el tiempo que sea necesario —me obstino—. Y ya que te preocupas tanto por su confort, te aconsejo encarecidamente que les traigas comida.

—También prevé mantas —añade mi adjunto, burlón—. Las noches son frescas en nuestras instalaciones.

—Les advierto: no toleraré que los dejen pudrirse en prisión toda la noche —ladra Jean, haciendo crujir de nuevo las articulaciones de sus dedos.

—Vuelve a casa, Castor Cobarde. La ley es la misma para todos —le dice Henri con una voz que transpira amenaza.

—¿O sino qué?

—Entonces irás a hacerles compañía a tus camaradas —rujo.

Como respuesta, Jean estalla en risa y se desploma en una silla, extendiendo las piernas frente a él.

—¿Saben qué? Me siento de humor para contarles una pequeña historia —comienza con un tono meloso—. Había una vez un Gran Jefe que era muy desafortunado. Su coche estaba constantemente averiado. El buen y leal mecánico de la reserva siempre estaba dispuesto a repararlo. Su amabilidad era tal que lo hacía una prioridad. Y todo por una suma módica. Además, le prestaba un vehículo de cortesía gratuitamente.

—¡Qué imaginación! Tienes un verdadero talento para contar historias —ironiza Henri, mientras Jean hace una pausa para recuperar el aliento y hace crujir sus dedos.

—Pero un día, el mecánico tuvo un problema con el hijo del Gran Jefe —continúa Castor Cobarde—. Las cosas se pusieron feas. El primero quedó conmocionado por la falta de flexibilidad del segundo. Perdió el gusto por el trabajo...

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —lo interrumpo, a la defensiva.

Otros crujidos de articulaciones hacen eco a mi pregunta.

—¿Sabías que el Honda Civic de tu padre está de nuevo averiado? —replica Jean con aire despreocupado—. Lo subí al elevador anoche. Está esperando que decida si ocuparme de él o no.

—¡Ay! Ya veo por dónde va —murmura Henri, perspicaz.

—¿Y luego? —resoplo con indiferencia fingida.

—Es simple. O liberas a mis camaradas de inmediato, o tu padre y los miembros del Consejo de la Nación tendrán que buscar un nuevo mecánico.

Christopher

Medicina de los indígenas americanos: cuando los primeros colonos desembarcaron en América, se sorprendieron al descubrir que el arsenal médico basado en plantas de los pueblos indígenas era muy superior al suyo.

Los hombres y mujeres medicina, encargados del bienestar y equilibrio emocional de las personas de su tribu, sabían curar heridas consideradas fatales en el Viejo Mundo.

En lo que respecta al parto, una variedad de plantas acompañaba a la parturienta. Ya fuera para acelerar el trabajo, aliviar los dolores del parto, estimular la expulsión de la placenta o detener las hemorragias postparto, siempre existía una hoja, una raíz o una corteza de árbol que el hombre o la mujer medicina administraba en infusión a su paciente.

Miércoles 23 de agosto

¡Otro día difícil se anuncia! Apenas he abierto mi único ojo válido cuando alguien golpea fuertemente a mi puerta. ¿Qué hora puede ser? ¡Vaya! Solo son las 6:45. Al final, no he dormido mucho. ¿Quién puede venir a molestarme tan temprano? No espero a nadie.

¿Será mi dulce Estelle? Lo dudo mucho. Debe estar furiosa por no haber respondido a sus mensajes. La extraño tanto. Me hubiera encantado dormir en sus brazos anoche, en lugar de acostarme en mi gran cama toda fría. En vez de encontrarla acurrucada contra mí, me despierto con un ojo morado como único compañero.

¿Henri, tal vez? Sería típico de él golpear mi puerta como un loco. No. No planeaba levantarse antes del mediodía. En cuanto a Jean, no creo volver a ver su cara pálida en un buen tiempo. Sus camaradas liberados, no tiene ninguna razón para molestarme. Tampoco creo que me haya devuelto mi vehículo de servicio. Cuando ayer cedí a su odioso chantaje, aproveché para pedirle que desabollara gratis mi 4x4. Aceptó de mala gana. Me da la impresión de que mis reparaciones se demorarán. No me desharé pronto de su coche de préstamo: un Chevrolet Camaro completamente retocado que hace un ruido infernal.

Me enderezo y presto atención. No llega ningún ruido. ¡Mejor! Podré volver a dormir. Lo necesito. Necesito recuperar fuerzas para enfrentar el día de mañana. La reunión de la APNQL requerirá toda mi energía. Tendré que redoblar la vigilancia para asegurar la seguridad de los Grandes Jefes de Quebec. Además, ¿quién sabe si el movimiento de protesta contra ese maldito casino no ganará fuerza?

Vuelvo a apoyar la cabeza en mi almohada, pero nuevos golpes en mi puerta me convencen de renunciar al sueño. ¡Maldición! Este patán va a escucharme. Me visto apresuradamente con una bata y corro a abrir. Mi padre, erguido como un I, está en el umbral. Y pensar que nos une un lazo de filiación. Definitivamente, no nos parecemos en nada.

Casi de la misma estatura que yo, tiene los ojos tan oscuros como los míos son verdes. Su frente calva, su cara redonda y su ligero sobrepeso completan el cuadro de nuestras diferencias. Sin embargo, resulta que somos más tercos el uno que el otro. Este rasgo de carácter común nos ancla en la misma lógica de comunicación: el enfrentamiento. Dada nuestra propensión natural a pelearnos, evito tanto como sea posible cualquier contacto con él.

—¿Puedo entrar? —me pregunta con un tono neutro.

Lamentablemente, hoy no evitaré una buena pelea. El día de ayer ha aumentado su ya larga lista de quejas contra mí. Sin decir una palabra, retrocedo para dejarle pasar. Entra en mi casa y se dirige directamente a la cocina. Estoy convencido de que comenzará a gritar y reprocharme mis faltas de ayer. Lo dejaré hacer su serenata. Cuanto antes termine, antes volveré a la cama.

—¿Y si me preparas un café? —me lanza, mientras se sienta a la mesa.

—Quítame una duda, no habrás venido corriendo a mi casa solo para tomar un café, espero. Ve al grano, por favor. Date prisa en decir lo que tienes que decir, para terminar de una vez.

—Dejemos de irritarnos el uno al otro, Christopher. Un padre y su hijo deberían poder hablar sin necesidad de sacar los hachas de guerra. Una buena taza de café nos ayudará, ¿no crees?

Sorprendido de no escucharle exponer sus quejas, me quedo inmóvil en el umbral de la cocina y tardo en responderle. Suspirando resignado, se levanta y comienza a buscar en mis armarios.

—¿El café lo guardas aquí? ¡Ah, no! Pero al menos encontré azúcar y galletas. Aquí las dejo sobre la mesa —exclama, comentando cada una de sus acciones—. Y ahí, veo dos tazas perfectas. Las cucharas están en el cajón de abajo, ¿verdad? ¡Ah! Veo que tienes la misma cafetera expreso que yo. No te muevas, sé cómo funciona. Pero siéntate ya. Estás pálido como un papel.

También tengo un ojo morado que ni siquiera ha notado. Mientras se ocupa de prepararnos el café, tomo asiento en una silla y lo observo. Silba entre dientes. ¿Qué estará tramando? Esta calma que muestra no le caracteriza. Que yo recuerde, nunca lo había visto con una cara tan relajada.

—He estado pensando, Christopher, no podemos seguir así —me anuncia, después de unirse a mí con dos tazas humeantes en las manos.

Coloca nuestros cafés delante de cada uno de nosotros, y luego se sienta frente a mí.

—¿Seguir cómo? —mascullo.

—Todos estos enfrentamientos entre nosotros deben cesar. Es hora de dejar de lado las luchas de poder. Necesitamos aprender a conocernos. A restablecer el contacto. A hablar un lenguaje pacífico. Ahora tienes 33 años. Pronto te casarás. No quiero que mis nietos crezcan lejos de mí.

—Pero nadie ha dicho que te impediré verlos.

—Bebe —me ordena, mientras saborea su primer sorbo—. No me lo impedirás, pero un mal entendimiento entre nosotros terminará afectando mi relación con mis nietos... y también con tu futura esposa. La aprecio mucho. Es una mujer inteligente.

—¿Quieres que las cosas mejoren entre nosotros? Entonces deja de vigilar cada uno de mis movimientos.

—No te vigilo, hijo mío —se defiende antes de devorar una galleta.

Todavía no he tocado mi taza. Todo este rencor acumulado y atascado en el fondo de mi garganta me impide tragar cualquier cosa.

—¡Tu títere! —escupo—. Me visita todos los días.

—¿Mi títere? No sé de quién hablas.

—Marc Gros-René. No sale de mi oficina sin correr a informarte. Si eso no es vigilancia estrecha, no sé qué es.

—Es simplemente trabajo en equipo —replica mi padre entre dos sorbos de café—. Saber qué pasa en tu comisaría me ayuda a gestionar mejor la reserva. Deberías entenderlo, después de todo.

—No necesitarías meterte en mis asuntos si confiaras en mí. Pero ahí está el problema. El gran Richard Gervais tiene un hijo al que considera mediocre. Nada de lo que su retoño emprende es de su agrado...

—No digas tonterías —suspira—. El problema contigo es que lo tergiversas todo. Solo deseo lo mejor para ti. ¿Es un crimen que un padre impulse a su hijo hacia la excelencia?

—En el momento en que siempre pones el listón más alto, sí lo es.

—Desearía que tuvieras hijos, Christopher. Entonces entenderías que actúo así por amor.

—¿Todos esos mensajes mordaces que me envías durante todo el día también son de un padre amoroso? —digo con sarcasmo.

—Justamente, hablemos de eso. Me doy cuenta de que tiendes a interpretarlos mal.

—Si quieres saberlo todo, me repugnan.

Con las cejas levantadas, mi padre se queda en silencio y, mientras termina su taza, me mira con curiosidad.

—¿Es así de malo? —finalmente me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—En el futuro, priorizaremos el contacto directo —añade—. Cuando tenga algo que decirte, vendré a verte. Y viceversa... Pero aún no has tocado tu café. Bébelo.

—También me gustaría que dejaras de darme órdenes.

Como única respuesta, asiente y me extiende la mano. Desconcertado, la miro como si fuera un paquete bomba.

—No te va a morder —dice con ironía, con la mano aún extendida.

Finalmente, se la estrecho. ¿Quién hubiera pensado que mi padre aceptaría algún día tratar de igual a igual conmigo?

—¡Bien! Ahora que hemos hecho las paces, podemos hablar del día de mañana. Pero antes, tengo algo para ti.

Diciendo esto, saca un pequeño bote del bolsillo de su chaqueta y lo coloca sobre la mesa.

—Toma, es para ti —me anuncia.

—¿Qué es?

—Un ungüento... para tu ojo morado. Annie, la abuela de tu amiga Nicole, lo preparó especialmente para ti. No es mi intención ordenarte, pero deberías aplicártelo alrededor del ojo.

Por primera vez en mi vida, creo que seguiré su consejo.

Estelle

Los pueblos iroqueses: los Iroqueses, a los que pertenece la confederación de los Hurones-Wendat, forman uno de los dos grupos de indios de América del Norte. El otro grupo es el de los Algonquinos.

Mientras que estos últimos eran cazadores-recolectores nómadas que evolucionaban en un sistema patriarcal, los Iroqueses eran semi-sedentarios y practicaban la agricultura (maíz, frijoles, calabaza, tabaco). Vivían en casas largas distribuidas en aldeas. Estas podían albergar hasta 2000 habitantes y estaban rodeadas de palizadas construidas con estacas. Cada diez a treinta años, los Iroqueses se veían obligados a mudarse para evitar el agotamiento del suelo.

En su sociedad matrilineal, la transmisión familiar se hacía de madre a hija.

Desde temprano esta mañana, no he dejado la Casa de Jóvenes. También estuve allí anoche. Créanme, no estoy ahí sin hacer nada. Mientras enseño una coreografía a cuatro de mis antiguos alumnos, el Pepinillo hace lo mismo con sus cuatro compañeros. Cada uno de nuestros dos equipos ocupa una esquina de la sala de danza. Me es difícil evitar el contacto con él.

Si Christopher se entera de que paso la mayor parte de mi tiempo en compañía de mi ex, explotará de ira. ¡Qué susceptible puede ser! No hemos tenido la oportunidad de hablar hoy. Aun así, se tomó la molestia de responder a mis mensajes para explicarme que tenía mucho trabajo y que me extrañaba.

Aunque él me hace mucha falta, sinceramente espero que no aparezca por aquí. Sus facultades de discernimiento se evaporan cada vez que el Pepinillo está cerca. Aunque la presencia de Nicole disipa cualquier ambigüedad. Apoyada cerca del equipo de sonido, nos asiste, deteniendo o reanudando la música a nuestra solicitud. Ella eligió la canción sobre la que ensayamos, *Beating Heart* de Ellie Goulding, que forma parte de la banda sonora de la película *Divergente*.

De reojo, vigilo los progresos de mi adversario. Heredó a Zoé y Kevin, mis mejores elementos, lo que constituye una gran ventaja. Pero como concentra sus esfuerzos solo en ellos, las otras dos chicas de su equipo están desmotivadas y reacias a trabajar. Está mal crear desigualdades entre sus bailarines.

Por mi parte, cuento con el buen humor de los hijos de Martha. Crean un ambiente genial con sus bromas. Y eso es lo más importante. No les ocultaré que acepté el desafío de mi ex por pura competitividad. Pero al ver las caras felices de mis alumnos enfrentando este desafío-ballet,

pienso que lo importante es divertirse.

Sin embargo, no nos engañemos: todavía ardo en el deseo de aplastar al Pepinillo. De demostrarle que su actuación no vale nada. Una motivación similar parece animarlo. Tengo la impresión de que su coreografía es solo una concentración de movimientos elaborados con nombres pomposos: saltos esto, lanzamientos aquello, fouettés cosas, arabescos tal... Nicole está muy impresionada por este vocabulario pedante. Apuesto a que antes de esta noche, todo el glosario de la profesión habrá sido revisado. Es indigesto, todo esto.

Por el contrario, opté por una secuencia simple que recicla figuras usadas durante el ballet del pow-wow. Para mi gran satisfacción, mis alumnos recuerdan mis enseñanzas de Krump, Popping y Locking, estas técnicas de danza que permiten simular escenas de combate, imitar un robot o un muñeco desarticulado, retroceder a cámara lenta como en el *Moon Walk* de Michael Jackson.

Como tengo tantos chicos como chicas en mi equipo, formé dos parejas. Al principio, todos repiten la misma secuencia de movimientos. Poco a poco, se forman las parejas, lo que simboliza el comienzo de una historia de amor. La mayor parte del tiempo, funcionan en modo pregunta-respuesta, estableciendo una especie de diálogo entre ellos. A veces, estalla una disputa, por supuesto que de mentira. Un bailarín deja el grupo y realiza un solo antes de reunirse con sus compañeros. En otros momentos, actúan en cascada, como en una ola de estadio, aportando alegría al conjunto. Para terminar, todos caen al suelo. Al final de la canción, las chicas se levantan, con los brazos extendidos hacia los espectadores. Así, a través de la representación metafórica del nacimiento de dos niños, se concluye la secuencia.

Este ballet ciertamente no ganará el Oscar a la mejor coreografía, pero cumple su propósito, que no es otro que celebrar el nacimiento de las gemelas de Martha. Que el Pepinillo exhiba su arte y su ciencia si así lo desea. Que brille ante todos en todo su esplendor. Yo prefiero dar importancia a las emociones.

—¡No, no y no! —brama de repente mi ex—. Esto no está bien, no está bien, no está bien. Detén la música ahora mismo, Nicole.

¡Vaya! Parece que las cosas se están poniendo tensas en el equipo contrario. El Pepinillo está descargando su amargura sobre Zoé y Kevin. Aparentemente, su pareja estrella no logró realizar un porte complicado.

—Pero nosotros necesitamos música —se queja Anthony, después de que mi amiga cortara el sonido.

—No te preocupes —le tranquilizo—. Aprovecharemos estos momentos de silencio para sentarnos en círculo y repasar nuestra coreografía.

—¿Sentados?

—Sí, es una técnica que tomé de la famosa Patrulla de Francia.

—Es un grupo de aviones que realiza exhibiciones de acrobacias aéreas por todo el mundo —susurra Gregory a las chicas.

—Gracias, ya lo sabíamos —le corta una de ellas.

—Vimos volar sus alphajets el año pasado sobre Quebec —añade su compañera con un tono igualmente áspero.

—¿Y eso qué tiene que ver con la danza? —continúa Anthony.

—Antes de cada espectáculo, los ocho pilotos de la Patrulla de Francia tienen la costumbre de reunirse tranquilamente para repasar con sus manos cada uno de los movimientos de su ballet aéreo —les explico—. Vamos a imitarlos.

—¿Para qué sirve?

—Para no olvidar la coreografía, ¡cabeza de melón! —responde Gregory a su hermano—. ¿Verdad, Estelle?

—Exactamente.

Mientras el Pepinillo vocifera en el otro extremo de la sala, nos sentamos. Les enseño a mis alumnos los gestos que inventé para representar las figuras más utilizadas de nuestro ballet.

—¡Eh, Estelle! ¿Y si me ayudas a mostrarles el porte Helicóptero? —me llama mi ex, justo cuando empezábamos a dominar este lenguaje de señas.

—Lo siento, pero nosotros estamos haciendo alphajets —responde Gregory, lo que desata la risa de sus compañeros.

Por otro lado, los alumnos de mi ex no muestran ni la sombra de una sonrisa. Pobres, los compadezco. No la están pasando bien.

—Estoy ocupada, Steve. Apáñatelas sin mí —le respondo secamente—. Vamos, chicos, empecemos de nuevo. En formación cerrada, para...

—Por favor, Estelle —insiste el Pepinillo con un tono que apenas disimula su irritación—. No te pido mucho, ven y ayúdame a mostrarles el porte Helicóptero.

—De ninguna manera. Continuemos...

—¡Pero por Dios! ¿Cuál es tu problema? —explota—. No es como si te estuviera pidiendo acostarte conmigo, después de todo.

Eso sería el colmo. Interrumpiendo mi gesticulación, giro la cabeza hacia él. Una mueca ha reemplazado su habitual sonrisa encantadora. Está rojo como un tomate. Mientras sus ojos lanzan llamas hacia mí, los de Kevin y Zoé imploran mi ayuda. No soy indiferente a su angustia, para nada. A pesar de todo el rencor que siento hacia mi ex, me repugna dejar sufrir a mis alumnos.

—¿Quieres que me arrodille ante ti, es eso? —se irrita aún más.

—Por favor, Estelle, ayúdale —me suplica Nicole.

¡Ay! Mi amiga se mete en medio. Está fuera de cuestión que asuma el papel de la mala. Así que, me levanto. En un silencio sepulcral, me acerco al Pepinillo y acepto la mano que me extiende. En un dos por tres, tomo impulso, realizo un salto agrupado, giro sobre mí misma y, guiada por mi pareja, aterrizo sobre su espalda, la cual ha curvado cuidadosamente.

—¡Y aquí tenemos la posición inicial del porte Helicóptero! —anuncia, mientras permanecemos inmóviles—. No es tan difícil, después de todo.

De hecho, sí lo es. Una figura como esta no se domina de la noche a la mañana. Me llevé varios años perfeccionarla. Prefiero callar en lugar de iniciar un debate interminable.

—¡Oh! ¡Es realmente maravilloso! —exclama Nicole, siempre tan entusiasta.

—Imposible —murmura Kevin.

—¡Totalmente! —refunfuña Zoé—. Vamos a rompernos la espalda.

—Y ahora, admirad el trabajo de un profesional —se jacta el Pepinillo.

Sin soltarme la mano, me agarra una pierna y comienza a girar sobre sí mismo, llevándose en un movimiento giratorio.

—Y para terminar... —dice, algo jadeante.

De repente detiene sus giros y me inclina hacia el suelo. Inmediatamente, me encojo. Amortiguando mi caída, me recoge en sus brazos y me mantiene con la espalda pegada a él. ¡Qué irritante es su perfume de esencias cítricas y vetiver! Es aún más molesto sentirlo pegado a mí. Les juro que hay bofetadas que se pierden.

—Suéltame, Steve —gruño entre dientes, mientras la situación se prolonga.

—Estelle y yo acabamos de presentaros el porte Helicóptero —anuncia a todos, ignorando mi orden—. Podéis aplaudir.

—Nadie aplaudirá —trona la voz profunda y aterciopelada de Christopher—. Y tú, la sueltas inmediatamente.

Como estoy de espaldas a la puerta, no lo vi ni lo oí llegar. Eso no me impide, de ninguna manera, percibir la amenaza que se cierne sobre nosotros. ¡Va a haber problemas!

—Estamos bailando —le responde mi ex, aún sujetándome firme contra él.

—No es lo que piensas, Christopher —jadeo, realmente avergonzada de haberme metido en tal embrollo—. Suéltame, Steve.

—No te molestes —me susurra el Pepinillo al oído—. Tu oso de las cavernas solo cree lo que ve. Y ahora, no necesito dibujártelo, pero estás en un buen lío.

El sentimiento de impotencia que me provoca su comentario lleno de veneno estimula mi creatividad en materia de insultos.

—¡Imbécil!

Mientras lo insulto con todo tipo de nombres, Nicole intenta desdramatizar la situación.

—No te enfades, Christopher —interviene—. No estaban haciendo nada malo.

—Nos estaban mostrando el porte Helicóptero —añade Zoé.

—Han terminado —gruñe Christopher.

Con movimientos lentos, el Pepinillo afloja su abrazo. Apenas mis pies tocan el suelo, me doy la vuelta y corro hacia mi prometido. ¡Dios mío! ¡Su ojo derecho! Está azul... no, de hecho, violeta. Me detengo en seco a unos centímetros de él, mirándolo conmovida por el terrible morado que le desfigura. Con la mano suspendida en el aire, dudo si tocar su moretón.

—¿Qué te pasó? —le pregunto, conmovida.

—¡La violencia engendra violencia! —proclama el Pepinillo detrás de mí.

Afortunadamente, Christopher tiene la sensatez de no responderle. Me toma de la mano y la lleva a sus labios. Al contacto, me siento derretir.

—No es nada grave —me dice con un tono suavizado—. En unos diez días, no se notará nada.

—¡Quien busca pelea, la encuentra! —cita el Pepinillo, burlón.

¡Caramba! Sus máximas empiezan a exasperarme. Con una calma olímpica, Christopher continúa ignorándolo.

—¿Has consultado a un médico? —le pregunto—. Necesitas una pomada.

—Tengo todo lo que necesito. No te preocupes por mí, Estelle. Lo único que me falta eres tú.

Con la punta de los dedos, levanta mi barbilla, se inclina hacia mí y deposita un beso en mi

nariz. En ese momento, los dichos triviales del Pepinillo dejan de llegar a mis oídos. Christopher se convierte en mi ancla, mi único horizonte. Solo oigo el sonido de su respiración agitada. Me agarro de sus hombros. Me abraza y me aprieta contra él. ¡Cuánto amor en este simple gesto! Lleno mis pulmones de su aliento embriagador. Me parece que nuestros corazones latén al unísono.

—Pero debes estar doliendo... —me preocupo de nuevo.

—Muy poco.

Tras transmitir este mensaje tranquilizador, su boca roza la mía. Va a besarme. No, de hecho, no se atreverá. El llevar su respetable uniforme de policía se lo impedirá. De hecho, me suelta de inmediato.

—¿Tendrías unos minutos para dedicarme, Estelle? —me pregunta, tras apartarse—. Me gustaría hablar contigo en privado.

Su petición me hace darme cuenta de que unos buenos diez pares de ojos nos observan. El Pepinillo, mis alumnos, Nicole...

—Por el momento, no puedo, estoy repitiendo un ballet —le explico, retrocediendo también.

—Estelle y yo debemos actuar pasado mañana en la fiesta de los recién nacidos de Martha —se mete mi ex.

—Estás invitado, Christopher —retoma Nicole—. De hecho, ¿por qué no vienes a cenar esta noche a casa? Estelle estará más disponible.

—Ven antes de la hora de la cena, podremos hablar tranquilamente —sugiero antes de girarme hacia mis alumnos—. ¿Y si retomamos el trabajo?

Christopher

Las casas largas de los Iroqueses: construidas con estacas de madera y cubiertas de corteza de árboles, las casas largas de los Iroqueses estaban compuestas por un único y estrecho espacio donde vivían los miembros de un mismo clan matrilineal. Su longitud variaba de 25 a 30 metros, aunque algunas podían alcanzar los 100 metros. Provistas de puertas en cada extremo, no tenían ventanas.

En el interior, las camas estaban dispuestas a lo largo de toda la casa, a ambos lados de un pasillo central de unos 3 metros de ancho. En el pasillo se alineaban fogatas de cocina y calefacción dispuestas cada 6 metros.

Sobre cada hogar había un agujero de ventilación para evacuar el humo. Cada hogar era utilizado por dos familias, situadas una frente a la otra en la casa larga. Estas dos familias formaban un compartimento. Los compartimentos podían estar separados por tabiques, lo que proporcionaba una privacidad relativa a los miembros de estas dos familias.

Necesito pensar en una manera efectiva de sacar al guaperas de mi camino. Todavía intenta seducir a mi prometida. Cuando fui a la Casa de Jóvenes hace un rato, los sorprendí, pegados el uno al otro. Era obsceno y completamente inapropiado.

Voy a casarme con Estelle. El sábado. Nos amamos. Locamente. La situación no podría ser más clara y no admite ambigüedades. Nadie puede separarnos. ¡Nadie! Y mucho menos su ex, que se comportó mal con ella.

No toleraré que este idiota invada mi territorio. ¿Y si lo arrestara? He dado vueltas a esta idea en mi cabeza sin lograr encontrar un cargo adecuado. Pero no pierdo la esperanza de conseguirlo. Y cuanto antes, mejor, si me preguntan. Porque me niego a que esté presente en mi boda... Mejor no pensar más en ello. A pesar de este pequeño contratiempo, veo el futuro con optimismo.

Primero, el ungüento que me dio mi padre está haciendo maravillas en mi ojo. Parece que mi hematoma está desapareciendo. Claro, ha cambiado de color constantemente. De rojo intenso ayer, pasó a azul a principios del día para volverse violeta esta tarde. Antes de que termine la semana, habrá tomado todas las tonalidades del arcoíris. Pero gracias a la paleta de maquillaje de Isabelle – la novia de Henri –, soy un hombre nuevo. Apenas si se nota mi ojo morado.

Tengo más razones para estar contento. Mi relación con mi padre ha mejorado notablemente

desde su visita de esta mañana. ¿Quién hubiera pensado que al día siguiente de mi mayor fracaso, vendría a mi casa para hacer las paces? Su promesa de no tratarme más como a un niño retardado se ha cumplido.

A petición suya, Henri y yo nos presentamos en la sede del Consejo de la Nación a principios de la tarde. Mientras que normalmente mi padre nos hace esperar en el vestíbulo, nos recibió sin demora en su oficina. Por primera vez, fuimos invitados a sentarnos. ¡En sillas de verdad! Incluso nos sirvieron refrescos. Mi adjunto no podía creerlo. De camino a casa, no paró de hablar sobre eso. Marc Gros-René, que también estaba presente en la reunión, no ocultó su asombro.

Durante más de una hora, mi padre repasó la lista de Grandes Jefes que participarán en la reunión de la APNQL. Así, pudimos recabar información útil, como sus fotos, los nombres de quienes los acompañan, su hora de llegada al hotel-museo de las Primeras Naciones donde se alojarán esta noche. En ningún momento, mi padre mostró hostilidad hacia nosotros.

Marc Gros-René intentó mencionar mi fiasco del día anterior, pero mi padre cortó la discusión argumentando que era mejor que unos tomates podridos cayeran sobre su traje en lugar de en nuestros estómagos. Casi creí que los ojos del vice-Gran Jefe saldrían de sus órbitas cuando mi padre reconoció tener parte de responsabilidad en el asunto del casino, ya que había omitido consultar a la población mediante referéndum. Fue simplemente delicioso escucharlo coincidir conmigo.

Sí, admito que mi reconciliación con mi padre me pone de buen humor. Y el hecho de que Nicole me haya invitado a cenar añade a mi felicidad. Solo pensar que Estelle acepta pasar unos momentos de intimidad conmigo me llena el corazón y lo hace palpar de alegría. Pero basta de charlas, y pasemos a la acción...

Son casi las dieciocho horas cuando toco a la puerta de la casa de Nicole. No tengo que esperar mucho antes de que mi prometida venga a abrirme. Esperaba que el lugar estuviera lleno de gente. No es así. El pasillo está vacío, ningún ruido llega hasta mí. Incluso el maldito gato de la casa brilla por su ausencia.

—Buenas noches, Christopher —me dice Estelle, que parece examinar mi rostro con extrema atención—. Tu ojo... Parece que está mejorando.

—He usado base de maquillaje.

—Ah, sí... Lo veo. ¿Todavía te duele?

—No, está bien. ¿Piensas dejarme fuera? —le pregunto, mientras su examen detallado de mi ojo se prolonga y ella permanece inmóvil en medio de la entrada.

—¡Por supuesto que no! Estamos solos, sabes —responde, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Todos han ido a visitar a Martha a la clínica. No volverán hasta dentro de una hora.

Por temor a parecer el peor de los groseros, me muestro frugal y solo le tomo la mano.

—¿Y si vamos a tu casa? —sugiero mientras la llevo por el pasillo.

—No, no entres —exclama, justo cuando estaba a punto de abrir la puerta de su habitación—. Mi vestido de novia está sobre mi cama. No debes verlo. Trae mala suerte.

Como buen soldadito, le obedezco y giro rápidamente hacia la habitación de enfrente.

—¡Ahí tampoco! Es la habitación de Steve.

Me apresuro a alejarme de ella. ¿Quién sabe si la proximidad de ese lugar no amargaré mi humor?

—Entonces, ¿qué propones?

—En el baño —responde ella—. Segunda puerta a la izquierda. Estaremos más tranquilos.

Apenas la información llega a mi cerebro, me dirijo hacia el lugar indicado, Estelle en mis talones. Entramos en la habitación. Como si interpretáramos la misma partitura, coordinamos nuestras acciones: ella cierra la puerta con llave, yo acciono el interruptor. Una luz tenue brota del neón integrado en el espejo de la pared e ilumina débilmente el espacio circundante. Veo lo suficiente como para sumergir mis ojos en los suyos.

—Es tan bueno verte —murmura, uniéndose a sus manos con las mías.

—Sí, me has hecho mucha falta.

Me acerco a ella, pensando abrazarla. Una ráfaga de su perfume me sube a la cabeza. Pero también un aroma aromático que no emana de ella. ¡El olor muy particular del cannabis! ¿Cómo es posible? Su uso está prohibido en Mendake. Mis conciudadanos lo saben. Quien infrinja la ley se expone a severas sanciones.

Movido por mis viejos reflejos de policía, suelto a Estelle y miro a mi alrededor. Rápidamente, identifico el detalle que desentona. La nota discordante de la historia. La cortina de la ducha. Pero, ¿por qué no vi antes que estaba corrida, ocultando la bañera y su contenido?

—Quien sea que esté ahí, salga de inmediato —gruño.

—Vete a la mierda —responde una voz lánguida muy reconocible.

—¡Oh, no! Es Steve. Temo lo peor —susurra Estelle, que ha fijado la mirada en la misma dirección que yo.

—Déjame arreglar esto y sal de aquí —le ordeno en voz baja.

—Prométeme que no lo maltratarás.

—Soy un policía íntegro. Haré mi trabajo con profesionalismo.

Dicho esto, empujo a mi prometida fuera del baño con suavidad, pero con firmeza.

Por suerte, ella no se resiste y obedece. Entonces, me lanzo sobre la cortina de la ducha y la abro de un tirón. Un nubarrón de humo acre me envuelve tanto que tengo que retroceder. La garganta irritada, toso. Los ojos me arden, pero aun así logro discernir la fuente del olor. Un especie de gran cigarro en una mano, el ex de Estelle se relaja todo vestido en la bañera. De repente, me entran ganas de golpear su cabeza contra la pared. Pero sé mantenerme.

—Estás molestando. ¿No ves que me estoy relajando? —protesta el infractor—. Si pudieras dejarme en paz e irte a besuquear a otro lado, sería el hombre más feliz.

¡Y yo estoy encantado! Lo tengo, mi cargo de acusación. Pero comencemos por apagar ese horrible porro que me inflama la garganta y los ojos. Antes de que su dueño pueda darle otra calada, se lo arranco de las manos y lo aplasto bajo mi zapato. Eso ya es un buen comienzo.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás loco? —protesta débilmente.

—Levántate y sígueme. Estás bajo arresto, señor...

—Lachance... Steve Lachance.

—Señor Lachance, quedas arrestado por posesión y consumo de drogas.

—¿Por qué siempre tenemos que caer en el melodrama contigo? —suspira con un tono teatral.

Exasperado por sus maneras dramáticas, lo agarro del cuello y lo pongo de pie.

—He dicho que te levantes —digo con más dureza.

—¡Eh! Pero trátame con cuidado. Es una camiseta nueva.

Estelle

Los indígenas americanos y el cannabis: el cannabis recreativo ha sido legalizado en Canadá desde el 17 de octubre de 2018. Para algunos indígenas americanos, esta despenalización es sinónimo de problemas sociales aumentados dentro de las reservas. Otros consideran que es un importante motor económico. El Consejo de la Nación Hurón-Wendat ha tomado una decisión al respecto. Al igual que ciudades como Quebec y Levis, ha prohibido el consumo de cannabis en la vía pública en el territorio de Wendake. Cultivar, distribuir o vender esta hierba también está prohibido.

Este olor a cannabis ha despertado viejos recuerdos en mí. Al principio de nuestra relación, el Pepinillo solía fumar porros en nuestro baño. Por supuesto, me oponía vehementemente a este mal hábito. Su adicción nos llevó a algunas peleas memorables. Pensé que lo había convencido de parar. Me temo que he fracasado. Porque es él quien se esconde detrás de la cortina de ducha. Si mi intuición es correcta, Christopher se enfurecerá al verlo entregándose a su vicio.

No debí dejarlos solos a los dos. Lo peor está por venir detrás de esa puerta de madera, estoy segura. ¡Rápido! No debo demorarme o presenciare un baño de sangre. Empujo la puerta. ¡Uf! No está cerrada con llave. El olor acre que impregna el aire no es de mi agrado. De hecho, sería suficiente para hacerme huir. A pesar de todo, entro en la habitación. La escena en la que me encuentro es justo lo que preveía. Paralizada por el miedo, me detengo.

Como esperaba, Christopher no ha perdonado a mi ex su desliz. Lo ha agarrado del brazo y trata sin éxito de ponerle las esposas. No intervendré. El Pepinillo ha violado la ley... Que asuma solo las consecuencias.

—No te seguiré a la comisaría, señor policía —argumenta, forcejeando—. Según tengo entendido, todo hombre es libre de hacer lo que quiera en su bañera.

—No te estoy pidiendo tu opinión, señor Lachance. Quédate quieto. Estás bajo arresto.

—¿Quedarme quieto? Justo estaba tranquilo hasta que viniste a molestarme.

—Deja de moverte —se exaspera Christopher, quien aún no logra agarrar las muñecas del Pepinillo.

—¡Si quiero! Pero ya que insistes...

Clavada en el umbral de la puerta, abro los ojos de par en par al ver a mi ex sacar su sexo de su pantalón y comenzar a simular una hélice de helicóptero con él. ¿Se ha vuelto loco? Sería risible si el rostro de mi prometido no se hubiera enrojecido de ira. El aire cargado de nubes de tormenta presagia una tempestad severa.

—Guarda eso de inmediato —gruñe Christopher.

En lugar de obedecerle, el Pepinillo estalla en risas y comienza a orinar. Sí, ¡lo escuchaste bien! Cansado de su juego de lazo, vacía el contenido de su vejiga en la bañera. ¡Esto es el colmo!

—Inténtalo, deténme si puedes —se burla, claramente orgulloso de su actuación—. Mientras tanto, me orino en la policía.

¡Puaj! Aunque no sabía que era capaz de tanta destreza. Aunque mi prometido lo sacuda como un árbol, no deja caer ni una sola gota al suelo. Si no estuviera tan disgustada por este espectáculo, aplaudiría con ambas manos. En un año de convivencia, nunca me acostumbró a tanta habilidad. Habilidad que no es del agrado de Christopher, quien, con la mandíbula apretada y el rostro escarlata, espera a que la micción termine antes de empujar bruscamente a su prisionero contra la pared.

—¡Ay! ¡Me ha roto la nariz! —grita el Pepinillo, a quien mi prometido mantiene presionado contra los azulejos.

—En el futuro, lo pensarás dos veces antes de insultar a un oficial de policía.

Preocupada por el destino de mi ex, me acerco al dúo. Mientras el primero le pone las esposas al segundo, este último berrea como un ternero. Es sinceramente aterrador. Al llegar a su altura, me detengo y... Y ahí, ¡horror! Solo puedo mirar la cara de Steve. Una mejilla aplastada contra la pared, hace gestos de dolor y no deja de escupir. Su nariz sangra profusamente. Hay sangre por todas partes. En los azulejos, en su camisa e incluso en el suelo.

—¡Christopher! Suéltalo, le estás haciendo daño —le digo con voz temblorosa.

Mis piernas tiemblan. Nunca he soportado la vista de la sangre.

—¡Locura! ¡Me ha roto la nariz! —grita aún el Pepinillo.

—Cállate —gruñe mi prometido—. Y tú, Estelle, no te metas. Deja que la policía haga su trabajo.

—¡Policía, fascista! —vocifera mi ex—. ¡Policía, idiota!

—Resistencia y desacato a la autoridad, te va a costar caro...

—¡Christopher! Te lo suplico, suéltalo. Necesita atención médica —insisto, tirando de su manga.

—Lo que realmente necesita es que le laven la boca con jabón. No, no lo soltaré. Le enseñaré a comportarse.

No parece dispuesto a escucharme. ¿Qué hacer? ¿Cómo convencerlo de liberar al Pepinillo? Si al menos Henri estuviera aquí, podría... ¡Claro que sí! Solo Henri podrá razonar con Christopher. Dejando el lugar, corro a mi habitación a buscar mi móvil. Con las manos temblorosas, marco el número de Henri.

—Contesta... ¡contesta ya! —me lamento mientras suenan las llamadas.

—¿Hola? ¿Estelle, eres tú? —finalmente dice Henri al otro lado de la línea.

—Por favor, ven a casa de Nicole ahora mismo. Hay problemas... Christopher... mi ex... esposas... sangre...

—¡Vaya! Tranquilízate. Respira hondo y cuéntame qué pasa.

Cada segundo perdido puede ser fatal para el Pepinillo. Sin embargo, tomo una profunda respiración y trato de ordenar mis pensamientos.

—Está bien. Voy enseguida —me dice Henri una vez que termino de explicarle la situación —. Mientras, intenta calmar a Christopher.

—¿Pero cómo? Está fuera de control.

—No sé, tal vez deberías empezar por atender la nariz de tu ex. Aguanta, ya voy. No tardaré.

Medio tranquilizada, cuelgo, tomo mi botiquín de primeros auxilios de mi maleta y vuelvo corriendo al baño. Risas me reciben.

—¿Pero qué...? —balbuceo, deteniéndome en seco en la puerta. Aún hay sangre en los azulejos y también en el suelo. Sin embargo, la escena bélica que había anticipado no ha ocurrido. El par de esposas, ahora inofensivas, yace en el suelo. Sentado en el borde de la bañera, con la cabeza levantada hacia el techo, sonriendo y con la nariz un poco roja, el Pepinillo fuma un porro que sostiene en su mano derecha, mientras la izquierda está ocupada por el pañuelo de papel metido en sus fosas nasales.

Christopher también se ha relajado, ya que se quitó la chaqueta y desabotonó su camisa. Sentado muy cerca de mi ex, con los pies sobre un taburete, también sostiene un porro y lo observa consumirse. ¡Increíble! No puedo creer lo que veo. Mi futuro esposo se corrompe y pacta con el enemigo. Pellízquenme, estoy soñando: los dos hombres conversan y bromean como

si fueran compinches. Y ¿de qué creen que hablan, por favor? Se los doy en mil. ¡Adivinen! ¿Sobre el clima? ¡Ni en sueños! Hablan de mí, ignorando completamente mi presencia.

—Echar diésel en un coche de gasolina es una tontería —se burla el Pepinillo, mientras exhala humo en círculos—. No te he contado sobre esa vez que dejó el aire acondicionado en modo calefacción en el apartamento cuando afuera hacía más de 40 °C.

Qué bajo golpe sacar a relucir un archivo enterrado. Acababa de mudarme a Quebec en ese momento. No ha vuelto a ocurrir desde entonces. ¿Es mi culpa si nunca había usado un aire acondicionado antes de emigrar a Canadá?

—¡No puede ser! —responde Christopher, comenzando a toser.

—¡Ah sí! —se mofa mi ex—. Pero hay peor. ¿Sabías que ella...

Harta de escucharlos hablar mal de mí. Dejando mi botiquín de primeros auxilios en la entrada, corro hacia ellos.

—Parece que ya no razonan bien, sus pequeños cerebros —digo furiosa, arrebatándoles sus porros de las manos.

—¡Eh! Devuélvemelo —protesta el Pepinillo.

Ignorando su comentario, miro fijamente a Christopher a los ojos y aplasto los porros bajo mis mocasines. La oscuridad que emana no lo hace pestañear. Muestra una expresión tranquila, aunque sospecho que hierve por dentro. Mi futuro esposo no es de los que soportan ser pillados en falta. Y yo, soy el tipo de mujer que se derrite bajo una mirada intensa. Preferiría morir antes de bajar la vista.

—Me decepcionáis, a ambos. Sobre todo tú, Christopher. Deberías saber que el cannabis es perjudicial para la salud. Afecta la memoria...

—Yo no lo he tocado —replica él—. De cualquier manera, Steve parece recordarlo todo. Me ha contado algunas anécdotas bastante ilustrativas sobre ti.

—¿Anécdotas?

—Sí, le he hablado de tus pequeñas manías —interviene el Pepinillo, antes de volverse hacia Christopher—. No te lo vas a pasar bien todos los días, pobre de ti. Estelle te regañará cada vez que no cierres el tubo de pasta dental, que no levantes la tapa del inodoro o que olvides un calcetín sucio debajo de la cama.

¡Por Dios! Según él, soy una tirana doméstica. Es un poco exagerado. ¿Y qué decir de Christopher que absorbe sus palabras como si fueran miel?

—Sin embargo, aún estás pegado a ella —contraataca este último rápidamente—. Así que no debe ser tan terrible vivir con ella.

¡Ah! Finalmente, me defiende.

—Qué quieres, soy débil —lamenta el Pepinillo con un aire falsamente arrepentido—. Y luego, odio que toquen mis cosas. Era mi prometida...

—A quien dejaste por otra. Lo siento, Steve, pero ya no es tuya.

Me gustaría explicarles que no pertenezco a nadie, pero ver a Christopher esforzándose por reclamarme como suya me conmueve enormemente.

—Estábamos hechos el uno para el otro —se justifica mi ex—. La danza nos unía. Mientras que vosotros, no tenéis nada en común.

—Aparentemente, la danza no fue suficiente.

La repentina irrupción de Henri silencia a mi prometido. Visiblemente molesto por el humo, el que había llamado en mi ayuda comienza a toser.

—Este lugar necesita ventilación —se queja, agitando el aire con la mano.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Christopher con un tono poco amable.

—¡Cuántos más, mejor! —se burla el Pepinillo, al que nadie presta atención en ese momento.

—Pasaba por aquí. Vi luz, así que entré por la ventana del taller de Nicole —bromea Henri, antes de dirigirse a mí—. Bueno, creo que ya no tengo nada que hacer aquí.

—Esa es mi impresión —responde Christopher, todavía gruñón.

Christopher

Las mujeres indígenas de Quebec y la política: cada vez más mujeres indígenas de Quebec desempeñan roles de liderazgo dentro de organizaciones políticas locales o nacionales. Pero antes de esto, tuvieron que esperar hasta 1951 para adquirir el derecho a participar en las elecciones de su consejo de banda (equivalente a un Consejo de la Nación).

Obtuvieron el derecho al voto en las elecciones de Quebec en 1969 (29 años después que las quebequenses).

En 1992, una mujer fue elegida Gran Jefa de su comunidad por primera vez en Quebec. Esta elección tuvo lugar en Wendake.

Jueves 24 de agosto

A la hora en que mis administrados aún están en los brazos de Morfeo, voy a recoger a Henri a su casa. Conduciendo un Chevrolet Camaro rojo que no pasa desapercibido. Jean me lo prestó. Otra de esas coches que ha reparado y remotorizado para participar en carreras de autos. Tendré que soportar los rugidos del motor hasta que decida desabollar mi 4x4.

—Pronto —prometió.

Lo que significa que no será mañana. Llegado a la casa de mi adjunto, estoy a punto de bajar de mi vehículo para tocar su puerta. Mi amigo me adelanta y se apresura a unirse a mí.

—Si esto sigue así, voy a pedir un aumento —murmura después de abrocharse el cinturón de seguridad—. No es de recibo despertar a la gente buena a las 4 de la mañana.

—Es por una buena causa. Quiero que todo sea perfecto hoy.

—Desde que fumaste un porro, te encuentro realmente extraño, Christopher.

—¿Cuándo entenderás que no fumé nada ayer? —insisto por enésima vez desde el incidente del baño.

—Inhalaste humo de cannabis. ¡Es lo mismo!

Ignorando su comentario, arranco. En un arranque de mal humor, presiono un poco demasiado el acelerador, lo que trágicamente produce un estruendo infernal.

—Ves, no te pareces acelerando el motor —agrega Henri.

—Te reto a que permanezcas discreto con este pequeño bólido.

—¡Si eso fuera todo! Ya no te escucho criticar a tu padre. Casi le estás lamiendo las botas a Marc Gros-René.

—Estoy haciendo mi trabajo. Eso es todo.

—¿Compartir un porro con un sospechoso está en tus deberes? —ironiza.

¡Por supuesto que no! Simplemente usé las mismas técnicas de manipulación que mi padre. Que consisten en halagar al sujeto a ganar para poder liderarlo a voluntad. En el caso de Steve, logré los resultados esperados creando una falsa connivencia con él. Así pude entender sus motivaciones. Que no se haga ilusiones. Mientras yo viva, no recuperaré a Estelle: ella me pertenece.

En cuanto a mi padre, es un estratega sin igual. Le concedo esa cualidad. Desde que hicimos las paces, nunca he recibido tantas órdenes de su parte. Órdenes que cumplo al pie de la letra, como la de recorrer la reserva al amanecer en lugar de confiar en mis cámaras de vigilancia. Por si a los cuarenta y dos Grandes Jefes presentes en Mendake se les ocurre levantarse al alba y tocar el tambor por las calles... Ridículo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —me pregunta Henri, mientras acelero.

—Comenzamos yendo al hotel-museo de las Primeras Naciones donde se alojan todos nuestros invitados, y verificamos que nada perturbe su sueño.

—Con tu coche, eso no está ganado.

Pocos minutos después, me estaciono frente al museo hurón-wendat cuyo techo cónico recuerda esas estacas que, antiguamente, rodeaban nuestros pueblos.

—Continuaremos a pie —decido, aliviado de apagar el motor y recuperar el oído.

—Es más prudente, en efecto.

El hotel de 4 estrellas al que nos apresuramos a llegar se sitúa cerca del museo, a orillas del río Akiawenrahk. Consiste en un conjunto de construcciones que evocan casas largas. La luz anaranjada que se filtra por las ventanas del edificio más imponente guía nuestros pasos en la noche. Rodeamos un estanque cuya superficie brilla como un espejo y llegamos así a una puerta de vidrio que da a un gran vestíbulo. Por medidas de seguridad, ordené bloquear el acceso. Por lo tanto, debemos esperar a que el recepcionista nos abra.

Mientras Henri habla con él, inspecciono el lugar. Dispersos por toda la estructura — algunos en los pasillos, otros frente a los ascensores o las escaleras, algunos en las áreas comunes —, los agentes de la empresa privada de seguridad que vinieron a reforzar mis efectivos cumplen con su misión de vigilancia. Ninguno de ellos se duerme ni descansa: perfecto. Todo funciona como un

reloj.

Aparte de su presencia discreta, nadie merodea por los pasillos. Los Grandes Jefes duermen. No deberían causarme problemas durante al menos dos horas. Dos horas antes de que alguno quiera hacer jogging o decidir pasear por el río. Tendré que asegurar su seguridad fuera de los muros del hotel y organizar una protección personalizada. Mi tarea se volverá más ardua.

De vuelta en el vestíbulo, tengo la desagradable sorpresa de encontrar un pequeño grupo de mujeres ya despiertas. Reunidas en círculo cerca del dispensador de bebidas, no me ven cuando me acerco. Escuchando fragmentos de sus conversaciones, entiendo que hablan sobre cuestiones de paridad de género. ¡Ah, nuevos problemas en perspectiva! Puedo olvidarme de mis dos horas de tranquilidad.

—Buenos días, señoras —las saludo, acercándome a los sofás donde están sentadas.

Inmediatamente, cesan sus susurros y cinco caras se giran hacia mí. Cuatro de ellas me son familiares. Son las de las Jefas de las comunidades Cree y Algonquina. Todas me responden con una gran sonrisa. Al presentarme, aprendo que la quinta mujer es una vice-Jefa. Sin duda, estas damas están tramando algo. Pregunto por su bienestar, que parece floreciente. Hablamos del clima y de temas igualmente apasionantes, hasta que la discusión se desvía hacia asuntos de igual interés, y Henri se une a nosotros.

—¿Qué pasa, señoras? ¿Están organizando una pequeña rebelión? —murmura con una perspicacia que me deja boquiabierto.

Excepto yo, todos se ríen.

—¡Quién sabe! —dice la Jefa de la comunidad Cree de Wemindji en broma.

¡Que el cielo nos libre! —murmuro para mis adentros.

A menos que mi padre anuncie la realización de un referéndum, hoy habrá nuevas manifestaciones anti-casino. Preferiría ahorrarme más molestias.

Christopher

Los inukshuks ("hombres de pie" en lengua inuit): construcciones de piedras apiladas que adoptan una forma humana. Muy utilizados en las regiones árticas de América del Norte, jugaban un papel importante en la caza tradicional de caribúes. Se colocaba en los lugares de emboscada, en la cima de las colinas. Los cazadores se ocultaban detrás, mientras que las mujeres y los niños acorralaban la presa hacia ellos. También servían como puntos de referencia: su brazo más largo indicaba la dirección del pueblo más cercano. Cuando se usaban como escondites de alimentos, se colocaba un cuerno de cérvido en su cima.

En 2015, 1181 inukshuks fueron erigidos en el Chedoke rail trail en Ontario por varias activistas para exigir una investigación oficial del gobierno canadiense sobre la desaparición de tantas mujeres indígenas entre 1980 y 2012. De hecho, aunque las mujeres indígenas canadienses solo representan el 4 % de la población femenina de Canadá, aquellas cuya desaparición se lamenta representan el 24 % de las víctimas de homicidios.

Publicado en junio de 2019, el informe de la investigación iniciada en 2016 habla de un verdadero genocidio. Las razones son múltiples: racismo, precarización vinculada a la pérdida del estatus de indio de las mujeres casadas con no indios, fallas en el sistema de protección de la infancia...

Hemos evitado por poco un nuevo desperdicio de comida. ¡Nos salvaremos de los lanzamientos de tomates! De hecho, antes de que comenzara la reunión de la APNQL, mi padre anunció que muy pronto consultaría a la población mediante un referéndum sobre la cuestión de la implantación de un casino en Mendake. Por lo tanto, la concentración de protesta que se había formado en la plaza Oscar Lawatanen, frente a la sede del Consejo de la Nación, se disipó rápidamente.

No hay duda: mi padre tiene un gran sentido del espectáculo. Esperó a que los cuarenta y dos otros Grandes Jefes y la prensa estuvieran presentes durante la fotografía grupal para dirigirse a los manifestantes y llamar al diálogo. Mi trabajo se simplifica considerablemente. No iré tan lejos como para decir que tendré suficiente tiempo para visitar a Estelle. Sin embargo, se evitará el estrés.

¡El estrés, pero ciertamente no las multitudes! Mendake está lleno de gente, ya que muchos

curiosos han invadido la reserva con la esperanza de tomar pintorescas fotografías de indígenas emplumados. ¡Como si fuéramos animales de feria! Además, dado que se organizan varios eventos al margen de la reunión de la APNQL, ya no se cuentan los vehículos de periodistas estacionados aquí y allá. Me gustaría multar a uno o dos, para enseñarles a no obstruir las aceras. Pero a mi padre podría no gustarle, ¿verdad?

Henri y yo pasamos el día asegurándonos de que cada uno esté en su lugar. Los Grandes Jefes en el anfiteatro reservado para ellos en la sede del Consejo de la Nación. Los curiosos en las tiendas, las galerías de arte o en el mercado que se lleva a cabo en la plaza del Tótem. Los periodistas en conferencias, sesiones de entrevistas y talleres. La única piedra en el zapato: esta reunión en el parque del Acantilado que no estaba prevista en el programa.

Por iniciativa de las Jefas que crucé esta mañana en el hotel-museo de las Primeras Naciones, alrededor de ciento cincuenta mujeres de todos los rincones de Quebec se han citado en Mendake. Indignadas por los resultados de la investigación nacional sobre la desaparición y muerte de miles de mujeres indígenas, decidieron aprovechar la presencia de los periodistas para alertar a la opinión pública sobre la gravedad de la situación. También se propusieron continuar con el movimiento de concienciación iniciado unos años antes por sus hermanas de Ontario. No tengo nada en contra. ¿Pero era necesario para ello marcar nuestros senderos de senderismo con inukshuks?

Como resultado: a lo largo del día, Henri y yo no dejamos de interrumpir nuestras rondas de vigilancia para caminar por los senderos del parque del Acantilado donde estas damas llevan a cabo sus actividades. A finales de esta tarde, un buen centenar de inukshuks más o menos elaborados se han erigido con las piedras del río Akiawenrahk. Aunque es cierto que estas construcciones no pueden ser declaradas ilegales, no dejan de modificar el paisaje. Y todo lo que no ha sido ratificado por el Consejo de la Nación tiende a irritar a sus miembros. ¡Mi padre especialmente! Sin embargo, estoy convencido de que aprobaría esta iniciativa. Fue uno de los primeros en exigir una investigación sobre estas mujeres indígenas desaparecidas.

—Es terrible, estas historias de desapariciones —declaro, con los puños apretados y la frente sudorosa, mientras mi adjunto y yo subimos el camino serpenteante desde la cascada Kabir Kouba.

El murmullo del agua cayendo que nos llega, llevado por una brisa cálida, llena el silencio que me ofrece un Henri sombrío. No me responderá. Una de sus primas hermanas se casó con un nativo de la reserva algonquina de Kitigan Zibi, afectada por este triste asunto. ¡Esto muestra cuán cercano es este problema para él!

Bajo el dosel de los grandes árboles, hace mucho menos calor que en el resto de la reserva.

Sin embargo, estoy ansioso por volver a mi Chevrolet Camaro prestado, por ruidoso que sea. Cuanto antes salga del parque del Acantilado, mejor me sentiré. Esos "hombres de pie" que marcan el sendero me deprimen. Los encuentro siniestros.

En este país, hay personas a quienes nuestra presencia molesta. Personas a quienes el racismo sufrido por algunos inmigrantes indigna, pero que la situación de los indígenas les es indiferente. Personas que piensan que somos estúpidos, perezosos, constantemente borrachos y dependientes de la asistencia social, lo que justifica en sus ojos la precariedad de nuestras condiciones de vida.

El hecho de que Mendake esté relativamente a salvo no me impide compadecerme de la suerte de mis hermanos indios. A veces, me cuesta creer que Canadá es el décimo país más rico del mundo. ¿Es normal que el agua del grifo sea no potable en más de la mitad de las reservas indígenas?

Sin decir una palabra, volvemos a mi vehículo estacionado frente a la casa de Nicole. Mi amiga tiene la suerte de vivir al final de este callejón sin salida adyacente al parque. Es una calle sombreada con aceras cubiertas de vegetación. Las casas largas que la bordean gozan de una gran tranquilidad. Si una de ellas se liberara, Estelle y yo podríamos mudarnos aquí y criar a nuestros hijos. Seríamos felices.

De manera automática, busco con la mirada el coche de mi prometida. No está allí. El de su ex tampoco. Supongo que aún están metidos en la Casa de Jóvenes, trabajando en sus coreografías respectivas. Si el otro tonto se rompiera una pierna, nos libraríamos de él. No, no estoy celoso. ¿Por qué lo estaría? Estelle me ama. Solo me ama a mí. Aunque me enerva saberlos juntos en el mismo lugar.

Mientras me prometo a mí mismo unirme a Estelle en secreto esta noche, arranco el coche. Al salir de la calle sin salida, pasamos por la iglesia Notre-Dame-de-Lorette con su techo puntiagudo coronado por un pequeño campanario. Es entonces cuando veo un coupé deportivo con carrocería amarillo chillón aparcado al borde de la carretera. Una joven mujer inclinada sobre el capó abierto indica que su vehículo ha sufrido una avería en el motor.

—Detente inmediatamente —me ordena Henri, quien ha llegado a la misma conclusión que yo—. Pero detente, debemos ayudarla.

Como si eso fuera lo único que tenemos que hacer, jugar a los buenos samaritanos.

—No. No hay tiempo —replico secamente, negándome a obedecer.

—No podemos simplemente dejarla sin ayuda.

—Llama a Jean. Le enviará una grúa —decido después de dirigirme hacia la comisaría.

—¿Y si le sucede algo malo?

—Aquí, en Mendake, no corre ningún riesgo.

Como mucho, podría sufrir una quemadura de sol, ya que está vestida con un minishort y un top sin espalda.

—Con toda esta gente merodeando por aquí hoy, nada es seguro —protesta mi adjunto.

—¡Pues, al diablo!

Maldiciendo su intento de hacerme sentir culpable, freno bruscamente, realizo un giro en U apretado y regreso. La señorita en apuros todavía está con la cabeza metida bajo el capó cuando me estaciono detrás de ella. Permítanme decirles algo: exponer su trasero semi desnudo de esa manera no es muy prudente.

—¿Podemos ayudarla? —le pregunta Henri, quien ya la ha alcanzado.

Conociendo su interés por las rubias un poco ingenuas, apenas me sorprende descubrir que la joven mujer es el estereotipo. De figura esbelta, ojos azules llenos de inocencia y cabello recogido en una cola de caballo, le dirige a Henri una sonrisa agradecida que ilumina su rostro casi demasiado perfecto.

—¡Oh sí! Me encantaría —minaudea ella—. No sé qué pasa... Estaba tomando fotos de su hermosa iglesia... Cuando intenté marcharme, mi coche no arrancó.

—Déjeme echar un vistazo. Sé un poco de mecánica automotriz —presume Henri.

¡Claro que sí! ¡Cómo no! Mientras él se inclina sobre el motor del coupé deportivo, observo a la joven con una mirada sospechosa.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunto.

—Vine a buscar a un amigo que vive en su magnífica reserva.

Hermosa iglesia... Magnífica reserva... Todos esos halagos me irritan.

—No parece ser nada grave —declara Henri, aún inclinado sobre el vehículo detenido.

—¿Qué amigo? —insisto.

—Si le digo su nombre, no le sonará. Él no es... uno de los suyos —dice la joven mientras juega con su cola de caballo.

—¿De los nuestros?

—Sí, usted sabe... No es como... Él es quebequense... ¡como yo!

¡Ah! ¿Así que nosotros no somos quebequenses? ¡Eso es lo mejor! Con su aire inocente, la chica realmente comienza a irritarme.

—Sus documentos, por favor —gruño.

—¡Oye, tranquilo, Christopher! Puedes ver que esta dama no está haciendo nada malo —me dice mi adjunto, que se ha levantado.

¡El modo encantador se ha activado! Todo sonrisas, se gira hacia la joven que, mientras tanto, me ha entregado su pasaporte y su licencia de conducir.

—Creo que necesitaré a un mecánico —le explica con tono serio.

Como única respuesta, ella parpadea y lo mira con admiración, lo que desencadena en mí un ataque de urticaria, mientras que Henri se convierte en un meloso.

—Suba a nuestro coche. Le llevaremos a casa de Jean. ¿Verdad, Christopher?

Tengo dos opciones. O la mando a volar y le recuerdo que ahora está en una tri-eja con Isabelle y su bichón. O acompaño a todo este pequeño mundo a casa de Jean, quien sabrá resolver el problema.

¡Vamos por la segunda opción! No pienses ni por un momento que yo también he caído bajo el encanto de esta Jade Beaulieu – es el nombre que aparece en su pasaporte. Si me rindo, es solo para no ser el malo de la película.

—Oye, ¿te importa si me siento atrás? —me susurra Henri al oído, mientras regresamos a mi coche prestado—. Preferiría evitar que Isabelle me sorprenda al lado de esta linda rubia. Es un poco celosa, ya sabes.

Así es como la rubia en cuestión termina en el asiento del pasajero delantero, mientras yo arranco el coche.

Estelle

Las cofias amerindias: numerosos pueblos amerindios utilizaron cofias de penacho (plumas de águila, púas de puercoespín dispuestas circular y verticalmente alrededor de la cabeza) como elementos decorativos o como signos distintivos del rango social.

Los Wendat habrían sido llamados Hurones debido a sus peinados que evocaban, a los ojos de los franceses, la cabeza de un jabalí. De hecho, para evitar que sus cabellos se enredaran en la cuerda tensada de su arco, los hombres wendat llevaban en el medio del cráneo una banda de cabellos y se afeitaban de uno y otro lado de esta raya.

Esta mañana, al dirigirme a la Casa de Jóvenes, pude ver de muy cerca los numerosos atuendos de gala de los Grandes Jefes invitados a Mendake para la reunión cuadrienal de las Primeras Naciones. Eran alrededor de cincuenta posando en las escaleras de la sede del Consejo de la Nación cuando mi camino cruzó con el de ellos.

Las cofias de plumas de águila, los pectorales bordados de wampum, las túnicas de colores brillantes, las banderas... Todos estos ornamentos ceremoniales me fascinaron literalmente. Si la manifestación anti-casino no hubiera amenazado con arrastrarme en el torbellino, me habría detenido gustosamente a admirarlos. Aún así, tuve tiempo de grabar en mi retina la imagen de esta asamblea de Grandes Jefes que fotógrafos y cámaras de televisión han inmortalizado.

Nicole me explicó que la ola de descontento que sacudía la reserva era de una magnitud sin igual. Que el movimiento de protesta le parecía más intenso que el del martes. Así, cuando vi a Christopher apostado no lejos de los Grandes Jefes, no intenté contactarlo. Estaba tan guapo en su uniforme de policía... Me conmovió hasta las lágrimas. También era muy intimidante. No habría apreciado que le hiciera grandes señas con la mano.

Y pensar que la tarde de ayer terminó en agua de borrajas! Sin la presencia del Pepinillo, podría haber abrazado a mi prometido. La irrupción de Henri en el baño arruinó mis planes. El deber llamó a los dos hombres. No volví a ver a Christopher por la noche. Tampoco me visitó hoy.

Encerrada entre las cuatro paredes de la Casa de Jóvenes desde esta mañana, he perfeccionado mi coreografía tanto como ha sido posible. Mis estudiantes están ahora al punto. Los de mi ex un poco menos, ya que él ha puesto el listón demasiado alto. Su composición requiere un nivel de técnica que los pobres no tienen. Se puede decir que han sufrido mucho. Su confianza en sí

mismos ha sido seriamente sacudida por las exigencias cada vez más absurdas de su profesor. Les llevará tiempo restaurarla. Me dedicaré a ayudarlos después de mi boda.

—¿Podemos irnos? —me pregunta Anthony hacia las cuatro de la tarde, mientras mis estudiantes y yo estamos sentados en círculo en un rincón del salón de baile disfrutando de un merecido refrigerio.

—Mamá sale de la clínica esta tarde —añade Gregory, la boca llena de galletas de jarabe de arce—. Nos gustaría estar en casa cuando llegue.

—Podéis ir a casa...

No he terminado mi frase cuando los gemelos ya están de pie.

—¿Nosotros también podemos irnos? —pregunta una de las chicas.

—Sí, no hay problema. De todos modos, hemos terminado.

Apenas tengo tiempo de darles algunas instrucciones. Como la de llevar mañana una camiseta blanca y un jean. Ya se han ido cuando me levanto. Por su parte, el Pepinillo sigue regañando a sus estudiantes. Zoé, más que los demás, parece exhausta. Incluso Nicole, que sin embargo es un parangón de paciencia, comienza a mostrar signos de fatiga. Apoyada contra la pared cerca del equipo de sonido, con los párpados parpadeantes, a menudo va con retraso para detener o volver a tocar la canción.

—Deja de molestarlos, Steve —me indigno, después de acercarme a él—. No es como si compitieras por un gran premio de baile.

—Ocúpate de tus asuntos, Estelle, y deja trabajar a los profesionales —gruñe antes de girarse hacia Nicole—. Detén la música, por favor. Y vosotros, los hipopótamos, sois pésimos. Pero eso ya lo sabéis, ¿verdad? Bueno, ahora, prestad mucha atención. Os volveré a mostrar cómo se hace un salto de ciervo.

¡Qué maleducado! Normalmente, soy de las que responden con vehemencia a una ofensa de este tipo. Incluso si no me está dirigida. Las miradas suplicantes de Zoé y sus amigas, los bostezos de Kevin casi me empujan a regañar al Pepinillo para que deje en paz a sus "hipopótamos". No lo hago. La huida me parece la opción más sabia. No, no buscaré el enfrentamiento, pero siempre puedo ser útil.

Me voy a buscar vasos de plástico y la jarra de limonada abandonada en un rincón del salón. Luego empiezo por ofrecerle uno a Nicole, quien, con una sonrisa de alivio en los labios, toma rápidamente el vaso que le extiendo.

—Tu ballet es el mejor —me susurra entre dos sorbos—. Estoy segura de que tú ganarás.

Sorprendida de que pueda desaprobarme la actuación de aquel a quien no ha dejado de mirar, abro los ojos de par en par.

—¿Ah sí? ¿Tú crees?

—Soy sincera, Estelle —se indigna en voz baja, como si la hubiera acusado de mentir—. La coreografía de Steve es demasiado complicada. Los jóvenes no lo lograrán.

Asiento con la cabeza y le sirvo más limonada.

—Gracias —me dice, antes de beberla de un trago.

—¡Música! —le grita el Pepinillo con un tono exasperado—. Desde el principio.

Mientras sofoco un suspiro, ella le obedece.

—Los jóvenes están sobre todo exhaustos —declaro, mientras la canción *Beating Heart* suena de nuevo—. Steve debería dejarlos ir.

—Totalmente de acuerdo contigo —asiente Nicole, lanzando una mirada de lástima en dirección al interesado—. No he dejado de sugerírselo. Pero no escucha. ¡Qué cabeza de mulo!

¡Y un grosero de primera! —añado internamente.

—Es lo mismo con su retrato —continúa mi amiga—. Se mueve constantemente. Por más que le digo que se quede quieto, entra por un oído y sale por el otro. Así que todavía no he terminado de pintarlo.

Déjalo —tengo ganas de gritarle—. *Y tira el cuadro al fuego.*

En lugar de eso, guardo silencio. De nuevo, mi ex le ordena a Nicole detener la música. Elijo este momento para acercarme a su pequeño grupo.

—¡Por Dios! Pero vosotros sois completamente tontos —empieza a regañar—. Dije "con gracia", no es tan complicado.

—¿Alguien tiene sed? —pregunto, fingiendo ignorar su estallido de ira.

Sin esperar el permiso de nadie, Kevin se une a mí, toma el vaso que he llenado a medias con limonada y lo bebe vorazmente.

—¿Has decidido sabotear mi trabajo o qué? —grita el Pepinillo, después de girarse bruscamente para señalarme con el dedo—. Y tú, Kevin, vuelve inmediatamente a tu lugar.

—Ella solo nos estaba ofreciendo algo de beber —interviene tímidamente Zoé.

—Tenemos sed —añade una de sus compañeras.

—Así que la señorita Duval está celosa —se burla mi ex, con las manos en las caderas—. No soporta que sea mejor que ella.

—Si quieres saberlo, tu desafío-ballet me importa un bledo, mi pobre Steve —le digo con un gesto de desdén—. Si participo, es solo para complacer a mis estudiantes.

—Eso es lo que intentas hacer creer a todos, mi pobre Estelle. En realidad, sabes muy bien que no me llegas ni a los talones. No es un secreto para nadie: eres una coreógrafa mediocre.

—¿Una coreógrafa mediocre? —repito, con las mandíbulas apretadas.

—Exactamente. Tu último ballet fue lamentable. Los críticos ni siquiera se molestaron en venir a verlo...

¿Lamentable? Esa fue la gota que colmó el vaso. Mi sangre hierve, y lanzo el contenido de mi jarra sobre él. Un concierto de exclamaciones acompaña mi gesto y resuena en mi oído como una dulce melodía. Y ¡splash! La limonada cae sobre la ropa de mi ex. El cual salta hacia atrás emitiendo un gran grito.

Receta del día: Revuelto de Pepinillo al limón verde. ¡Un manjar!

Estelle

***Sitio tradicional hurón de Wendake:** este sitio es la reconstrucción a tamaño real de un pueblo hurón-wendat. Está rodeado de una empalizada de estacas. Allí se encuentran casas largas, un ahumadero, un secadero de carne, una cabaña de sudación y un restaurante.*

Se organizan visitas guiadas durante todo el año.

No debieron buscarme. Sobre todo, odio que critiquen mi trabajo. Ese hombre me engañó, me dejó, me menospreció. Lo odié más que a nada por sus vilezas. Pero nunca me habría rebajado a rociarlo con limonada. ¿Qué quieren que haga? Mi mente ya no ejercía ningún control sobre mis actos, desde el momento en que mi ex cruzó la línea al llamarme mala coreógrafa.

No intento justificarme, soy muy consciente de que mi acto fue infantil. Infantil y mezquino. Sin embargo, atesoraré hasta el fin de mis días esa visión del Pepinillo completamente empapado, con la boca abierta como un pez fuera del agua.

Rechazando esperar a que se recuperara, salgo corriendo del salón de baile y voy a mi coche estacionado detrás de la Casa de Jóvenes. No soy yo quien ha sido rociada, sin embargo, me siento sucia. ¡Una ducha, eso es lo que necesito!

En el camino de regreso, trato de no pensar en nada. Mi conversación con Nicole me viene a la mente justo cuando había hecho todo por vaciar mi cabeza. Así, ella comienza a mostrar signos de exasperación hacia mi ex. ¿Cuánto tiempo le tomará hasta que no pueda soportarlo más? ¿Una semana... o dos? ¡Da igual! El sábado estaré casada. Ya no viviré en su casa. No tendré que soportar al Pepinillo. ¡Cómo me irrita ese!

Con estos alentadores pensamientos, paso por el edificio del Consejo de la Nación y noto que la multitud de esta mañana se ha disipado por completo. Parece que el movimiento de protesta se ha calmado. ¡Mejor! Christopher estará menos ocupado con su trabajo. Tal vez podamos vernos esta noche.

A poca distancia del sitio tradicional hurón, llego a un cruce y me detengo en el semáforo. La escena que se desarrolla me deja boquiabierta. También detenido en el semáforo de enfrente, un hermoso coche de carreras rojo capta mi atención. Christopher lo conduce. Hasta ahí, nada anormal. Su vehículo no salió indemne del día martes, así que le prestaron otro. Sin embargo, me veo obligada a quitarme las gafas de sol para asegurarme de no estar viendo visiones.

No, imposible... Y sin embargo, es ella: el Espárrago en carne y hueso. ¡Y se ríe! Sí, se ríe a carcajadas, ¡la muy tonta! Y Christopher le lanza miradas de reojo. No creo equivocarme al decir que sonrío. Atónita, no reacciono cuando el semáforo se pone en verde. Por un breve momento, permanezco inmóvil, con los ojos clavados en el hermoso coche de carreras que ha girado a la izquierda. El Espárrago sigue riendo. Christopher aún sonrío. Y yo, siento náuseas mientras todo este bello mundo me está poniendo los cuernos alegremente.

¡Maldita sea mi ingenuidad! ¿Qué me imaginaba? ¿Que un hombre como Christopher se conformaría con una chica como yo? Con un físico como el suyo, podría tener a cualquier mujer del mundo. No sé qué hace aquí el Espárrago, pero no ha perdido el tiempo. Me temo que ya ha echado el guante a mi prometido.

En un arrebato de indignación, pongo primera, arranco a toda velocidad, giro a la izquierda y empiezo a seguirlos. Necesito saber adónde van. Pero su coche está fuera de vista. ¿Qué dirección tomaron? ¿Izquierda, derecha, recto? La evidencia que se impone a mí como un mazazo en la cabeza me hieló el alma. ¡Así que es eso: Christopher lleva al Espárrago a su casa!

Así, el dicho de que nunca te deshaces de tu lastre es cierto. El mío es ser la víctima de las infidelidades de mis parejas. Los odio a todos. Me odio por ser solo Estelle. Con rabia en el estómago, conduzco a toda velocidad hasta la casa de Christopher. Una vez allí, aparco a lo largo de la acera. Su coche aún no ha llegado, lo cual es extraño. Sin embargo, tenía algo de ventaja sobre mí. ¿Se habrá detenido en el camino, fingiendo una avería? Peor aún, ¿habrá llevado a su pasajera a un estacionamiento de un almacén abandonado donde estarán a salvo de miradas indiscretas? No quiero saberlo. O tal vez sí. Porque si es así, quizás debería unirme a ellos y atraparlos in fraganti.

Mientras me devano los sesos en busca de un plan de acción, pasan los minutos. Sería incapaz de decir cuánto tiempo he perdido en mis vacilaciones. Sin embargo, estoy decidida en el momento en que el coche de carreras rojo de Christopher aparece y se estaciona en la entrada de su casa. Así que aquí es donde ha decidido hacer sus porquerías con el Espárrago. Sin embargo, él es el único que baja de su vehículo. El único que entra en su casa. Así que ya ha consumado. Eso fue rápido.

Como pueden imaginar, no me quedará ni un minuto más en mi Toyota Corolla, sumida en la oscuridad. Me apresuro a seguirlo y toco a su puerta.

—¡Muéstrate, Christopher! —grito, después de asegurarme de que la calle estuviera desierta—. No te vas a salir con la tuya.

Su puerta no tarda en abrirse. Con el rostro tenso y una expresión severa, Christopher aparece

en su uniforme de policía arrugado. Obviamente, el Espárrago ya ha hecho de las suyas, dejando a mi prometido exhausto.

—¿Estelle? ¿Qué te pasa?

No tiene sentido fingir ignorancia, viejo —me río para mis adentros con una risa amarga—. *Sé que tú sabes que yo sé.*

Furiosa, lo empujo hacia adentro, cierro la puerta detrás de mí y clavo un dedo en su pecho.

—¡Traidor! Te la has llevado, ¿verdad? No, no lo niegues. El estupro y la lujuria están escritos en tu rostro.

Mientras frunce el ceño, él agarra mi mano y la mantiene prisionera. Su expresión sorprendida no engaña a nadie. ¡Sobre todo no a mí!

—Cálmate, Estelle. No estoy en condiciones de soportar un ataque de histeria —me reprende—. Ya he tenido suficiente por hoy.

—¿Histérica, yo? ¡Pero si es para no creerlo!

No le falta descaro. Esa suficiencia con la que me trata... es absolutamente odiosa. Indignada, tiro de mi mano, pero él la aprieta un poco más fuerte y me atrae hacia él. Lo empujo bruscamente y logro liberarme. No quiero que me toque más.

—No te entiendo —me dice, con la mandíbula tensa, los brazos cruzados sobre su pecho—. ¿Por qué estás enfadada?

A mi turno, cruzo los brazos y aprieto los dientes, absteniéndome así de responder. Nos miramos fijamente como perros de porcelana hasta que él vuelve a hablar.

—Te escucho, Estelle. ¿Por qué estás enojada conmigo?

—El Espárrago... Jade Beaulieu... Estaba contigo hace un rato. En tu coche. Y parecían llevarse muy bien.

—El Espárrago... Jade Beaulieu... —repite.

Me mira fijamente durante un largo momento, durante el cual el verde de sus ojos penetra profundamente en mi alma. Si es con esa mirada con la que abordó al Espárrago, soy triplemente cornuda. Luego, de repente, se produce una metamorfosis inesperada. Su rostro se relaja, sus párpados se arrugan, y estalla en risas. Una risa que me llega directo al corazón, tan alegre y llena de promesas. ¿Me habré equivocado completamente?

—Pero en fin, Estelle —dice finalmente, una vez calmada su hilaridad—. ¿Qué te has imaginado?

—Os vi juntos. Jade se reía de tus bromas...

—Deberías saber que nunca bromeo —me interrumpe, burlón.

—Y tú sonreías...

—¿Desde cuándo sonrío durante mi servicio?

Con eso, se acerca a mí, eliminando cualquier espacio entre nosotros, y me abraza. No le resisto. Sin embargo, aunque mi enojo se ha calmado un poco, no quiero mostrárselo. Por eso me quedo inmóvil en una actitud obstinada.

—Este Espárrago, como la llamas... es la bailarina de tu compañía con la que tu ex te engañó, ¿verdad? —me pregunta, volviendo a ser serio.

—Sí. No sé qué vino a hacer a Mendake, pero no le llevó mucho tiempo seducirte.

—Ella no me sedujo.

—Sin embargo, es muy hermosa —insisto, examinando su rostro en busca de alguna señal de incomodidad.

Solo veo un gran cansancio.

—No tanto como tú —replica con tono grave.

—Ella puede tener a todos los hombres...

—Solo te amo a ti, Estelle. ¿Puedes entenderlo?

—¿Qué hacía ella en tu coche?

Suspira profundamente y me abraza con fuerza. Tengo que agarrarme de sus hombros para mantener el equilibrio. Con el mentón levantado, no dejo de mirarlo. Su mirada ardiente me envuelve completamente, brindándome calor y consuelo.

—Su vehículo estaba averiado. La habría dejado arreglárselas por sí misma, pero Henri insistió en que la lleváramos al taller. Eso hice. Pero no estaba solo con ella. Henri nos acompañaba. Se escondió en la parte trasera de mi coche. No quería que su novia o alguno de sus parientes lo vieran en tan encantadora compañía.

—Así que te sacrificaste!

—Digamos más bien que traté de ser civilizado. Además, Henri estaba presente. De hecho, se quedó en casa de Jean con tu Espárrago para ayudarla en sus trámites. No tienes ninguna razón para estar celosa.

—No estoy cel...

No tengo oportunidad de terminar mi frase. Christopher presiona sus labios contra los míos y me besa. Este beso... Es a la vez tan tierno y tan apasionado. Tengo la intención de disfrutarlo plenamente.

Christopher

El amor entre los indígenas americanos: entre los indígenas americanos, "Te amo" se dice "Bailas en mi corazón".

El amor entre el hombre y la mujer es una danza de alegría, una gran celebración de la vida. El hombre y la mujer experimentan el amor universal en un mismo cuerpo.

Esta mujer puede ser realmente fastidiosa cuando se lo propone. Y quiere saberlo todo, analiza todos y cada uno de mis movimientos, raramente en mi favor. ¿Por qué esto, por qué aquello? Estoy decidido a hacerle entender que no sonreí a la que ella llama el Espárrago – por cierto, ¡vaya apodo tan curioso!

No, no estaba sonriendo, estaba rechinando los dientes, porque el juego de seducción en el que mi asistente y mi pasajera se entretenían me sacaba de quicio. Estelle exagera. Mis muecas no se parecen a sonrisas. Hay días en que me exaspera. Pero por encima de todas estas consideraciones, la amo. Sí, la amo locamente.

Un arcoíris de emociones intensas se despliega sobre mi cabeza cada vez que entro en su esfera de influencia. Admiración, adoración, alegría de volver a verla, miedo de perderla, aversión hacia aquellos que quieren hacerle daño, interés por lo que cuenta... Que aún pueda dudar de mi apego por ella me entristece. ¿Cuándo comprenderá que ella lo es todo para mí? Es mi amiga, mi amante, mi hermana, mi coreógrafa. Ninguna bailarina, por experimentada que sea, la reemplazará. Estelle es la única mujer que baila en mi corazón. Sus preocupaciones, por lo tanto, no tienen fundamento.

—¿Qué vino a hacer aquí? —me suelta Estelle, interrumpiendo nuestro beso.

—¿Quién?

—El Espárrago... Jade Beaulieu. Me pregunto dónde dormirá esta noche. Su coche está averiado. Los hoteles están llenos. No puede quedarse en casa de Henri. Por Isabelle, que no lo apreciaría. Tampoco irá a tu casa, porque a mí no me gustaría. Entonces, ¿dónde?

—¿Por qué te preocupa? Que se las arregle sola.

—Estoy segura de que vino a recuperar a Steve.

"Vine a buscar a un amigo que reside en su magnífica reserva... ¡No es uno de los suyos!"

Esas son las palabras que la tal Jade pronunció hace un rato. Y sé muy bien lo que implican. Créanme, no voy a dudar en aprovecharlo.

Estelle

***El caso de los niños indígenas:** en Canadá, los niños indígenas representan el 8 % de los niños del país, pero cuentan por el 52 % de aquellos colocados en familias de acogida. Originalmente, este sistema de separación de familias tenía como objetivo asimilar a los pueblos indígenas y erradicar su cultura.*

Entre finales del siglo XIX y 1996, más de 150.000 niños indígenas fueron arrancados de sus familias y colocados en internados, la mayoría bajo la tutela de comunidades religiosas. Abusos físicos, psicológicos y sexuales, malnutrición, condiciones sanitarias lamentables: estos son solo algunos de los horrores sufridos por estos niños. Según confiesa una reciente comisión de investigación, esta política de asimilación ha tenido consecuencias nefastas en todos los pueblos indígenas y ha mermado su capacidad para prosperar dentro de la sociedad canadiense. Actualmente se está estudiando un proyecto de ley denominado "Ley sobre los niños, jóvenes y familias de las Primeras Naciones, Inuit y Métis" para transferir la gestión de la protección juvenil a los indígenas y así reducir el número de niños colocados en familias de acogida.

Viernes 25 de agosto

He dormido muy mal esta noche. Entre las innumerables pesadillas que han poblado mi sueño, recuerdo esta visión perturbadora: yo con cuernos en la cabeza y soltada en una arena de circo. Son mis viejos demonios los que han venido a atormentarme. Saber que el Espárrago está por aquí me perturba. El Espárrago en Mendake: cuatro palabras que me sumergen en las agonías de la duda.

Me da igual que intente reconciliarse con el Pepinillo. ¡Que vuelvan a estar juntos! Nicole sufrirá, pero se librará de un tipo que no la merece. Sin embargo, tiemblo ante la idea de que Christopher caiga ante su encanto.

Oh, sé lo que me dirán: ¡que estoy exagerando! Yo les responderé que soy realista. El Espárrago lo tiene todo en su lugar. Es hermosa, inteligente, elegante. Ningún hombre le resiste. Y Christopher es un hombre como cualquier otro, quiera o no.

Ciertamente, se mostró convincente cuando me aseguró que solo me amaba a mí. Me lo demostró de la manera más conmovedora posible. Pero resulta que el Pepinillo me hizo la misma promesa el año pasado. Y ya sabemos cómo terminó nuestra historia.

¿Por qué no acepté su invitación a dormir en su casa? Sí, ¿por qué? En esta reserva hay una

mujer sin escrúpulos. Que no duda en romper parejas a su antojo. ¿Conoce siquiera el significado de la palabra lealtad? En la habitación de al lado hay un hombre que ignora el concepto de fidelidad. Es decir, el peligro acecha a mi relación.

Así que me levanto de mal humor. Un paseo matutino por el parque del Acantilado me haría bien. El aire fresco me ayudará a calmarme. No tengo ganas de caminar. Todo lo que deseo es ponerme guantes de boxeo y golpear a una despreciable bailarina. ¿Después de la limonada, golpes? Pero, ¿a dónde vamos?

Tampoco tengo ánimos para arreglarme, por eso me pongo un chándal deportivo y voy a la cocina. ¡Rayos! El Pepinillo ya está sentado frente a una taza de café. Si estuviera solo, daría media vuelta. Todavía no ha superado nuestra pelea de ayer. Me lo dejó claro anoche durante la cena, multiplicando las alusiones veladas a las represalias que podría tomar. ¡Ni miedo! Bueno, solo un poco.

Nicole, su hermano Daniel, su madre, su abuela y sus novios François y Raymond también están presentes. Después de saludarlos, me siento lo más lejos posible de mi ex y sumerjo la nariz en el bol de cereales que Annie me pasa. Afortunadamente para mis nervios, todo este pequeño mundo no es muy hablador y solo se interesa por su plato.

Me gusta saberme rodeada sin tener que renunciar a mi intimidad. Esta sensación de inmersión en este cocon familiar me brinda un sentimiento de poder y libertad absolutos. Aquí, no hay necesidad de charlar si no tienes ganas. Cómo me hubiera gustado nacer en una familia como esta.

Este pensamiento me lleva al espinoso caso de mis padres. ¡Mis padres que se esfuman! ¿Dónde estarán en este momento? Su último SMS, de anoche, me informaba que estaban visitando la ciudad de Quebec y que se quedarían allí hasta fin de semana. ¡Perfecto! Estoy muy feliz por ellos. Excepto que están fuera de lugar. ¡Me caso mañana, por Dios! MA-ÑA-NA. ¡Uf! Son desesperantes.

Después de desayunar, me levanto de la mesa, no sin antes haber saludado a todos. Recibo "Buenos días, Estelle" afables, así como un silencio hostil por parte del Pepinillo. Salgo de la cocina y me encierro en el baño para asearme un poco. De vuelta en mi habitación, me pongo ropa un poco más adecuada. De hecho, planeo ir al centro comercial de al lado para comprar regalos para las gemelas de Martha. Justo cuando estoy a punto de salir de mi habitación, alguien toca a mi puerta. La abro. Nicole está en el umbral y me mira con preocupación. Su mirada es tan intensa que sus enormes ojos llenan todo mi campo visual.

—¿Podemos hablar? —me pregunta.

—¡Ah! Sí, claro.

Le hago señas de entrar y cierro la puerta detrás de nosotros. Fuera de cuestión que mi ex se invite a nuestra conversación. Nicole se sienta en mi cama. Su frente preocupada y sus manos que retuerce denotan una gran nerviosidad. Veo claramente que una tormenta interior se desata en ella. ¿Está al tanto de lo del Espárrago? ¿Y si el Pepinillo ya se ha reconciliado con esta última y ha dejado a mi amiga...

—Lo siento, Estelle —comienza—. De verdad lo siento...

—Espero que no sea grave —replico, sorprendida de que busque disculparse.

¿Disculparse de qué, exactamente?

—No debería dejarte sola esta mañana. Te casas mañana, necesitas a una amiga a tu lado.

—Ya hablamos de esto ayer. Tus pinturas te reclaman.

Ella planea regalar a Martha un retrato de sus cuatro hijos. Dado el poco tiempo del que disponía, es un milagro que ya haya terminado de aplicar los colores. Sin embargo, todavía necesita dar volumen, añadir detalles y realces, un paso crucial para dar vida al cuadro.

—Si quieres, mi madre puede acompañarte —insiste.

—Te aseguro que te preocupas por nada. Estoy acostumbrada a estar sola.

—Es una muy mala costumbre —afirma con seriedad—. ¿Cuándo piensan venir tus padres? Mi abuela les ha preparado una habitación. Serán bienvenidos.

—Creo entender que se alojan en un hotel de la ciudad alta de Quebec.

—Sabes que mi invitación es sincera. No deben sentirse incómodos. Mi familia los recibirá con los brazos abiertos.

¿Incómodos, ellos? Su única preocupación es su agenda. A esta hora, están planeando su programa para hoy y mañana. Mi boda se intercalará entre una visita a un museo y a un castillo. Una risa amarga se ahoga en mi garganta al mismo tiempo que las lágrimas me suben a los ojos. ¡Prohibido llorar!

—Veo que este tema te entristece. Hablemos de otra cosa —continúa Nicole, cada vez más nerviosa.

Sin dejar de retorcerse las manos, comienza a moverse inquieta. Sus piernas se agitan, sus pies patean.

—Steve y yo...

—¿Sí? —la animo, llena de aprensión.

Aunque lo deseaba con todo mi corazón, temo el anuncio de ruptura que está a punto de hacer.

—Me ha pedido matrimonio —suelta de repente.

Esas pocas palabras explotan entre mis dos orejas como una verdadera bomba. La onda expansiva me sacude tan fuertemente que pierdo el habla. ¿Eh? ¿Qué? ¡Alto inmediato! Retrocedemos y lo repetimos.

—Y he aceptado.

—Él... Tú... Vosotros —tartamudeo.

—Por ahora, solo nos comprometeremos. No nos casaremos hasta el próximo verano.

¡Caramba! Eso es rápido. El Pepinillo no ha perdido el tiempo. Estoy atónita. Sin embargo, tendrán que esperar un año entero antes de casarse. ¿Por qué, pero por qué esta historia se parece tanto a la mía?

—Ah sí! Eso es genial —soplo, aún bajo el shock.

—Veo que todo esto te molesta...

—No, estás equivocada, estoy muy... feliz por ti.

En realidad, me aterroriza la idea de que mi amiga sufra las mismas decepciones que yo. Mi ex es todo un *serial lover*. Lo que significa que acumula propuestas de matrimonio como otros coleccionarían sellos.

—Sé lo que piensas. Que no es fiel. No sincero. Demasiado impulsivo... Pero realmente quiero intentarlo. No es perfecto, pero pasamos buenos momentos juntos.

En conclusión, el Pepinillo ha decidido establecerse en Mendake. Lamentablemente, me temo que tendremos que aceptarlo. Sin embargo, estaría curiosa de ver cómo maneja el problema del Espárrago. Si ella vino hasta aquí, ciertamente no fue para hacer de tercera. Buscará recuperar a su antiguo amante a toda costa.

Va a haber sangre, ¡eso se los digo yo! Nicole parece toda dulce a primera vista, pero es de una determinación inquebrantable. Me cuesta imaginarla cediendo ante su rival.

Christopher

***El potlatch:** este término designa una práctica que tiene lugar entre las tribus de la costa noroeste de los Estados Unidos y Canadá. En estas comunidades indígenas, cada vez que se organiza una fiesta para celebrar un evento especial (nacimiento, matrimonio, entrada a la edad adulta), todos los invitados se hacen regalos entre sí. Estos intercambios tienen un carácter competitivo, ya que los obsequios ofrecidos deben ser de un valor igual o superior a los recibidos.*

A través del potlatch, se establece el estatus dentro de la tribu. Malos regalos pueden llevar a un declive en la jerarquía, mientras que una generosidad ostentosa asegura una promoción. Así, algunas familias no dudan en endeudarse para mantener su posición social.

Pensando que el potlatch perjudicaba el crecimiento económico del país, el gobierno canadiense prohibió esta práctica en 1885. La prohibición finalmente fue levantada en 1951.

Asistiré a la fiesta organizada en casa de Martha en honor a sus hijas en ropa de calle. Desde este mediodía, estoy de vacaciones. Unas vacaciones que se presentan bajo los mejores auspicios ya que no hace ni demasiado calor ni demasiado húmedo, a pesar de un sol que reina en un cielo de extrema pureza. Hasta el domingo de la próxima semana, la responsabilidad de velar por la población de Mendake recaerá en Henri. Parecía un poco pánico cuando le entregué las llaves de la caja fuerte y del armero. Estoy convencido de que se las arreglará como un jefe. Tendrá que hacerlo. Una vez celebrado mi matrimonio, mi adjunto no podrá contar más que consigo mismo.

Dejaré la reserva y llevaré a Estelle de luna de miel. ¡A las Bahamas! Ni ella ni nadie lo sabe aún. La idea de preparar esta sorpresa me vino esta mañana, cuando la evidencia de que no podríamos disfrutar plenamente el uno del otro mientras permaneciéramos aquí me saltó a los ojos. Así que reservé nuestros boletos de avión y un muy bonito hotel.

La ceremonia de los recién nacidos aún no ha comenzado cuando llego a casa de Martha. Me habían asegurado que se llevaría a cabo en un pequeño comité. Sin embargo, tengo la impresión de que todo Mendake ha sido invitado. No, exagero. Unas sesenta personas se reúnen en el jardín que se extiende detrás de la casa larga de Martha. Las conozco a todas: miembros de su familia, amigos, empleados.

A mi llegada, mi primer reflejo es buscar a Estelle. La veo a la sombra de un gran árbol frondoso, en plena conversación con Nicole y dos de sus amigas. Qué alivio constatar que primo, su estúpido ex no merodea por sus alrededores y que secundo, ella no forma parte del grupo de curiosos aglomerados alrededor de las cunas.

Desde que Henri me predijo que me convertiría en padre de tres encantadores pequeñines, tiemblo ante la perspectiva de acercarme a un bebé. ¡Por si fuera contagioso! Dicho sea de paso, los poderes de adivinación de mi adjunto son para tomar muy en serio. ¿No predijo con éxito que terminaría casado antes de que termine el verano?

—¿Cómo está mi futura esposa? —le pregunto a Estelle, mientras me uno a ella.

Inmediatamente, su conversación se detiene, y sus interlocutoras se vuelven hacia mí. Les ofrezco una amplia sonrisa a Nicole y a sus amigas antes de abrazar a mi prometida y atraerla hacia mí. En el acto, la beso en la boca, arrancándole un sobresalto de sorpresa. Interrumpiendo mi beso, noto que solo Nicole permanece a nuestro lado. Las otras dos mujeres se han escurrido. Visiblemente incómoda, Nicole tose y pretende irse, pero Estelle la retiene por el brazo.

—Estoy muy bien —me responde, mirándome con ojos como platos—. En cuanto a ti, pareces muy... relajado.

Asiento riendo a carcajadas. Relajado, sin duda lo estoy. No solo porque ya no estoy de servicio, sino también porque estoy preparando una jugada a mi manera. Una jugada que me librá definitivamente de su ex.

—¿No llevas tu uniforme hoy? —pregunta Nicole, examinando sus pies.

—Estoy de vacaciones. Por una semana.

—¡Ah! Entonces, ¿es por eso que besas a las mujeres jóvenes en público? —bromea Estelle.

—No a todas las mujeres jóvenes... Solo a mi prometida. Y tengo muchas ganas de volver a hacerlo.

—Bueno, creo que voy a dejarlos... —nos anuncia Nicole, ya en retirada.

—No, espera —exclama Estelle, agarrándola de nuevo por el brazo—. Necesito tu ayuda para el desafío de ballet. No sé cuándo podremos iniciar. Y luego, habrá que manejar el sonido, elegir un lugar para bailar...

—No te preocupes, Estelle. Me encargaré de todo con el esposo de Martha. Te haré una señal cuando puedas entrar en escena.

Con eso, Nicole se aleja. Aprovecho para abrazar a mi prometida y llevarla a un beso

exigente.

—¡Christopher! Detente, nos están observando —me susurra—. Ya no te reconozco. ¿Dónde está el incorruptible e inflexible jefe de policía?

—Te amo, Estelle. Eso es todo lo que tengo que decir en mi defensa.

El radiante sonrisa que ella me lanza sofoca cualquier remordimiento que mi conducta licenciosa pudiera causarme. Ignorando la mirada de los demás, la abrazo un poco más estrechamente. Ella se acurruca contra mí y rodea mi cintura con sus brazos. El jardín de Martha está ahora lleno. Sin embargo, la multitud de invitados nos rodea, evitando cuidadosamente chocarnos; nosotros, los amantes apoyados contra el tronco de un abedul amarillo.

—Por cierto, ¿sabías que Steve le propuso matrimonio a Nicole? —me dice en voz baja, después de un largo silencio durante el cual me sentí extraordinariamente bien.

¡Eso sí que es una sorpresa! Para ser honesto, mi mente que volaba sobre la vasta extensión de un cielo sin nubes aterriza bruscamente en un charco de lodo.

—No, no es posible —gruño, decepcionado.

—¡Te lo juro que sí! Ella aceptó. Han decidido casarse el próximo verano. Es terrible, ¿verdad?

—Es terrible, pero no sucederá.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, y punto —afirmo con seguridad—. Confía en mí.

Si mi plan se desarrolla como está previsto, su ex volverá a vivir con el Espárrago, y nada de lo que Estelle me ha contado ocurrirá. La principal interesada aún no ha aparecido, pero no estoy preocupado por eso. Vendrá. Con Jean. Me advirtió que se retrasarían un poco. ¡Por la sesión de maquillaje de la dama que no acaba!

Ella durmió en su casa anoche. No la recibió de buen grado. Tampoco aceptó fácilmente la misión de llevarla hasta aquí. Tuve dificultades para asegurar su colaboración. Tuve que prometerle algunos favores a cambio. Ahora, tendrá un terreno baldío detrás de la estación de servicio donde podrá estacionar sus coches en espera de reparación. ¡Mi padre estará encantado!

—¿Qué estás tramando, Christopher? —pregunta Estelle, entrecerrando los ojos para intentar leer mis pensamientos—. Encuentro que sonríes de manera extraña.

—Nada malo. No te preocupes.

Nuestra conversación es interrumpida por el anuncio del inicio de la ceremonia. ¡Salvado por

la campana! No tendré que revelarles mis travesuras.

Todos estamos invitados a formar un gran círculo alrededor de dos hoyos excavados en el fondo del jardín. Mientras los ancianos del pueblo entonan cánticos en wendat, robustos hombres colocan jóvenes árboles en los hoyos. Un árbol para cada una de las gemelas, se nos explica.

Nos entregan bolígrafos y trozos de papel, y se nos invita a escribir un deseo en ellos. Por supuesto, mi deseo es un poco egoísta ya que está relacionado con mi pareja, que espero sea feliz. Cada uno, por turno, arrojamos nuestro pedazo de papel en uno de los hoyos de plantación, que son inmediatamente rellenados.

Luego, llega el momento en que se traen al centro del círculo cestas de mimbre. Contienen los regalos destinados a las niñas. En algunas comunidades indígenas, se desempaquetan en público. Esa práctica no es común entre nosotros. Podría estimular una competencia feroz, llamada *potlatch*, que no deseamos. Una vez bendecidas las cestas de regalos por la abuela de Nicole, el esposo de Martha toma la palabra y declara abierta la competencia de baile.

—Va a ser mi turno —me susurra Estelle al oído, soltándose de mi abrazo para acompañar a sus alumnos al centro del círculo.

Su estúpido ex y Nicole se unen a ellos. Mientras hasta ahora estaba bastante confiado, empiezan a invadirme dudas sobre la fiabilidad de Jean. Todavía no lo veo. Habíamos acordado que vendría lo antes posible. *Lo antes posible* no significa mañana, ¡maldita sea! ¡Maldito Castor Cobarde! Un SMS de reprimenda es necesario:

Yo: [¿Qué estás haciendo? ¡Solo faltas tú!]

Jean: [Estamos llegando.]

Yo: [¿Cuándo? ¡Espero que no sea en San Nunca!]

—Calma —gruñe Jean detrás de mí—. Estamos aquí.

Me giro y me encuentro con su mirada fulminante. Parece de muy mal humor.

—He traído a tu protegida —agrega con tono brusco, señalando con la barbilla a la persona a su derecha.

Suspiro aliviado al reconocer al Espárrago. ¡Bien! Siento que mi plan funciona a la perfección. Arreglada y maquillada como está, la dama no tardará en atrapar al otro estúpido en sus redes.

—¡Genial! Steve está ahí —exclama ella, con la mirada fija en el círculo de bailarines.

—Hola, Jean —dice un primo de Martha—. ¿Nos presentas a tu amiga?

—No hay tiempo —masculla el mecánico, antes de pasarme dos pequeños paquetes regalo—. Aquí tienes. Es para las gemelas. Se los darás a Martha. Tengo que irme.

—¿Ya? —ironizo.

—Tu coche no se va a desabollar solo —refunfuña.

Mientras gira sobre sus talones y se adentra en la multitud de invitados, reflexiono sobre lo divertido que será.

Estelle

Danzas amerindias: cuando los guerreros y cazadores regresaban al poblado, narraban sus batallas y cacerías mientras danzaban. Vestidos con trajes adornados con plumas, cuentas y púas de puercoespín, los bailarines eran evaluados por su capacidad para mantener el ritmo, seguir el tambor y detenerse con la música, con ambos pies en el suelo.

Las danzas tradicionales se vieron amenazadas por la Ley Indígena de 1876 en Canadá, ya que se prohibió perpetuar su cultura bajo pena de cárcel. Los pow-wows estuvieron prohibidos hasta 1951. Durante este largo período de prohibición, y a pesar de las amenazas de represión, los amerindios continuaron practicando sus danzas en secreto.

Hoy en día, los pow-wows son eventos festivos y culturales que incluyen competencias de danza y ferias de artesanía.

El desafío de ballet está a punto de comenzar. Estamos esperando a que termine el baile de los mayores para participar. Se ha improvisado un escenario sobre el césped, frente a los árboles recién plantados. Afortunadamente, está a la sombra. Las pocas irregularidades del terreno no deberían interferir con los movimientos de mis alumnos. Vestidos con camisetas blancas, jeans y zapatillas deportivas, se colocan a un lado del escenario. Noté que están nerviosos. Mi presencia y mis consejos no han logrado calmarlos. Me doy cuenta de que sus latidos están sincronizados con los del tambor que acompaña la danza de los ancianos. Al principio, regulares y lentos, luego se aceleran hasta volverse frenéticos y espasmódicos. Mis jóvenes están acostumbrados a actuar en público. En el último pow-wow, casi mil espectadores asistieron a su actuación.

Los bailarines del Pepinillo no pueden estar en mejor forma que los míos. No los distingo muy bien. De pie en el otro extremo del escenario, semiocultos por un grupo de arbustos, están vestidos de negro, más apropiado para un funeral que para una celebración de la vida. Solo puedo distinguir sus rostros pálidos, que rezuman miedo.

Todavía me pregunto por qué tanta tensión. Estamos aquí entre amigos para honrar el nacimiento de dos adorables niñas que son cualquier cosa menos insolentes. No importa qué equipo gane. Lo más importante es divertirse. Siempre he dicho esto a mis alumnos. Es un principio que debería estar arraigado. Pero cuando veo a mi ex, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome con cara de pocos amigos, lo único que quiero es vencerlo.

Los tambores finalmente se callan y el esposo de Martha explica a los invitados cómo se

desarrollará la competencia. Los equipos competirán al mismo tiempo, cada uno en un lado del escenario, para que los ojos de los espectadores puedan apreciar ambas coreografías. Cuando la música se detenga, tendrán la oportunidad de votar anónimamente por el equipo de su elección.

Después de que el esposo de Martha deja el escenario, hay un momento de silencio tenso. Ansiosamente, me clavo las uñas en las palmas de las manos. Luego, todo se calma. A ambos lados del escenario, los jóvenes se acercan al centro y toman posición. Nicole enciende su sistema de sonido portátil. Las primeras notas de *Beating Heart* suenan a nuestro alrededor. Y cada equipo comienza su ballet.

3 minutos 46. Es largo cuando te sientes impotente para influir en una situación de una manera u otra. No sé quién de los dos, el Pepinillo o yo, está más impaciente. En este punto, estamos empatados. Sin embargo, nuestras coreografías no son iguales.

Hay que admitir que la suya supera a la mía en muchos aspectos. Su pareja estrella, Zoé-Kevin, funciona de maravilla. No dominan todos los levantamientos que mi ex les enseñó, pero los neófitos no notarán la diferencia. Solo la emoción que emana de su interpretación les hará estremecer.

No tengo nada que reprochar a mis alumnos. Aun si tuviera el poder de actuar, no podría mejorar su actuación. Están al límite. No hay pasos en falso que lamentar. Los gemelos son mucho mejores que durante los ensayos.

Cuando la canción termina, la depresión cae sobre mí. Me parece que los aplausos del público no me están destinados. Mi humor se oscurece drásticamente después de que mi mirada se dirige hacia Christopher. El Espárrago en todo su esplendor está a su lado. Mi espíritu combativo no tarda en resurgir. Mientras mis alumnos saludan a los espectadores, me precipito hacia la intrusa. ¡Va a pagar por ello!

—Hola, Estelle. No está mal tu coreografía —me lanza, como si nada—. Simple, pero efectiva.

Ella parece tan relajada... tan sincera. Ni un ápice de culpa se lee en su rostro. Además de ser una buena bailarina, excel en el arte de la comedia. O quizás es amnésica. ¡Si le hubiera causado una cuarta parte del daño que ella me ha hecho, habría corrido a esconderme en el otro extremo del mundo!

—Hola, Jade. ¿Qué viento te trae? —le pregunto, apretando la mandíbula.

—Vine a reconciliarme con Steve. Espero que no te moleste demasiado —me responde con ese descaro que la caracteriza.

Dos brazos robustos y firmes se enrollan alrededor de mi cintura al mismo tiempo que un cuerpo musculoso se presiona contra mi espalda. Reconociendo el perfume almizclado de Christopher, me calmo instantáneamente.

—Pero eso no la molesta en absoluto —susurra, depositando tantos besos como palabras pronunciadas en mis sienes, mi cabello y mis mejillas—. ¿Verdad, Estelle?

Saboreando la pequeña venganza que me ofrece en bandeja de plata, asiento con la cabeza. La Espárrago me mira con la boca abierta, incrédula. Los aplausos han cesado, sin embargo, tengo la impresión de escucharlos aún, como si una multitud delirante celebrara la intervención de mi futuro esposo.

—Para ser honestos, Estelle y yo nos casamos mañana —continúa con un tono meloso—. Tienes vía libre, señorita. Steve es todo tuyo.

Si el asombro tuviera un color, el cuerpo entero del Espárrago estaría cubierto de él.

—Vosotros vais... a casaros... —balbucea.

Sosteniendo en una mano una canasta llena de trozos de papel, Nicole de repente entra en mi campo visual. Rápidamente entiendo que no se ha perdido ni una migaja de nuestra conversación.

—Steve y yo también vamos a casarnos —anuncia lo suficientemente fuerte como para que todos lo escuchen.

Los invitados que vinieron a depositar sus votos en su canasta la felicitan, le dan palmaditas amistosas en el hombro. Ella no les presta atención. Sus enormes ojos, usualmente tan dulces, están fijos en el Espárrago y la fulminan con la mirada.

—Eso lo dudo —replica secamente el Espárrago, que ha recuperado todo su brío.

—¿Y puedo saber por qué, por favor?

Nicole le preguntó con un tono tranquilo. Sin embargo, todo indica que está hirviendo de ira. Sus puños apretados, sus mandíbulas tensas, la palidez de su tez contrastando con sus iris de un negro tinta. A pesar de una diferencia de altura en su contra, no apostaría por la piel de su interlocutora si llegaran a las manos.

—Porque Steve me ama y me ha prometido matrimonio —se jacta el Espárrago.

—Sin embargo, ya no está contigo —replica Nicole.

—Solo por una pequeña disputa de enamorados. Pero fue pasajera...

En este punto de su discusión, el estado de alerta ha alcanzado su nivel máximo. Las réplicas

poco amables vuelan. Si nadie las detiene, las dos mujeres no tardarán en agredirse.

Deseoso de huir de la zona de combate, Christopher intenta varias veces tirar de mí hacia atrás. Resistiendo con los pies firmes, me mantengo. Una curiosidad malsana me empuja a no abandonar el lugar. Estoy ansiosa por saber cómo Nicole callará a su adversaria. Porque seguro, el Espárrago no llevará la ventaja. La irrupción de mi ex me proporciona una respuesta inesperada.

—Hola, Jade —le dice con un tono frío y altivo—. No sé qué haces aquí, pero te rogaría que no molestes a mi prometida. Como ya te he repetido, todo ha terminado entre nosotros.

Con eso, pasa un brazo alrededor de los hombros de Nicole y la lleva más lejos.

—Vámonos, mi dulce —le dice—. Demasiada negatividad desequilibra los chakras.

—¡Qué alivio! —celebra Christopher en voz baja, mientras el Espárrago los sigue con la mirada, aturdida.

—¿Listo, has recogido todos los votos? —continúa el Pepinillo—. Apuesto a que...

El resto de sus palabras se pierde en el bullicio de las conversaciones. Al final, los asuntos amorosos del Espárrago no apasionan a las multitudes. Tampoco me interesan más. Igual que este desafío de ballet comienza a irritarme seriamente. Sea cual sea el resultado, habrá ganadores y perdedores. Todos son mis alumnos. Sin embargo, presiento que no disfrutaré escuchando a algunos regocijarse mientras los rostros de otros se ensombrecen.

Estelle

La pintura corporal y facial: los hombres amerindios se pintaban el cuerpo y el rostro para ir a la guerra y durante las ceremonias rituales. Los patrones y colores tenían un significado que variaba de una tribu a otra. Pero habitualmente, el rojo (color predominante que les valió la denominación de “Pielles Rojas”) era considerado sagrado y otorgaba invencibilidad.

El blanco, asociado al luto, también era el color de la paz. Aplicado bajo los ojos, el verde permitía ver en la noche. El amarillo, poco utilizado, hacía referencia a los huesos viejos, por lo tanto, a la muerte. Por el contrario, el negro era muy usado y simbolizaba la alegría y la vida.

Así, los Cheyennes trazaban círculos y rayas de diferentes colores antes de partir al combate, mientras que a su regreso se untaban de negro para manifestar su alegría por haber vuelto sanos y salvos.

En cuanto a las mujeres amerindias, utilizaban los tintes con fines estéticos.

Sábado 26 de agosto

No soy de las que se quedan dormidas hasta tarde. Generalmente, siempre soy la primera en levantarse en esta casa. Hoy más que nunca, debería haberme levantado al alba y prepararme para mi boda. Vaya uno a saber por qué, el sol ya entra a raudales en mi habitación cuando golpes en mi puerta me sacan de un sueño sin sueños. Mis ojos aún no se han abierto cuando Nicole entra en mi habitación como un torbellino.

—Buenos días, Estelle —me dice con voz alegre—. ¡Es la hora!

Me incorporo con dificultad y, mientras parpadeo, miro a mi alrededor. A través del velo de pestañas que me cuesta levantar, veo a mi amiga que me observa con una sonrisa encantada. En mi campo de visión, también está esa bandeja de desayuno que acaba de colocar sobre mi cama. Mi vestido de novia y sus accesorios esperándome en una silla. Mi teléfono móvil sobre la mesita de noche. ¡Caramba! Marca las diez. Pero mi ceremonia de boda empieza a las 11:30. ¡Dios mío! No hay un minuto que perder.

—¿Por qué no me despertaste más temprano? —protesto, mientras agarro la taza de té del plato para darle un sorbo.

—Les advertí a todos que no estarías contenta si te dejaban dormir, pero tus padres insistieron en que te...

—¿Mis padres? —exclamo, atragantándome—. ¿Están aquí?

—Sí. En el comedor con el resto de la familia. Llegaron temprano esta mañana. Pero no te preocupes, nosotros nos ocupamos de ellos.

—Necesito ir a saludarlos.

Movida por la necesidad visceral de abrazar a mis padres, dejo mi taza y me levanto.

—No, no vayas —me ordena Nicole, extendiendo el brazo para impedirme avanzar—. Tus padres desean que te vistas antes de reunirte con ellos.

Decepcionada, me siento de nuevo. ¿Por qué ni siquiera me sorprende su reacción? Si yo estuviera en su lugar, me habría precipitado a casa de mi hija sin preocuparme por cómo estuviera vestida. Pero ellos no. Un año... No nos hemos visto desde hace un año. Si supierais cuánto me duele su actitud, cuánto hiere todos mis sentimientos filiales.

—Son muy amables —continúa mi amiga que ha percibido mi inquietud y busca consolarme—. Han traído regalos para toda la familia.

—¡Ah sí! Regalos. ¡Qué encantador!

—¿Verdad? Hay flores, puros, libros.

—Estoy encantada... En-can-ta-da —digo con sarcasmo.

—También hay un montón de delicias francesas. Vino, aceite de oliva, chocolates, quesos...

—Espero por vosotros que no os hayan regalado camembert —me río amargamente.

—No lo sé, aún no hemos desempaquetado todo... De todos modos, tienes unos padres adorables. A todo el mundo aquí le gustan. Tigrou no quiere despegarse de tu madre por nada del mundo. Y tu padre es muy divertido.

—Eso me sorprendería. Mi padre es todo menos un bromista.

No es ni el momento ni el lugar para explicarle a mi amiga que las ciencias han moldeado el cerebro de mi padre. Investigador en matemáticas aplicadas, privilegia la exactitud y la rigurosidad sobre las bromas fáciles. No carece de humor. Simplemente, reserva sus agudezas para un público que considera capaz de entenderlas.

—Sin embargo, me ha hecho reír mucho —sigue Nicole, soltando una carcajada—. Cuando tus padres llamaron a la puerta esta mañana, estaba terminando un cuadro en mi taller. Como todos aún dormían, no quería despertarlos. Así que no me tomé el tiempo de quitarme mi delantal de pintura para abrirles a tus padres. Tu padre entonces me preguntó si habíamos planeado pintarrajar las caras de los invitados o solo las de los futuros esposos.

—¡Qué tontería! Quiero disculparme por sus palabras estúpidas.

—¡Pues! No te preocupes, no estoy enfadada con él. Ya estoy acostumbrada, sabes. He perdido la cuenta de las veces que me han saludado con un *hugh* o se han sorprendido por mi piel clara... Pero anda, come. Mi madre te preparó pancakes como a ti te gustan. Te dejaré desayunar tranquila, volveré más tarde para ayudarte a ponerte tu vestido de novia. Aprovecharé para peinarte.

Espero a que mi amiga salga de mi habitación antes de tocar mi bandeja. Con el estómago revuelto por demasiadas emociones, pico de mi plato en lugar de hacer honor a mi comida. También intento entender las razones de este levantamiento tardío.

Mi noche de ayer fue bastante tranquila. Después del anuncio de los ganadores del desafío de ballet, Christopher y yo nos esfumamos de la fiesta. Cobarde de mí, no tuve el valor de consolar a los perdedores. Me sentía demasiado mal por ellos. Así que felicité a los ganadores – mis propios bailarines – de mala gana, por miedo a herir aún más a sus compañeros, y me escapé, con la mirada puesta en el futuro. Ya no quería saber nada del ridículo desafío de ballet que había ganado por algún milagro, ni del Espárrago y sus penas de amor.

Christopher y yo fuimos a pasear por la ciudad de Quebec, a orillas del río San Lorenzo. Presenciamos la puesta del sol desde la terrasse du Chevalier de Lévis, antes de ir a un restaurante de cocina francesa. Terminada la cena, me llevó de vuelta a casa de Nicole antes de las diez. Seguida de cerca por el gato de la casa, caminé pegada a las paredes para no encontrarme con nadie. Después de darle unas caricias a Tigrou, me fui a la cama...

Cuando Nicole vuelve a verme, mi desayuno está apenas tocado. Recibo algunas regañinas amistosas por mi falta de apetito. Luego su atención se centra en mi vestido de novia que despliega sobre mi cama.

—Puedes ir a ducharte si quieres —me dice.

Su propuesta me suena más a una orden que a una sugerencia. Así que, obedezco. Solo al volver a mi habitación me doy cuenta de que ella lleva un vestido rojo con volantes muy bonito que la favorece mucho.

—Tu vestido... Es magnífico —la felicito.

—Mi madre lo hizo.

—Hélène tiene manos de hada.

Ella también cosió mi vestido de novia. Ya me he probado el vestido varias veces antes de hoy, así que he tenido la oportunidad de admirarme con él. Pero cuando me paro frente al espejo

después de ponérmelo, recibo un golpe moral que me hace estremecer sin poder recuperarme.

Sí, este vestido es resplandeciente con sus ricos arabescos bordados de perlas y plumas, sus volantes de tul adornados con flores de seda, sus cintas multicolores. Si a eso le añadimos mis collares de wampum, mis mocasines beige y esta corona de finas trenzas que Nicole ha levantado sobre mi cabeza, parezco una princesa amerindia.

Una princesa que está a punto de casarse con el hombre que ama más que a nada. Este solo pensamiento es suficiente para darme escalofríos.

—Estás perfecta —me dice mi amiga, cuyo reflejo admirativo encuentro en el espejo.

—¿Y si nos fuéramos?

Unos segundos después, entramos en el comedor. Nicole no me había mentido, su familia parece haber adoptado a la mía. Mi padre está enfrascado en una conversación con François y Raymond. Daniel los escucha atentamente. En cuanto a mi madre, está con Annie y Hélène, extasiada ante las máscaras pintadas colgadas en las paredes.

Al entrar en la sala, se hace el silencio y se escuchan exclamaciones de deleite. Terriblemente avergonzada, bajo la mirada. Sin embargo, logré captar los atuendos de ceremonia de unos y otros, el rostro radiante de mi padre, y el siempre luminoso de mi madre.

—Estás magnífica, querida —me susurra esta última después de abrazarme.

Mi padre hace lo mismo. Abrumada por un torbellino de emociones, apenas logro balbucear unas palabras de bienvenida. Al momento siguiente, mis padres retoman su lugar en los grupos que se habían formado antes de mi llegada. Y mientras Nicole se une al de las mujeres, yo me quedo en el umbral de la sala. Erguida como un tótem al que se le lanzan miradas de veneración y sobre el que se habla en tercera persona. ¡Qué ambiente tan extraño!

—No está mal el disfraz —me dice alguien detrás de mí.

Reconociendo la voz del Pepinillo, me doy la vuelta lentamente hacia él. Vestido con un traje oscuro de tres piezas, exhibe una mueca hilarantemente arrogante. A excepción de que no tengo ganas de reír.

—Viniedo de un tipo vestido como un pingüino, ese cumplido...

No consigo terminar mi frase. Mis padres se han precipitado hacia nosotros... ¡o más bien hacia mi ex!

—¡Ah! Aquí está finalmente nuestro futuro yerno —exclama mi padre.

—¡Qué placer conocerte! —añade mi madre.

—El placer es todo mío —responde el Pepinillo, todo sonrisas.

¡Ah, pero no! ¡Hay un error de casting aquí!

—No es mi prometido —rezongo.

—Es el mío —corrige Nicole al mismo tiempo.

—Pero si es el Steve del que nos hablaste —se sorprende mi madre.

—Así es, soy yo —anuncia mi ex, cortándome la palabra antes de que yo pudiera pronunciar una sola—. En carne y hueso, a su servicio.

¡El imbécil!

—¡Ah, finalmente! No estamos locos —añade mi padre—. Estaba seguro de haberlo visto en una de las fotos que nos enviaste el invierno pasado.

—Admito que ya no entiendo nada —se queja mi madre con aire desconcertado.

—¿Qué quieres? La mujer cambia a menudo, bien loco es quien confía en ella —declama el Pepinillo, provocando la hilaridad de los hombres presentes.

La literata que llevo dentro no puede más que saludar este recordatorio de una vieja máxima que, según nuestro Victor Hugo nacional, habría sido grabada por el rey Francisco I de Francia en los vitrales del castillo de Chambord. En realidad, estoy furiosa.

—Pero entonces, ¿quién es tu futuro esposo? —me pregunta mi padre, que no se ha perdido.

Abro la boca para responderle, pero mi horrible ex me adelanta:

—Pronto lo conoceréis. Os advierto de antemano, no es para nada delicado. ¡Es de lo más rústico que hay!

Si los máscaras ceremoniales colgados en la pared no me inspiraran tanto respeto, con gusto le estamparía uno en la cara al presumido. Hacer un escándalo sería lo menos apropiado en el día de mi boda. Con las uñas clavadas en mis palmas, me obligo a guardar silencio y envío una plegaria muda de mi invención al máscara de Skadawati :

¡Oh, gran Skadawati!

Haz que el Pepinillo contraiga la viruela y se parezca a un colador.

Haz que Nicole arruine su retrato y se canse de él.

Haz, sobre todo, que este día termine lo más pronto posible y que mis padres dejen de

mirarme con esa expresión de contrariedad.

Christopher

El poste de matrimonio: decorado con cintas de los colores de los clanes de ambas familias, se erige no lejos del círculo de matrimonio. Cualquiera que desee oponerse al matrimonio puede golpearlo con un tomahawk o un palo. Si no se le da ningún golpe, la ceremonia puede continuar. Entonces, se extiende al pie del poste una manta sobre la cual los invitados depositarán sus regalos.

Al final de la ceremonia, el poste será derribado y quemado.

—Suelta eso... Suelta esa pajarita inmediatamente o te degrado al rango de centinela — regaño, mientras Henri vuelve a hacer mi corbatín por enésima vez.

En esta mañana que cambiará el curso de mi vida, mi amigo y adjunto vino a mi casa para ayudarme a prepararme. Como si necesitara a alguien para ponerme un pantalón, una camisa y un saco. Quería asegurarse de que mi traje no tuviera ninguna arruga. Honestamente, ¿a quién le importa? Todos los ojos estarán puestos en la novia. En su calidad de testigo, Henri también debía brindarme apoyo moral, pero no ha hecho más que molestarme.

—Estás nervioso, es completamente normal —me rebate—. ¿Quién no lo estaría en tu lugar?

—No te he pedido un diagnóstico médico, así que déjame en paz un poco.

—A tus órdenes, jefe. Mi coche está listo, solo te espera a ti.

Después de darme una palmada en el hombro como lo haría con el bichón de su novia, se dirige hacia la puerta de entrada. Le sigo, repasando paso a paso el menú del día. Para empezar, ¡ceremonia de matrimonio tradicional!

Si fuera por mí, me casaría con Estelle en la intimidad. Pero había que complacer a mi padre así como a los padres de mi dulce mitad. Y como el primero quería que respetáramos nuestras costumbres donde los segundos no querían una boda en la iglesia, se acordó que el oficial del registro civil, los novios, sus testigos, su familia, así como la mitad de Mendake se reunirían en el parque del hotel-museo de las Primeras Naciones para un programa de lo más completo. Lo espero con ansias. No, es broma, por supuesto. No tengo nada en contra de las tradiciones, pero hay algunas a las que renunciaría de buen grado.

Después de la ceremonia de matrimonio vendrá el banquete en los salones de gala del hotel. No me demoraré mucho en el baile que seguirá. Llevaré a Estelle a mi casa, le hablaré de ese

viaje de luna de miel que he organizado. Nuestras maletas listas, nos dirigiremos al aeropuerto donde, esta noche, embarcaremos en un avión rumbo a las Bahamas. Solo nosotros dos. ¡El sueño!

¡Resumamos! Nos apegamos a las tradiciones, pronunciamos nuestros votos, intercambiamos nuestros anillos...

—¡Los anillos! —exclamo de repente, en el momento en que cruzo el umbral de mi casa—. ¿Los tienes?

—Tranquilo, hombre. Están en mi bolsillo —me responde Henri.

Sus palabras tranquilizadoras aún no han llegado a mi cerebro cuando una ráfaga de destellos cegadores me golpea de lleno en la cara. ¡La fotografía que mi padre ha contratado y que se supone debe immortalizar mi boda! A ella la había olvidado.

—Sonríe —me dice Henri mientras me da un codazo en las costillas—. No te pongas tenso.

Una mueca nerviosa es todo lo que obtendrán de mí. Reservo mis sonrisas para la mujer de mi vida. Estelle. Seguida de cerca por el coche de la fotografía, el de Henri nos conduce al hotel-museo de las Primeras Naciones. Nuevos destellos acompañan los apretones de manos que intercambio con Alphonse y François, quienes me esperaban en el estacionamiento. A este ritmo, pronto no seré capaz de abrir los ojos.

Los dos Sabios en túnicas coloridas y adornados con sus cinturones de wampum nos guían hacia la parte trasera del parque. Cerca del estanque se ha instalado una amplia tarima cubierta por un dosel de guirnaldas de flores y adornada en cada uno de sus extremos por una pequeña carpa blanca. Avanzamos por el pasillo que conduce a ella y que divide a una multitud de invitados pacientemente sentados en sillas plegables.

Al llegar a la tarima, entramos en la carpa de la izquierda – la de los hombres – que ya ocupan el oficial del registro civil, mi padre y el de Estelle. La fotografía permanecerá afuera. La satisfacción de haber obtenido un respiro para mis ojos desaparece cuando descubro que mi padre y mi futuro suegro, además de parecerse físicamente, son igual de dogmáticos. De hecho, se llevan como uña y carne.

—¿Sabes lo que tienes que hacer o quieres que te explique en qué consiste tu papel? —me pregunta mi padre, mientras me coloca un collar de wampum alrededor del cuello.

—No te preocupes, no te defraudaré —replico secamente.

—Es más bien a Estelle a quien no debes defraudar, ¿verdad, Franck?

—Por supuesto, Richard. De lo contrario, enviaré a la caballería —responde el padre de

Estelle.

Ahí están los dos hombres, ¡riendo a carcajadas! Echo un vistazo hacia Henri. Sonríe, el traidor. El oficial del registro civil también. En cambio, Alphonse y François mantienen una actitud calmada y digna.

—Vamos, si lo deseáis—nos sugiere este último, después de que se escucha un redoble de tambores.

Al instante siguiente, salimos todos al exterior, a la tarima que grandes árboles sombrean. Me viene bien, ya estoy sudando. No necesito mojar más mi camisa. Se ha dibujado un círculo con tiza en el suelo. Nos colocamos en su periferia. Echo un vistazo hacia los invitados. Cientos de ojos me miran con tal intensidad que me dan la impresión de querer abrirse camino hasta mi cerebro. ¡Que lo intenten! Solo encontrarán gelatina.

Un poco confundido, vuelvo mi mirada hacia la primera fila y veo al ex de Estelle. Me hace un pequeño gesto con la mano al que habría respondido con gusto con un gesto obsceno. Aunque sé que está en pareja con Nicole, su presencia me pone particularmente de mal humor. El poste de matrimonio, adornado con cintas de colores y que se ha plantado al pie de la tarima, está tan cerca de él. Bastaría con que se levantara. Y en unos pocos pasos, lo alcanzaría. Solo tendría que golpearlo con el pie para que mi matrimonio se anulara. Sé que es capaz de hacerlo. La sonrisa de satisfacción que muestra no es para disipar mis temores.

Los redobles de tambor suenan y desvían mi atención hacia la carpa de las mujeres. Estelle, seguida de Nicole, Annie, Hélène y una mujer alta y elegante que no conozco – seguramente mi futura suegra – hacen su aparición y se colocan en el otro extremo del círculo. Entonces, solo tengo ojos para mi prometida. Está espléndida en su vestido colorido. Un verdadero arcoíris de belleza. Ha fijado su mirada en la mía. No sé si es por el nerviosismo que me corroe o porque ella me mira con ternura, pero me parece que estoy a punto de derretirme. Por el contrario, ella parece fresca como una rosa.

De nuevo, el tambor resuena, sacándome de mi ensueño amoroso. El oficial del registro civil avanza al centro del círculo. Con un incensario en mano, Alphonse se une a él.

—Nos encontramos reunidos ante el Creador para asistir y bendecir a Estelle y Christopher en su matrimonio —comienza este último.

Balancea de lado a lado su incensario en el que arden hierbas de bisonte. Reconozco el olor. Ni una brisa perturba el flujo y reflujo del humo. Un humo blanco, hipnótico, que danza de un extremo al otro del círculo, envuelve nuestra pequeña asamblea, se cuela por todas partes.

El tiempo se ha detenido. Ni un carraspeo ni una tos interrumpen la dulce melodía que Annie

y François entonan. Entonces nos imagino, a Estelle y a mí, sobrevolando una vasta extensión de flores, acompañados de elefantitos azules y unicornios rosas.

—Si alguien tiene algún motivo por el cual oponerse a este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre —nos anuncia Alphonse, una vez que los cantos ancestrales han cesado.

Un largo silencio sigue, durante el cual escudriño con ansiedad el poste de matrimonio. Finalmente, nadie vino a golpearlo. El ex de Estelle se ha mantenido tranquilo, no tendré que arreglarle el rostro.

Estelle

La ceremonia del "smudge": la ceremonia de purificación por humo ("smudging" en inglés) era observada por muchos pueblos indígenas de Canadá con fines medicinales o como parte de prácticas espirituales. La salvia, el cedro, el pasto de bisonte y el tabaco eran las cuatro hierbas utilizadas. Quemadas en pequeñas cantidades en un recipiente especial, producían un humo con virtudes purificadoras y curativas.

Este ritual de purificación es hoy en día muy popular en las ciudades modernas de los Estados Unidos. ¿Un bajón anímico, una discusión, insomnio? Se quema salvia, hierba de bisonte (o pasto de bisonte), cedro, tomillo y/o romero. Luego se esparce el humo por todas las habitaciones de la casa recitando una oración creada por uno mismo. Sin olvidar, por supuesto, abrir las ventanas para ahuyentar a los malos espíritus.

Hay que haber vivido desde dentro una ceremonia de purificación para entender qué es. Créanme, es algo. Cuando no se está acostumbrado, sorprende. Los ojos arden, la garganta se quema, la cabeza da vueltas. A esto se añade la prohibición de toser o llorar.

Con el rostro impasible, Christopher no parpadeó ni una sola vez. Mis padres superaron la prueba con nota. No puedo decir lo mismo, ya que me vinieron lágrimas a los ojos desde los primeros minutos. Afortunadamente para mí, Nicole estaba allí para pasarme un pañuelo. Espero sinceramente que nadie se haya dado cuenta de nada.

Ahora que la ceremonia de purificación ha terminado y el humo se ha disipado casi por completo, Alphonse anuncia que el ritual de aprobación puede comenzar. Annie va a buscar a Christopher y lo lleva al centro del círculo. François hace lo mismo conmigo. Mi prometido y yo nos encontramos, hombro con hombro, frente al oficial del registro civil y Alphonse. Echo un vistazo a Christopher, que se mantiene erguido como un i, y encuentro su mirada penetrante. En el fondo de sus ojos de un verde cautivador arde una llama que dice mucho sobre la naturaleza de sus sentimientos. Me ama. Y yo lo amo tanto.

—Ahora os pido, en presencia del Creador, de vuestra familia, de vuestros amigos y de todas vuestras relaciones, que declaréis vuestra intención de entrar en la unión sagrada —nos dice Alphonse—. Estelle, ¿quieres que Christopher se convierta en tu esposo para que viváis juntos en el matrimonio sagrado? ¿Te comprometes a amarlo, honrarlo, apoyarlo y serle fiel mientras dure vuestra unión?

—Sí, quiero —murmuro, muy conmovida.

—¡Más fuerte! —me espeta mi madre.

Su comentario me sobresalta y me devuelve a la tarima, en medio de una asamblea de algunas centenas de personas.

—Sí. Quiero —repito en voz alta.

—Y tú, Christopher, ¿quieres que Estelle se convierta en tu esposa para que viváis juntos en el matrimonio sagrado? ¿Te comprometes a amarla, honrarla, apoyarla y serle fiel mientras dure vuestra unión?

—Sí, quiero —responde Christopher con un tono solemne.

Inmediatamente, mi corazón salta de alegría. Mi prometido no ha dudado ni un segundo en dar su consentimiento.

—El matrimonio de Estelle y Christopher une a vuestras familias y crea una nueva —continúa Alphonse, quien se ha girado hacia el grupo de mujeres para dirigirse a mi madre—. Judith, ¿aceptas darles tu bendición?

—Estelle, Christopher, estoy complacida por vuestro matrimonio y rezo para que Yahveh os proteja —declara mi madre mientras me guiña un ojo.

Ella ha cambiado su réplica, pero Alphonse no parece tomárselo a mal ya que continúa, imperturbable.

—¿Y vosotros, Richard y Franck?

—Estoy satisfecho con vuestro matrimonio y rezo para que el Creador os bendiga —recita Richard, antes de dirigirse a su hijo—. Estoy orgulloso de ti, Christopher. Has tomado la decisión correcta.

—También estoy satisfecho con vuestro matrimonio y rezo para que el Creador os bendiga —añade mi padre.

—Creador, dador de toda vida, bendice a Estelle y Christopher, que acaban de casarse. Permíteles crecer en tu amor y tráeles paz todos los días —concluye Alphonse, con las manos levantadas al cielo.

¡Ya estoy casada! Casada con Christopher. Pero aun así, la ceremonia no ha terminado. Mientras Annie y François entonan cánticos en wendat, Nicole me entrega una canasta de mimbre llena de frutas y verduras. Mientras tanto, Christopher ha recibido una canasta idéntica pero vacía.

—Christopher, te tomo por esposo, para lo mejor y para lo peor, en la enfermedad y en la salud —le digo, vertiendo el contenido de mi canasta en la suya—. Prometo amarte hasta que la muerte nos separe.

Mi esposo me da las gracias y se inclina ante su canasta, ahora llena, antes de entregársela a Henri a cambio de un pequeño estuche negro. Devuelvo mi canasta a Nicole, luego me vuelvo hacia Christopher. Me tomó una buena semana aprender mi papel. Hasta ahora, lo he hecho sin errores. La cara de felicidad de mi suegro es prueba de ello. Espero continuar así.

—Estelle, te tomo por esposa, para lo mejor y para lo peor, en la enfermedad y en la salud —dice Christopher, tomando mi mano izquierda para deslizar un anillo de oro—. Prometo amarte hasta que la muerte nos separe. Te doy este anillo como señal de nuestro matrimonio.

—Y yo, te doy este anillo como señal de nuestro matrimonio —repito, mientras le coloco el otro anillo en su dedo anular izquierdo.

—Estos anillos son la señal externa y evidente de la unidad de vuestra pareja. El Creador bendice estos anillos —decreta Alphonse.

Con una trenza de hierbas secas en mano, Annie entra en el círculo de matrimonio. Christopher y yo le presentamos nuestras muñecas derechas que ella ata con su trenza.

—Con este anillo purificado de hierba de bisonte, que simboliza el círculo ininterrumpido de la vida, os uno como uno solo —nos explica mientras termina su nudo—. Y ahora, podéis besaros.

Este acto, Christopher y yo también lo hemos ensayado muchas veces. Pero cuando nuestros labios se encuentran y se unen para un beso casto, siento como si lo besara por primera vez.

Epílogo

Estelle

—Deja de trabajar inmediatamente y siéntate —me ordena Martha intentando en vano quitarme la bandeja de las manos.

—Ni lo toques o muerdo —gruño mientras muestro los dientes.

Me alejo de ella y lleno mi bandeja con platos destinados a la mesa número 4. Desde hace dos años que vivo en Mendake, me he acostumbrado a ayudar a Martha tres veces por semana. Mis clases en la escuela de danza no comienzan hasta media tarde. Así que tengo suficiente tiempo libre para echarle una mano en los días de mercado. Pero ahora que mi vientre se ha redondeado, ella hace todo lo posible por desanimarme de venir. Estoy convencida de que Christopher tiene algo que ver con esto.

—Te aseguro que estoy muy bien —añado con determinación.

—Y yo te predigo un prematuro si no dejas de moverte ahora mismo —insiste, con las manos en las caderas.

¡Ni miedo! Me siento en plena forma. Tengo una energía impresionante. Sí, tengo algunas molestias al final del día, pero nada alarmante. ¿Debería recordarle que no estoy enferma? Solo estoy embarazada. Desde que entré en mi séptimo mes de embarazo, todos intentan ponerme bajo una campana de cristal.

—Martha tiene razón. No estás siendo razonable, Estelle —interviene Nicole, que acaba de unirse a nosotras en la cocina—. Gregory, Anthony, quitadle esa bandeja de las manos.

—Uy, ¡campo minado! No contéis conmigo para mediar en vuestras historias de chicas —se resiste Anthony, sin levantar la vista de su móvil.

—Además, Estelle es lo suficientemente mayor para saber lo que debe hacer —agrega Gregory.

—¡Buenos chicos! Como veis, la verdad siempre sale de la boca de los niños —les felicito.

Con una sonrisa, salgo de la cocina.

—¡Eh! Ya no somos niños —chilla Anthony detrás de mí.

Apenas entro en la sala del bar, me encuentro de frente con Christopher. Mi marido desde

hace dos años. Mi sonrisa desaparece cuando cruzo su mirada chispeante de ira. ¡Vaya! Se avecina tormenta. De hecho, sin siquiera preocuparse por la presencia de los clientes, me arrebató la bandeja de las manos, la deja en el mostrador y me agarra del brazo.

—Señora Gervais, sígueme, por favor —dice, mientras sus ojos verdes lanzan rayos.

—¿Puedo saber por qué, señor Gervais?

—¡Porque! —responde señalando con la barbilla mi vientre.

—Lo siento, señor Gervais, pero no tengo nada de qué disculparme. Estar embarazada no es un delito. Y las detenciones arbitrarias están prohibidas por la ley.

Abre y cierra la boca varias veces sin que salga ningún sonido. Su agarre se vuelve claramente menos firme. ¡Bien! Le he cerrado la boca. Me dejará en paz y podré terminar mi servicio tranquila. Excepto que estoy completamente equivocada. En lugar de soltarme, me empuja hacia la salida.

—Christopher, detén esto inmediatamente.

—Oh que no, mi pequeña Estelle. Te quiero demasiado como para dejarte hacer tonterías.

—No estamos solos —replico, avergonzada, sintiendo que muchos ojos se dirigen hacia nosotros.

—No me importa. Vas a seguirme amablemente y todo irá bien.

Por miedo a causar un escándalo, me callo y lo acompaño fuera del bar. En este día de mercado, la plaza del Tótem está abarrotada. Como nadie nos presta atención, aprovecho para intentar razonar con Christopher.

—No corro ningún riesgo, sabes. El ginecólogo me aseguró que nuestra hija está bien sujeta.

Él no me escucha y sigue adelante. No tengo más opción que seguirle el paso. Me lleva hasta su vehículo de servicio y me hace subir en el asiento trasero.

—Hola, Estelle —me saluda Henri, que ocupa el asiento delantero del pasajero.

Unos ladridos breves se unen a su saludo para darme la bienvenida. Es Lucky, el perro de su novia, quien los emite.

—Sujeta a tu bichón, Henri. Y tú, Estelle, abróchate el cinturón —se irrita Christopher sentándose detrás del volante.

—¿Y si no quiero? —replico con un tono ácido.

Mientras Henri se ríe, Christopher cierra las puertas con llave mientras jura por lo bajo.

—Por favor, Henri, intenta razonar con Christopher y dile que debo regresar al bar para ayudar a Martha.

—Lo siento, Estelle, pero no quiero meterme en sus asuntos. Es delicado, ¿entiendes?

¡Qué mala suerte! En un silencio casi monacal, Christopher arranca. Deja a Henri y Lucky en casa de Isabelle. Luego me lleva de regreso a nuestra casa.

—¿Estás contento contigo mismo? —le pregunto, de mala gana, una vez cruzado el umbral de nuestra casa.

Sin decir una palabra, cierra la puerta detrás de nosotros y me toma en sus brazos. Aunque estoy un poco irritada por su actitud autoritaria, no lo rechazo. Mientras lo abrazo, apoyo mi cabeza en su hombro.

—Cariño, hueles tan bien —finalmente dice después de depositar un beso en la parte superior de mi cabeza—. No quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada. Estoy muy bien, Christopher.

—¡Ven! Tengo una sorpresa para ti —responde, como si no me hubiera escuchado.

Me toma de la mano y me guía por el largo pasillo. La habitación frente a la cual nos detenemos es la que destinamos a nuestra hija. Esta mañana, cuando salí de casa, aún estaba llena de trastos viejos y cosas que Christopher guarda celosamente. Al entrar en la habitación, recibo un shock. Es irreconocible. Sus paredes han sido pintadas de blanco. Cortinas y un atrapasueños rosas adornan la ventana. Una cuna y una cómoda de madera lacada la amueblan.

—Oh, Christopher! Es... —comienzo, conmovida, llevándome las manos a la boca.

—Es para nuestra hija. Mi padre vino a ayudarme a arreglarla esta mañana.

Me alegra que Christopher y Richard se hayan reconciliado. Poco después de nuestra boda, el Gran Jefe aceptó revelar a su hijo el secreto de su nacimiento. De la noche a la mañana, su relación se pacificó.

—¿Te gusta? —me pregunta Christopher, enrollando un brazo alrededor de mis hombros.

—Sí, mucho —respondo con la voz ronca.

—La madre de Nicole confeccionó la manta.

Mientras admiro la ropa de cama bordada, pienso en la serie de eventos increíbles que me llevaron hasta este momento. A mi llegada a Mendake, la situación me parecía insuperable. Ha desembocado en esta vida soñada. En esta reserva indígena donde me esperaban nuevos amigos, así como un policía un poco gruñón, pero con un corazón tan grande como el mundo.

Cuatro años después

Christopher

Concéntrate en tu corazón, imagínalo radiante, latiendo al ritmo del universo, y se abrirá como la flor de la mañana liberando todos los perfumes del alma.

Proverbio amerindio.

Es una hermosa tarde de verano. Un domingo soleado que esparce felicidad por todas partes. Estelle y yo recibimos a la familia y amigos en nuestro jardín. Mi padre y su novia. Henri, Isabelle y su desastroso bichón que hace reír mucho a mi hija Deborah, de apenas dos años. También están Martha, su esposo y sus cuatro hijos. Alphonse, Nicole...

Ah! Casi me olvido de Steve quien, para mi gran desgracia, se casó el mes pasado con mi amiga de la infancia, después de muchas rupturas y reconciliaciones. De hecho, es por él por lo que dejé a todo este pequeño mundo en el jardín para refugiarme en la lavandería bajo el falso pretexto de limpiar el babero manchado de Deborah. ¡En realidad, la lavadora hará el trabajo por mí!

—¡Ah! ¿Así que aquí te escondes? —me dice mi padre, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—No me escondo, estoy ocupado con las tareas domésticas.

Dicho esto, me apresuro a meter las manos en la cesta de ropa sucia y las agito.

—¿Es por el Pepinillo? —me pregunta con tono sarcástico.

—¿Tú... conoces su apodo?

Estelle me lo confió muy recientemente. Pensé que ese secreto no lo había compartido con nadie más que conmigo. Estoy decepcionado.

—Todo el mundo en Mendake conoce el apodo de Steve... excepto él, claro —se ríe.

—Me saca de quicio. No entiendo qué le ve Nicole.

—Ah, ¡las mujeres!

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Desde que mi padre me reveló que su exesposa no era mi madre, sus palabras agrias ya no suenan igual en mis oídos. Antes, estaba enojado con el mundo entero. Y en particular con esa supuesta madre ingrata que había

abandonado el hogar conyugal cuando yo tenía solo seis meses. Maldije a ese padre insoportable que no había sabido retener a su esposa. Me complacía en ese papel de niño mártir, abandonado por una mujer irresponsable a un hombre intransigente y sin corazón.

Ahora que conozco la verdad sobre mi nacimiento, sé que en realidad una joven mujer desesperada no tuvo otra opción que dejarme, siendo aún un bebé, detrás del altar de la iglesia. En los hechos, es lo mismo. Pero respecto a la imagen que puedo tener de mi padre, cambia todo. Al final, mi padre es un buen tipo. Desde que me convertí en padre de una pequeña niña adorable, comprendo los sacrificios que tuvo que hacer para adoptar y criar a un perfecto desconocido.

—Bueno, es bueno que estés un poco solo, quería hablarte —me dice, mientras nos encierra en la lavandería.

Ya no hay ninguna chispa de malicia en sus ojos.

—¿Hablar de qué? —le pregunto, cruzándome de brazos.

—De tu futuro. No podrás quedarte eternamente como jefe de policía de Mendake.

—¿Por qué? Me gusta mi trabajo —me rebelo.

—¿Y Estelle? ¿Has pensado en ella? Le debes algo mejor. ¿Qué te parecería convertirte en el Jefe de familia de nuestro clan?

—¿Y por qué no Gran Jefe, ya que estamos! —me burlo.

—Es una excelente idea. Pero primero, sería mejor empezar por la función de Jefe de familia. Patrocinaré tu candidatura...

—Escucha, papá, no estoy hecho para ser jefe...

—Al contrario, creo que tienes mucho carisma —me interrumpe—. Y tus ideas son buenas. Fuiste tú quien me aconsejó organizar un referéndum para lo del casino. También fuiste tú quien sugirió invertir en energía eólica.

—El Pepinillo fue quien habló primero de ese referéndum. Al final, nunca se construirá un casino en Mendake. Si eso es lo que llamas una buena idea... En cuanto a la energía eólica, esa idea no es mía, sino de Henri.

—¡No importa! Tuviste el coraje de defender esas ideas, incluso si no eran tuyas.

Se toca a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación.

—¿Así que aquí es donde os escondéis los dos? —nos pregunta Estelle, uniéndose a nosotros dentro de la lavandería—. Daos prisa en venir. Vamos a servir los sorbetes.

Se acurruca contra mí. Deposito un beso en su cabello y la abrazo.

—Bueno, os dejo solos, enamorados —anuncia mi padre—. Piensa en mi propuesta, Christopher. Las elecciones son en seis meses. Todavía tienes algunas semanas antes de presentar tu candidatura ante el Consejo.

—¿Tu candidatura? —se sorprende Estelle, tras la partida de mi padre.

—Quiere que me presente a las elecciones de Jefes de familia.

—Es una excelente idea, ¿no crees?

—Tendría que renunciar a mi puesto de jefe de policía —murmuro.

—¿Y qué? Un poco de cambio te hará muy bien. Date unos días para pensarlo. Pero por ahora, ¡vienes! Todos te esperan.

—No sin antes haberte besado, cariño.

Con eso, la envuelvo en un beso apasionado y cierro el debate.

Para terminar con los estereotipos sobre los indios de América del Norte:

1 – Contrariamente a la creencia popular, los amerindios no hablaban todos el mismo idioma. Antes de la llegada de los primeros colonos, se utilizaban más de trescientos idiomas. Algunos eran tan confidenciales que fueron utilizados durante la Segunda Guerra Mundial (como el navajo) por los estadounidenses para cifrar sus mensajes secretos ante los japoneses y alemanes.

Lo mismo sucedía con las señales de humo que algunas comunidades utilizaban para enviar mensajes a larga distancia. No existía un código establecido. Cada tribu tenía su propio sistema de cifrado.

La comunicación no era fácil entre los diferentes clanes. Por esta razón, las comunidades de las Grandes Llanuras (parte central del continente en el centro de los Estados Unidos y Canadá) adoptaron un lenguaje de señas que utilizaban en las reuniones de los Grandes Jefes.

2 – Otro cliché que debemos al cine hollywoodense: el grito de guerra. Todos tenemos en mente esa imagen del amerindio que, antes de lanzarse a la batalla, se golpea la boca mientras grita “whoo whoo whoo”.

En realidad, solo las mujeres indígenas realizaban este gesto durante la partida y el regreso de una expedición de sus maridos, o durante los ritos funerarios. Para hacerlo, no ponían la mano frente a su boca. En cuanto a los gritos de guerra de los hombres, no se parecían en nada a esta famosa interjección.

3 – El no menos famoso hugh, pronunciado en voz alta con la palma levantada, no significa “Saludos a ti”. Este término efectivamente existía en algunas comunidades, pero no se usaba para saludar a alguien. Entre los Hurones-Wendat, “saludo” se dice kwe.

4 – Como hemos visto en esta novela, los amerindios no eran todos nómadas. Asimismo, su hábitat no se limitaba a tipis. Por ejemplo, los indígenas de la costa norte del Pacífico eran sedentarios y vivían en casas construidas con tablones de madera. Los de las Grandes Llanuras eran semi-nómadas y vivían en cabañas circulares de tierra en forma de domo.

Los del Misisipi: sedentarios en casas de adobe.

Los del Noreste (Iroqueses): semi-nómadas en casas largas de madera y cáñamo.

5 – Como mencioné en el capítulo 14, el caballo fue reintroducido en América del Norte (después de haber desaparecido durante la prehistoria) solo por los colonos de Europa. Antes del siglo 16, los amerindios solo tenían al perro como animal doméstico. Lo usaban para tirar de sus pertenencias en trineos. Las cargas eran limitadas.

Como la caza se realizaba a pie, los nativos no podían recorrer largas distancias para rastrear la presa. Tenían que recurrir al engaño, como disfrazarse de lobo para acercarse a los rebaños de bisontes. De hecho, estos bóvidos toleraban la presencia de lobos que se deshacían de los terneros muertos.

Con la llegada del caballo, la vida de los nativos americanos mejoró. Podían transportar tipis más grandes. La práctica del nomadismo se fortaleció. La caza a caballo se extendió, convirtiendo a los nativos en excelentes jinetes.

6 – El scalping (que consiste en arrancar el cuero cabelludo de su adversario) no era exclusivo de los amerindios. Antes de la llegada de los colonos europeos, solo algunas tribus (los Iroqueses, los indios del Misisipi y de Florida) practicaban esta costumbre.

A mediados del siglo 18, la práctica se generalizó en toda América del Norte durante la guerra entre franceses e ingleses por la conquista del territorio. De hecho, estas dos potencias europeas, habiéndose aliado con comunidades indígenas (los Iroqueses con los ingleses, los Algonquinos y los Hurones con los franceses), ofrecían primas a los indios de los clanes amigos a cambio de los scalps de sus enemigos.

Posteriormente, el gobierno de los Estados Unidos adoptó este sistema de recompensa con los forajidos. Aventureros y cazadores de recompensas del Lejano Oeste entraron en el juego. Así, el famoso Buffalo Bill scalpeó al jefe cheyenne Yellow Hand durante una campaña militar.

7 – El calumet de la paz no se usaba solo para sellar la paz. Originalmente, solo los amerindios de las Grandes Llanuras lo utilizaban. El humo que escapaba de esta larga pipa y subía hacia el cielo se suponía que facilitaba la comunicación con el Gran Espíritu. Durante la mayoría de las ceremonias religiosas, era costumbre fumar el calumet. Se le daba un cuidado especial a este instrumento ya que era sagrado. Permitir que su huésped lo tocara era una muestra

de respeto y confianza. Por lo tanto, se empleaba durante la firma de tratados de paz con los colonos de Europa.

8 – Otro estereotipo: el tótem. Al menos una vez en la vida, todos hemos visto una película o una foto mostrando a amerindios bailando alrededor de un tótem. Estos postes ricamente esculpidos no constituían un objeto de culto. Principalmente utilizados por los pueblos indígenas de la costa del Pacífico Norte, servían para conmemorar un evento importante o representar el emblema de un clan.

9 – La gran mayoría de los amerindios solían depilarse y afeitarse (con los dientes muy afilados de los lucios). Al descubrirlos imberbes y sin pelo, los primeros colonos europeos, en quienes estaba bien arraigado el mito del salvaje peludo, concluyeron que los nativos americanos carecían de vello. Lo cual era obviamente falso.

Del mismo modo, no tenían la piel roja. Cuando en 1492, Cristóbal Colón desembarcó en América, creía haber llegado a las Indias Orientales. Los primeros habitantes que encontró solían cubrirse el cuerpo y la ropa con pintura roja (color sagrado y supuestamente invencible). Les dio el nombre de indios, mientras que otros los apodaban Piel Roja.

10 – Antes de la llegada de los colonos europeos, en la mayoría de las tribus amerindias, cada individuo era libre de identificarse con uno de estos cinco géneros: hombre, mujer, hombre-mujer, mujer-hombre o transgénero. Los niños eran vestidos con ropa neutra antes de poder elegir su identidad.

Los hombres-mujeres y las mujeres-hombres, llamados seres de dos espíritus, eran muy respetados, ya que su capacidad para ver el mundo a través de los ojos de ambos géneros se consideraba un regalo del Creador. En estas sociedades con roles fijos (los hombres a la caza, las mujeres a la recolección), los Dos Espíritus ocupaban un lugar aparte y podían ejercer todas las actividades normalmente reservadas solo a uno de los dos sexos.

Sería erróneo evaluar esta clasificación de géneros a través de nuestro prisma occidental. De hecho, la definición de un Dos Espíritus se basa en su género y no en su orientación sexual. Como ejemplo, citamos a Osh-Tisch, este feroz guerrero lakota nacido hombre en 1854, que se vestía de mujer, vivía como una mujer y se había casado con una.

Es innegable que la escala de valores de los colonos europeos no les permitió comprender esta

noción de identidad de género, ya que persiguieron a quienes llamaban sodomitas. Aún hoy, muchos de nosotros confundimos género con orientación sexual, pero ese es otro debate.

* * * * *

Para escribir esta novela, realicé numerosas investigaciones sobre los pueblos indígenas de América del Norte. Me esforcé por transmitirles fielmente mis conocimientos recién adquiridos. Sin embargo, la reserva de Mendake es pura invención mía. Se parece mucho a la de Wendake, que realmente existe. Misma historia, misma ubicación, funcionamiento similar, configuración de lugares casi idéntica. Con la diferencia de que sus habitantes – todos Hurones-Wendat – son inventados. Ninguno de ellos es real.

Igualmente, los nombres de algunos organismos han sido modificados para no manchar su respetabilidad. Así, Loto-Québec se transformó en Loto-Quebec. El RBA Grupo financiero en RCA. La escuela primaria Wahta (que significa “arce” en lengua wendat) en escuela primaria Yarha (“bosque” en wendat).

Espero sinceramente que esta novela les despierte el deseo de visitar Wendake. Durante un pow-wow, que se celebra cada año a principios de verano. Para visitar su sitio tradicional hurón, su museo, su iglesia. Para hacer senderismo en el parque del Acantilado y admirar la cascada Kabir Kouba. Para degustar una comida hurón. Para alojarse allí. Para conocer a sus habitantes, que son personas encantadoras y muy acogedoras.

FIN

"Cualquier representación o reproducción íntegra o parcial hecha sin el consentimiento del autor o de sus herederos o causahabientes es ilícita (párrafo 1 del artículo L. 122-4). Esta representación o reproducción, por cualquier medio, constituiría por lo tanto una infracción castigada por los artículos 425 y siguientes del Código Penal."

©Ena Fitzbel, 2024, Boda en Canadá